

# REVISTA GRAFICA



Povo

Natividad 1913

Ayuntamiento de Madrid



Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

**SIROP**

**DEPURATIVO VEGETAL**

Jarabe  
del doctor

**CHABLE**

EL MAS EFICAZ DEPURATIVO DE LA SANGRE

Se vende en Farmacias y Droguerías

**Aberdeen**

Sastre  
Escocés

1, rue Auber

Y  
5, b. Malesherbes  
PARÍS

Casa fundada en 1831

El mayor surtido  
en paños ingleses  
y escoceses :: ::

Especialidad en Homespuns



A los ASMÁTICOS

A los que se sofocan

A los que tosen

Los médicos dicen hoy: Usad los  
**POLVOS LOUIS LEGRAS**

Es un remedio maravilloso que calma instantáneamente  
los más violentos accesos de *Asma*, la *Tos* violenta y  
prolongada de las *Bronquitis* antiguas, en *torro* y  
as consecuencias de la *Influenza*.

Los **POLVOS LOUIS LEGRAS**

dan siempre los mejores resultados

En todas farmacias hispano-americanas

En Buenos Aires: **BADARACCO Y BARDIN**, 569, Cuyo

**H. BERTHIOT** farmo,

14, rue des Lions, Paris

**CATARROS**  
antiguos  
y  
recientes

**TOSES, BRONQUITIS**  
radicalmente **CURADAS**

POR LA

**SOLUCION**  
**PAUTAUBERGE**

que procura *Pulmones robustos*,  
despierta el *Apetito*, aumenta  
las *Fuerzas*, seca las *Secreciones*  
y preserva de la

**TUBERCULOSIS**

L. PAUTAUBERGE, 10, r. de Constantinople, Paris y todas Farmacias.



---

EL  
**CORDERITO**



POR  
*MGR. VICENTE M. ACEVES*





Louis MAITREJEAN

Acercándose á ellos les dijo en tono de cariñoso reproche.  
— ¿Y Dios? ¿No vela acaso por nosotros?

nieve que en silenciosos copos va cayendo.

Por detrás de nosotros la llama proyecta sombras alargadas que llegan hasta la mitad de la estancia, envolviéndonos en un semicírculo obscuro.

Suena á lo lejos el rumor de unos pasos y el eco de un alegre villancico. La campana de la iglesia voltea recordando á los fieles que se acerca el instante de celebrar el Nacimiento de Jesús, y sus ecos, amortiguados por el aire cargado de nieve, llegan á nuestros oídos como aterciopeladas notas que cayeran del cielo.

En este momento, uno de vosotros, no sé cual, el más amado, sin duda, por ser el más pequeño, me pide que cuente una historia entretenida. Aplaudís los demás, y tras breve algarabía, durante la cual (preciso es confesarlo) ninguno de vosotros está quieto, reclamo silencio y me dispongo á hablar, mientras un ruido de sillas me previene de que el infantil auditorio se acomoda para escuchar la narración.

No quiero impacientaros y comienzo.

□ □ □ □

Vivía en un modesto pueblecillo mejicano cierto matrimonio de vida ejemplar, al que Dios había otorgado un hijo. Ferndito, que tal era el nombre del muchacho,

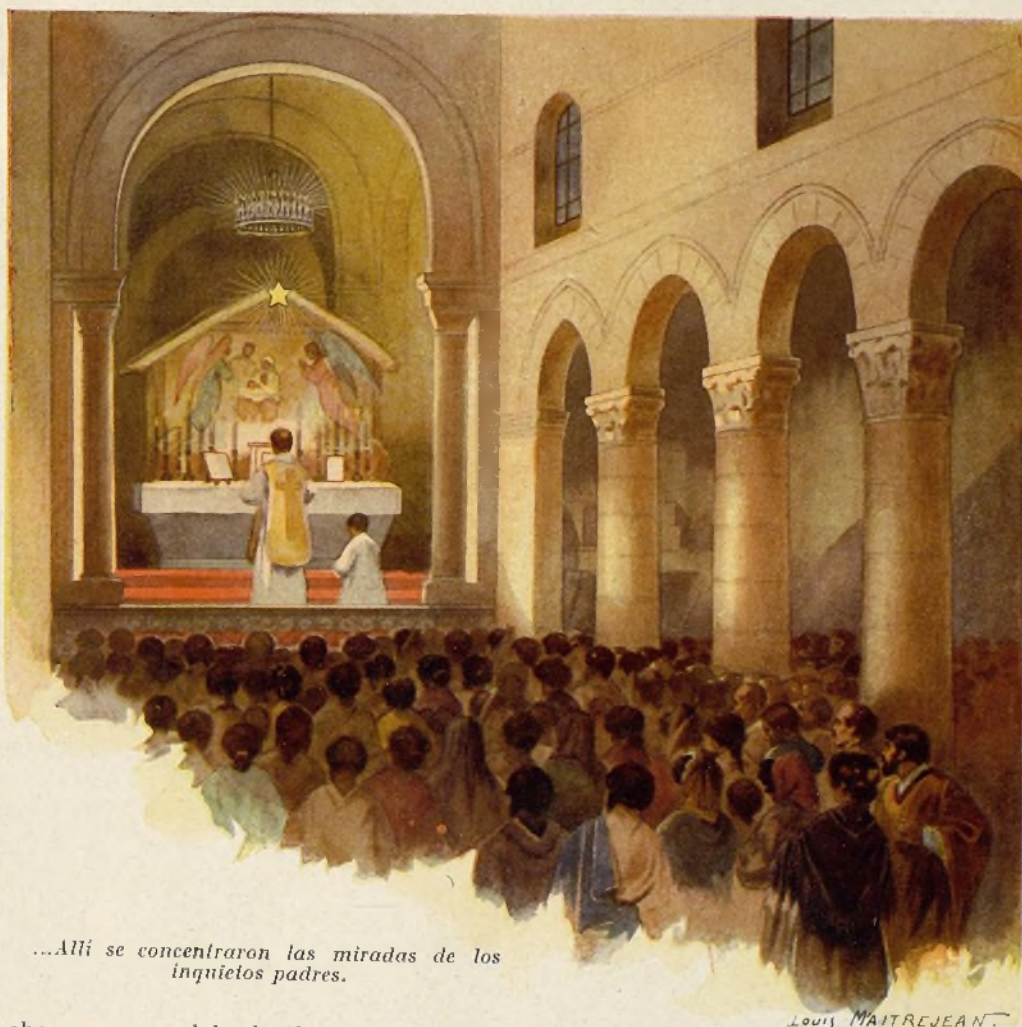


QUIERO hablar á los niños y pedirle que vayamos juntos hasta la cuna de Jesús. Quiero que me sigan en espíritu allí donde comienza el Evangelio, para adorar á Aquel en cuyo honor entonan sus cánticos los ángeles.

Pero ¡estáis tan lejos de mí! ¡Sois tantos! ¿Cómo ponernos en comunicación?

Por fortuna, está aquí REVISTA GRÁFICA y, al leer lo que en ella escribo, figuraos que estamos reunidos, en esta noche de fiesta para el mundo; que al amor de un hogar campesino vemos saltar de la sequiza leña esas doradas chispas que semejan estrellas diminutas, y que nos agrupamos extendiendo las manos á la lumbre, que alegre chisporrotea, mientras el campo y los tejados de las casas se visten de blanca





...Allí se concentraron las miradas de los inquietos padres.

LOUIS MAITREJEAN.

cho, era un modelo de obediencia. Ocho años tenía en la época de mi cuento, y, á pesar de su edad temprana, se desvivía por complacer á sus padres.

En el pueblo llamábanle *el Corderito* á causa de su dulzura, y todos los vecinos se disputaban el placer de agasajarlo.

Los padres de Fernandito eran muy pobres. Vivían del fruto de una pequeña heredad. La labor perseverante del matrimonio obtenía de ella á duras penas lo indispensable para el sustento. Tierra rebelde que sólo producía merced al esfuerzo obstinado de sus dueños, y bien puede decirse que jamás se cumplió con más exactitud la palabra divina: « *Ganarás el pan con el sudor de tu frente* ».

Mas la buena pareja de mi relato, llevaba con júbilo aquella ruda faena. El alba les mostraba el camino de su tierrecilla y

el crepúsculo de la tarde iluminaba su regreso. Y así se deslizaba su existencia, entre su amor á Dios y el cariño á su Fernandito, su consuelo y su esperanza.

Pero vino un año inclemente. Las fuertes heladas y un terrible ventisquero arruinaron por completo á los padres de Fernandito. Su tierrecilla devastada parecía un erial y sólo gastando algún dinero podría devolversele la fecundidad perdida. ¡Algún dinero! ¿Y de dónde sacarlo? Esto se decían aquellos infelices, contemplando con ojos arrasados de lágrimas lo que fué un día su sosten.

Ante la aflicción de sus padres tuvo el niño una sublime inspiración. Acercándose á ellos, les dijo en tono de cariñoso reproche:



— ¿Y Dios? ¿No vela acaso por nosotros?

— Verdad es, hijo mío — respondieron los padres besando á su hijo con ternura.

— Dios nos dió esta tierra y, si nos la quita, ¡bendito sea Dios! ¡Hágase su voluntad!

Pocos días después enfermó gravemente el niño. Aquel golpe aterró á sus pobres padres, que todo lo temieron. Llegó así la Nochebuena. Sentados junto á la cama de Fernando, discutieron sus padres cuál de los dos iría á la iglesia aquella noche.

— Tú irás — dijo la madre — y yo me quedaré cuidando el niño.

— No, no — exclamó éste desde el lecho. — Ya que no puedo ir, al menos que estéis los dos en la misa de Navidad. Yo os esperaré despierto y me contaréis todo lo que hayáis visto.

Tanto insistió el enfermito, que sus padres fueron á la iglesia en aquella noche de nieve, que hacía parecer al pueblo un Nacimiento.

Las dulces notas del órgano comenzaban á sonar y se oían desde lejos. Las cristalerías de la iglesia parecían á distan-

cia ojos inmensos que miraban á la aldea.

Entró el matrimonio cuando la misa empezaba. No tardó en responder á los cánticos sagrados la voz de los fieles, cuando, entre el conjunto, los asombrados padres reconocieron claramente la voz de Fernandito. Era su voz, no cabía duda, aquella vocecita delicada y penetrante, que tan bien conocían.

Ambos se miraron angustiados. ¿Habría salido el niño detrás de ellos, á pesar de la prohibición del médico? Volvieron la cabeza á todos lados buscando á su hijo, pero no lo vieron, y, sin embargo, su voz, aquella voz querida, seguía vibrando en la iglesia, cantando las alabanzas del Señor.

Como la voz partía del lado del altar mayor, allí se concentraron las miradas de los inquietos padres; pero en vano examinaron con afán las primeras filas de fieles: Fernandito no estaba entre ellos.

De pronto la madre dijo en voz baja á su marido:

— Santiago, ¿no es verdad que el ángel que está á la derecha de la cuna de Nuestro Señor, se parece mucho á Fernandito?

— En efecto — repuso el marido, que se frotaba los ojos para ver mejor. — No sólo se parece, sino que juraría que nos había mirado.

— No he reparado en tanto — murmuró la buena mujer, que no apartaba sus ojos de aquel hermoso ángel de alas azules que tanto se parecía á su hijo.



Saludó el doctor, se acercó al lecho donde estaba el niño, le pulsó, volvió á pulsarle de nuevo...



Terminada la augusta ceremonia, salieron precipitadamente de la iglesia y se apostaron junto á la puerta, aguardando la salida de Fernando. Pero todos los fieles salieron y el niño no estaba entre ellos. Inquietos, preocupados, retornaron á su casa cuando ya el alba iluminaba Oriente con toques de color de rosa.

Allí les aguardaba una sorpresa. Fernandito estaba profundamente dormido y su rostro expresaba una dicha celestial. Despertaron al niño y éste, como saliendo de un dulce letargo, dijo á sus padres:

— ¡Qué sueño tan delicioso! He visto á ustedes en la iglesia, estaban junto á la tercera columna de la derecha.

Los padres de Fernandito quedaron atónitos. Era verdad: allí habían permanecido durante la misa.

— Soñé — además — que yo era un angelito con alas azules y que llegué volando hasta el altar mayor y prostrado allí junto á la cuna de Jesús, cantaba sus alabanzas. El niño divino se volvió hacia mí, sus ojos se animaron con una mirada que me inundó de gozo, y sus labios sonrieron. ¡Qué felicidad, padres míos! Me dijo que ya estaba yo curado y remediadas las penas de mis padres. En esto la iglesia quedó á oscuras y á poco me despertaron ustedes.

No acertaron ni el padre ni la madre á dar crédito á lo que oían. ¿Sería posible aquello? ¿No eran víctimas de una alucinación?

En estas imaginaciones embebidos no advirtieron que el sol se había levantado y que sus rayos se entraban por los cristales de las ventanas. Sonaron dos golpes á la puerta y entró el médico.

Saludó el doctor, se acercó al lecho



LOUIS MAITREJEAN

...En el sitio golpeado se abría un agujero y de él caían una, dos, veinte, cien onzas de oro!

donde estaba el niño, le pulsó, volvió á pulsarle de nuevo, púsole el termómetro, le examinó con minuciosidad desusada y, volviéndose á los padres del muchacho, que le contemplaban angustiados, les dijo:

— Este niño está bueno. Es el primer caso de curación tan rápida que he visto en mi vida, tratándose de una enfermedad tan terrible.

Y la nombró; yo no recuerdo cuál era, pero sí que su nombre acababa en *itis*, y esa terminación me da muy mala espina.

Despidióse el galeno, que siguió girando su visita, haciéndose cruces de asombro y contando á todos sus clientes su sorpresa. Ignoro si, además, atribuyó la curación á las medicinas empleadas y que el obediente Fernandito tomaba dócilmente.



Vistióse el muchacho, que comenzó á saltar y á brincar como un corderillo, junto á sus padres á quienes la felicidad había dejado sin aliento. Luego, rápido como el rayo, en un impulso que no era natural en él, cogió un grueso cayado, se encaramó en una silla y, con una energía impropia de su edad, dió un fuerte garrotazo en una viga carcomida de las que cruzaban la choza.

¡Juzgad del asombro de todos al ver que en el sitio golpeado se abría un agujero y que de él caían una, dos, veinte, cien onzas de oro!

Pálidos de espanto miraron á su hijo, que bajando de la silla los miraba con sorpresa, no dándose cuenta del acto que acababa de realizar. La madre fué la primera en rehacerse y, volviéndose á su esposo, le dijo señalando las monedas que relucían en el suelo:

— ¡Ahí tienes el regalo que nos hace el Niño-Jesús! Nuestro hijo estuvo realmente anoche en la misa, pidió por nosotros y el Padre Celestial oyó sus ruegos.

Se santiguó el esposo, cayeron los tres

de hinojos y rezaron dando gracias á la Providencia.

Aquella fortuna inesperada, oculta en el madero apolillado, representaba, sin duda, los ahorros de alguno de los abuelos del muchacho, puesto que la casa fue siempre propiedad de su familia. El cura de la aldea, á quien sometieron el caso, les dijo que podían disfrutar sin reparo de aquel don del Cielo, y volviéndose á Fernando, al *Corderito*, como en el pueblo le llamaban, le dijo después de besarle tiernamente:

— Ya ves, hijo mío, lo que pueden cerca de Dios las virtudes de los niños. Tu inocencia y tu bondad han salvado á tus padres. Ya has tenido unas alitas azules... cuidate de no perderlas jamás.

Y vosotros, encantadores niños, que conmigo habéis estado unos instantes en comunicación espiritual. ¿no querréis seguir el ejemplo de Fernando?

MONSEÑOR VICENTE M.<sup>a</sup> ACEVES.







#### PERFUME KEMADO VA Á LA ESCUELA

*Antes de partir para la peregrinación santa que va á emprender, Jade Puro, aún emocionada, aconseja á su abuela que confíe Perfume Kemado al maestro de escuela.*

## La garra del Rey = de los dragones =

— Pequeño, ¿no ves volver á tu hermana?... Mis pobres ojos están llenos de polvo y no veo nada.

— Veo hasta muy lejos, abuela. Jade Puro no viene.

— Debes mirar hacia la montaña de los Inmortales, Perfume Kemado, porque tu hermana ha ido á ella para coger plantas medicinales.

— Voy á ir hasta el recodo del camino. El niño echó á correr, y no tardó en oírse su voz aguda, que exclamaba:

— ¡Ya viene, ya viene!... pero ¿qué tiene?... ¡Abuelita! ¡abuelita! ¡está loca!

El niño, asustado, volvió al lado de la anciana y arrojándose sobre sus rodillas, ocultó su rostro entre los pliegues del vestido de su abuela. Casi al mismo tiempo, apareció Jade Puro, corriendo á todo correr, con el vestido revuelto y las dos canastillas suspendidas á su espalda, por tres cuerdas, balanceándolas en el aire.

Era pálida, como el jade, del cual tomaba su nombre, y sin dar tiempo á que se calmara su agitado corazón, dijo al oído de su abuela, con voz entrecortada:

— He visto y he oído cosas terribles.

Necesito que esta misma noche me conceda una audiencia el virrey.

— ¿Una audiencia el virrey? — repitió la anciana con estupor.





— Si, y me encargará una misión que me obligará á estar ausente mucho tiempo.

Dijo, y se marchó corriendo. Ya desde lejos, exclamó:

— ¡Hasta la vista!... Decid á los bonzo que rueguen por mí.

— ¡Jade Puro! ¡Jade Puro! ¡No nos abandones! — exclamó la abuelita, la cual temblaba de tal modo, que su hacecillo de madera seca chocaba contra la espalda.

El pequeño Perfume Kemado se echó á llorar, con cálidas lágrimas.

El virrey del Fo-Kiang, residía en Liang-Kiang, la capital de la provincia y su magnífico palacio, con los jardines y dependencias, ocupaba una gran extensión.

Dos leones de piedra, colocados en la entrada, se encabritaban, para sostener una viga de madera roja, al cual estaba suspendido un enorme *gong* (1) de metal brillante.

Jade Puro, subió los escalones y alzándose sobre la punta de los pies, con una violencia suprema, golpeó con sus puños cerrados el disco sonoro que centelleaba á los rayos del sol poniente.

Aunque el objeto del *gong* era el de despertar á un súbdito inferior, á fin de llamar á la justicia del virrey, nadie se atrevía á ser el primero y cuando surgieron las vibraciones á los golpes de la joven, los guardias, con la lanza en ristre, salieron para castigar al atrevido.

En la paz y silencio del crepúsculo, estaba el virrey en un pabellón donde le gustaba leer y soñar, cuando oyó las lejanas vibraciones del *gong* de justicia y, como era la primera vez que lo oía, tuvo curiosidad por saber quién lo había tocado y qué deseaba el postulante.

Por esta razón, en vez de expulsar á Jade Puro, la condujeron á través de los patios, galerías y jardines, ante el muy majestuoso mandarin y, como está ordenado, se puso de rodillas á cierta distancia de la augusta persona.

— ¡Cómo! ¿Eres tú, chiquilla, quien arma toda esta zambra á la puerta del palacio? — exclamó el mandarin cerrando el libro que leía y poniendo su dedo en una página. — ¿Qué te han hecho y qué deseas de mi justicia?

— Perdóneme Vuestra Grandeza — dijo la joven levantando sus ojos humildes, como los de una gacela. — Jamás se hubiera atrevido mi pequeñez á reclamar contra las mayores injusticias y no estaría aquí si no se tratara de Vuestra Grandeza y de un servicio que debo prestarle.

— ¿Á mí? pero, ¿qué dices?...

— Al noble hijo de Vuestra Grandeza más bien. He presenciado una escena y sé cosas que no debería saber.

— ¿De veras? — dijo el mandarín con una sonrisa burlona. — Veamos qué cosas son esas.

Jade Puro se sentó sobre sus talones y con los ojos entornados y un tono de voz alto y monótono, dijo lo siguiente, como si recitara una lección aprendida de memoria:

Hoy he subido, más de lo acostumbrado, á la montaña de los Inmortales. Estaba cogiendo hierbas medicinales cuando, de repente, oí hablar y por la hendidura de una roca, vi que dos hombres, que no podían ser sino dos genios, miraban atentamente una piedra de color de ámbar. Uno de ellos, era viejo y tenía los cabellos blancos, como la capa en la que se envolvía, y el otro joven: — «Esta es — dijo el viejo — la piedra caída del cielo.» — «Entonces golpémosla, para que viva» — contestó el joven. Y los dos, á la vez, la golpearon con la palma de la mano. La piedra se animó convirtiéndose en un personaje, más alto que los dos genios, quien, al sacudirse, lanzó astillas y polvo. Era espantoso, con el labio inferior caído y una ancha tonsura en la frente. Saludó con respeto á los dos hombres y les dijo: — «¿Qué queréis de mí?» — «Te hemos despertado para cumplir una importante misión — le respondieron. — Escucha: Hace muchos siglos el rey de los dragones, subiendo del abismo, se cayó y perdió una de sus garras, la cual fué á formar parte del tesoro de los Hijos del Cielo, sin que le fuese posible recuperarla; pero hoy ha salido la garra del tesoro. El emperador la ha enviado á una provincia devastada por la sequía, para ver si esa uña atrae la lluvia. El rey de los dragones os recompensará si podéis devolverle su garra. El emperador ha confiado su custodia al hijo del virrey del Fo-Kiang, amenazándole con pena de muerte si no sabe conducirla al sitio donde debe llevarla. Será fácil robar la garra. Id, pues, y daos prisa.» — La piedra, conver-

(1) Instrumento musical de Oriente, que tiene la forma de disco y el cual se toca con una varita, uno de cuyos extremos está provisto de una bola de cuero. (N. del T.)





EL RETORNO AL PAÍS NATAL

*Jade Puro, feliz y altivo, se pone en camino á su vez y por fin vuelve á contemplar el pequeño estanque bordeado de lirios y de nenúfares, color de oro al sol naciente, en donde viene á beber un pájaro.*

tida en hombre, se precipitó en el valle y desapareció. — «Esc joven — dijo el viejo, refiriéndose á vuestro hijo — no sabrá defender la reliquia, ni menos aún volverla á coger si se la roban, porque ignora que, para cumplir su misión, tiene que acompañarle una mujer pura que posea una astilla de la piedra viviente». — Los dos hombres desaparecieron evaporándose en el aire. Mas, por una inspiración del cielo, cogí un pedacito de la piedra y descendiendo rápidamente de la montaña, corrí hasta llegar ante Vuestra Grandeza y os suplico que me enviéis hasta donde está vuestro hijo, para salvarle.

— He escuchado tu historia — dijo el virrey — porque es interesante, pero has soñado. Vuelve á tu casa muy tranquila porque mi hijo no está en peligro.

Marchóse Jade Puro, y ya no se ocuparon de ella, porque la llegada de un mensajero atraía la atención de todo el palacio.

La joven salió aturdida, preguntándose si, en efecto, había soñado... pero tocaba la piedra que llevaba en un saquito colgado de la cintura, y le pareció que se agitaba como un ser viviente.

Antes de que Jade Puro hubiese perdido de vista el palacio, oyó que corrían detrás de ella y le llamaban á grandes voces. Alcanzóle un grupo de criados del virrey y la detuvieron. Un eunuco la cogió en brazos y corriendo á todo correr, la llevó á presencia del mandarin, quien tenía el rostro desencajado y se paseaba por la sala febrilmente.

— ¡Tenías razón! — le dijo al verla. — Un mensajero de Cedro de Oro, me dice

que el emperador le ha confiado, en efecto, la más preciosa reliquia: una garra del rey de los dragones, para que la lleve á una lejana pagoda. ¿Sabes algo más? ¿Dónde está mi hijo en este momento?

Jade Puro cogió la preciosa piedra que llevaba en la cintura y se la aproximó al oído. Al principio no oyó sino un ruido sordo y confuso; pero, poco á poco, se fué precisando y percibió claramente las siguientes palabras:

«Sólo está á doscientos *lies* (1) de aquí, en el territorio de Fo-Kiang. Todavía no sabe que le han robado la garra del rey de los dragones.»

— ¡Marcha, marcha pronto, hija mía! — exclamó el mandarin, golpeando el suelo con impaciencia. — El cortejo está dispuesto y enjaezados los caballos. ¡Corre, marcha á escape y salva á mi hijo!

Durante muchos días, muchas semanas, muchos meses, Cedro de Oro, guiado por Jade Puro, persiguió al raptor de la garra augusta, á través de las selvas, de las montañas, de los desiertos. El hijo del virrey y la joven, tenían casi agotadas las fuerzas pero no el valor.

Jade Puro se había presentado vestida de muchacho á Cedro de Oro, de modo que éste ignoraba que era mujer. La piedra mágica de que era portadora no le hablaba á nadie sino á ella.

Cedro de Oro la seguía confiadamente, porque jamás perdían las huellas del ladrón, al que no podían alcanzar, pero al que estrechaban cada vez más.

(1) El *li* es una medida itineraria, que equivale á 576 metros. (N. del T.)





LA REUNIÓN ALEGRE

*En la penumbra verde de la floresta, entre los árboles, toda una sociedad, sentada en círculo en un claro, juega y ríe. Una hermosa mujer se inclina hacia un hombre, muy corpulento y la*





*cabeza afeitada, que en voz muy baja le habla enternecido. Alejémonos de aquí, cuchichea Cedro de Oro, prefiero charlar contigo libremente y contarte mil historias curiosas y que nadie conoce.*



El hijo del virrey era muy valiente é instruído, digno de la misión con que le había honrado el emperador, y únicamente los genios inmortales podían vencerle. Luchaba con la piedra mágica, que casi le igualaba á sus adversarios.

La táctica era impedir que el raptor se aproximara á los dominios del rey de los dragones, porque la reliquia no se le podía entregar sino al propio Dragón.

Una tarde Cedro de Oro y Jade Puro estaban tendidos en una playa, aguardando á que subiera la marea para embarcarse en un pequeño *junco* (1) que estaba sobre la arena y hasta el cual no había llegado el agua.

Era preciso salir de la China para continuar persiguiendo al ladrón, el cual, habiendo pasado por allí algunas horas antes que Cedro de Oro y Jade Puro, se había embarcado.

Á Jade Puro se le oprimió el corazón al pensar que tenía que alejarse de su país, entregándose á las olas caprichosas en tan frágil embarcación. Pensaba en su choza, en el viejo pino retorcido, en los lirios y en los nenúfares que bordeaban el estanque, dorados á los rayos del sol de la mañana y al que iba á beber un pájaro. Seguramente no lo volvería á ver. ¿Alcanzaría el objeto que deseaba ó tenía que perder toda esperanza? En todo caso aquel á quien quiso salvar, se libraba de la muerte y, una vez fuera de la China, no volvería hasta que fuera casada la sentencia. Si ella regresaba, no volvería á verle más.

Cedro de Oro, tendido en la arena, miraba á Jade Puro, á hurtadillas y, á un suspiro de ésta, respondió con otro suspiro. Ya sabía que Jade Puro era mujer. Un correo de su padre le reveló este misterio, que le turbó profundamente.

Uno á uno, fuéronse marchando los barcos en el puertecito de Liang-Kiang. Cuando el agua llegó hasta el *junco* y lo puso á flote, los dos marineros que lo dirigían elevaron el mástil, tendieron la vela de paja, avisaron con un silbido á los dos pasajeros y poco después, surcando las olas, el *junco* se alejó de la orilla.

Empujado por un viento favorable llegó, después de tres días de navegación, á la isleta de Okinawa Sima, en el Japón.

El paisaje era encantador, con sus riberas cuyas flores y lianas se hundían en las cascadas, con sus tapices de musgo, con

su verdura que contrastaba con el tono sombrío de los cedros seculares.

Pero los viajeros no tenían tiempo para contemplar la naturaleza.

Jade Puro, con los ojos entornados, interrogaba á la piedra, porque no había ningún vestigio visible de aquél á quien perseguían. La piedra le indicó un bosque cuyos bordes limitaba como un muro la derecha del paisaje, y lanzóse en aquella dirección, seguida de Cedro de Oro.

— Me parece—dijo la joven—que mi talismán no me aconseja tan bien desde que estamos en tierra extranjera; la voz que escucho está lejana y confusa.

— ¡Ah! — exclamó Cedro de Oro — ¿qué vamos á hacer sin ese guía? ¿Perderemos la pista de tan preciada reliquia? ¿Tendré que quedarme aquí? — Y añadió en voz baja: — ¿Os quedaríais conmigo?

Jade Puro enrojeció y no respondió.

— ¡Chits! — dijo luego. — Oigo voces y risas.

Estaban en la penumbra verde de la selva. Avanzando con precaución, vieron por entre las ramas á una sociedad, sentada formando círculo en un claro del bosque y que jugaba y reía estrepitosamente. Una mujer muy hermosa, inclinándose hacia un hombre corpulento, le hablaba tiernamente en voz baja.

— Vámonos — murmuró Cedro de Oro; — nada tenemos que hacer con esas gentes.

— ¿No es nuestro ladrón que ha cambiado de forma?...

Se alejaron; pero Jade Puro estaba inquieta y como desorientada. Se aplicó la piedra al oído, pero no oyó sino un gruñido sordo.

De repente, vieron brillar, detrás de un macizo, unas llamas crepitantes, y divisaron á un espantoso demonio que removía con un tridente enrojecido por el fuego un informe montón de viles animales y de restos humanos. El demonio con su horrible cara profería maldiciones.

Cedro de Oro, que era sabio, dijo en voz baja:

— Es Tso-Tsum, uno de los servidores de Fou-Tse-Ta-Ti, el rey de la ciudad infernal. Habita la tierra, preside la cocina y sorprende los secretos de los hombres durante el sueño de estos. Sin duda está haciendo la comida para esos alegres jugadores.

El demonio volvió la vista hacia quienes le espían, y su mirada les abrasó como un chorro de agua hirviendo, aunque hu-

(1) Nombre de una pequeña embarcación de la China y de las Indias Orientales. (N. del T.)





LA AUDIENCIA

*Jade Puro, en lugar de ser despedida, fué conducida por interminables corredores, galerías y jardines ante el muy majestuoso mandarin, cayendo de rodillas á algunos pasos del personaje augusto.*



veron corriendo, sin detenerse hasta después de un largo rato.

Volvieron á encontrarse en la playa en la que habian desembarcado y en la cual hablaban dos jóvenes. El eco de sus palabras repercutia de modo que podía oírse perfectamente su conversación.

— Te aseguro que el Dragón japonés, que no tiene más que cuatro garras, se ha enfadado.

— ¿Por qué? Porque la tierra ha temblado en cuanto la quinta garra del Dragón chino llegó á nuestra isla.

— Sí, y ha enviado á una de sus sirenas, quien se ha apoderado del cofre de oro.

Los dos duendes doblaron el ángulo de la roca y Jade Puro se lanzó sobre ellos para seguir escuchando, pero habian desaparecido.

Entonces vió á una mujer ricamente vestida, con los cabellos sueltos, que recorría la playa declamando un poema, el cual era tan hermoso que Jade Puro, sintiéndose inundada de alegría, cayó de rodillas á sus pies y elevó sus manos, cuando la poetisa, llegando hasta ella y sonriendo, le dijo con voz armoniosa:

— Puesto que comprendes la poesia eres digna de ser acogida. El cofre que encierra la garra de oro del rey de los dragones, ha sido arrojado al mar. Una ola lo trajo á mis pies y se lo he dado á la gran sacerdotisa de Ten-Sio-Dai-Tsin, la diosa Sol. Ve hasta ella, cántale mi poema y te entregará la reliquia.

Le dió el poema que estaba escrito en

raso blanco, y Jade Puro se sintió en seguida capaz de cantar. La poetisa la condujo á la gruta cuya entrada guardaba una bailarina sagrada, vestida con un traje magnifico y con un sable en la mano. Le puso á Jade Puro un vestido de gala, y dándole un instrumento musical, la condujo hasta el fondo de la gruta.

La gran sacerdotisa, que era extraordinariamente hermosa, se rodeó de nubes que formó fumando en una pipa de plata. Jade Puro, transportada y como fuera de sí, cantó con toda su alma y le pareció que subía al cielo.

El *junco* la condujo hasta la orilla de la China.

Cedro de Oro, apretó contra su pecho á la joven que le habia salvado, devolviéndole la reliquia.

— Tengo prisa de volver á verte para que seas mi esposa — le dijo.

Se separó de ella, llorando y, montando en un caballo, partió al galope.

Jade Puro, feliz y orgullosa, se puso á su vez en camino; pero en distinta dirección que Cedro de Oro.

Aquellos á quienes habia vencido la odiaban aún, porque le persiguió una horrible tempestad. Loui-Kouin, el ayuda del trueno, hirió su *gong* lanzando veinte rayos; pero no pudo alcanzar á la joven, quien, por fin, volvió á ver el pequeño estanque rodeado de lirios y de nenúfares, dorado por el sol de la mañana y al que iba á beber un pájaro.







POESIA Y ENSUEÑO

Ayuntamiento de Madrid









*La nieve, los niños y los perros — ¿queréis más pureza? — son los elementos que alegran las Navidades en el Canadá. Allí, como en los demás rincones cristianos del mundo, la "gente menuda" celebra entusiasmada y alegremente el natalicio del Salvador.*

## JUGUETES DE NAVIDAD

¡Buenas noches! ¡Hasta mañana! Los pequeñuelos — alegría de la casa — ya con la camisa de dormir, acaban de depositar los zapatitos al pie de la chimenea del comedor y se disponen á meterse en el lecho. Uno de los ilusionados niños lleva en sus brazos al perrito predilecto, camarada luenazo cuyas orejas y cola conocen la jugueterona nerviosidad infantil, nunca harta de darles tirones...

¡Buenas noches! Con tal de que «Papá Noel» — en España, como sabéis, son los Reyes Magos, con sus escaleras y sus camellos cargados de juguetes — no se olvide de visitar á la encantadora gente menuda... Hace mucho tiempo — lo menos ocho días — que no puede portarse mejor: ni lloros, ni rabietas, ni disgustos. Realmente, se han merecido un regalo. ¡Papá Noel, que no dejes de venir! Ya sabes, los zapatos están en la chimenea del comedor. Hasta mañana, pues...

Y los pequeñuelos dan un último beso á los padres y otro al falderillo, y se duermen, con una sonrisa y una plegaria co-

mo flores frescas en los labios. Y otros nenes españoles piensan en el balcón, donde dejaron los zapatos, tranquilos porque los Reyes Magos van abrigaditos con sus blancas pieles, y porque siempre, desde que adoraron al Niño-Dios, tienen un fervoroso amor á los pequeñuelos de la tierra.

### MIENTRAS LOS NIÑOS DUERMEN..

Mas para que el mundo de los niños sonría feliz con los ansiados juguetes, otro mundo de hombres trabaja fabricándolos. Los juguetes alborozan á la gente menuda y dan de comer á la gente «seria». La construcción de las muñecas, por ejemplo, es una industria que ocupa á millares de obreros.

Maravillosas máquinas cortan el cartón, y otras lo estampan, y otras le pegan, dándole la apariencia conocida. Luego, ya con «forma humana», varias obreras se encargan de darles el necesario y encantador colorido; una dibuja millares de





Los trenes llegan cargados de ramas de pino, con las que se harán los "árboles mágicos", los árboles de Navidad.

pestañas, otra pone montones de rosas en las mejillas, la tercera da á los álabios aquel carmin de cereza, y estotra pinta las uñas, adorables, pulidas, de almendra...

¡Oh, no creáis! Es una operación delicada, que requiere destreza y buen gusto. Hay muñecas — como otra infinidad de juguetes — que pueden ser calificadas de obras de arte. ¿Sabéis cuál es la mayor dificultad que ofrece una de esas «señoritas» amadas de vuestras hijas? La colocación de la cabellera.

Es preciso que la trabajadora encargada de esta maniobra sepa componer la cabellera y darle artística forma, escogiendo entre el montón de rizos y tirabuzones, sin peinar aún, que yacen amontonados en su mesa de labor.

Todo ello por de contado, teniendo en cuenta la moda ó el vestido de época ó de fantasía que la muñeca ha de lucir. Lo cual supone, en ocasiones, nada menos que la maestría del más hábil y consumado peluquero.

En las fábricas de muñecas baratas, con las que suelen adornarse todos los árboles de Navidad, las mujeres desempeñan un papel importante.

Encargadas de manejar diversas máquinas, realizan casi las tres cuartas partes de las operaciones necesarias. Sin em-

bargo, de cuenta de los hombres corre la especial é importante misión de dibujar los ojos.

Sobre las mesas de trabajo, las cabezas mondas y relucientes, esperan, alineadas. Ya se les ha dado la capa de color rosa que imita la carne. Ya aquellas bolas, no totalmente expresivas aún, se hallan á punto de cobrar media vida. ¿Media? Toda, íntegra, expresiva... El obrero les pinta los ojos, que es, también, el alma de las muñecas, las claras ventanitas á donde asoma su ingenuidad, su picardía, su bondad y su júbilo...

Este trabajo, como el de la colocación de la cabellera, es muy delicado y requiere nociones, bastante depuradas, de estética... elemental.

Aplaudid, pues, manos infantiles, á esos pobres trabajadores que, junto á la ventana del amplio taller, con pulso firme y experto, dieron á vuestras queridas muñecas aquellas pupilas azules y román-



Fabricación de muñecas. Las obreras colocan, peinan y rizan, con escrupulosa habilidad, cabelleras rubias y negras. Las grises no son de su competencia. De ellas se encarga la Vida.

ticas ó aquellos ojazos negros y españoles que tanto os embelesan.

## LA FIESTA DE NAVIDAD

En las dilatadas llanuras del Canadá, la nieve y el frío arrecian intensamente cuando se aproxima Navidad. Los tran-





*El obrero pinta los ojos de las muñecas, comunicándoles con el pincel el fuego la candidez ó la dulzura "adecuadas".*



*Fabricación de juguetes de madera: caballos voladores, barcos como los caballos...*



*Las muñecas que podríamos llamar "embrionarias". Aún no rien, aún no son bonitas; pero de ello se encargarán esas humildes manos incansables...*

señores no pueden circular más que en trineos, que son arrastrados por terranovas. Igual vehículo emplean los niños, y convendrá añadir que los padres de éstos confían á los perros, más prudentes y expertos que sus vástagos, el cuidado de aventurarse por aquellas heladas extensiones.

Sobre la nieve improvisanse animadas partidas. Los rapazuelos, dando libre curso á su fantasía y á su ingenio, se dedican á «esculpir» caprichosas figuras en nieve.

Prueba de ello es la reproducida en uno de los grabados del presente artículo. El buen hombre aparece tocado con un viejo sombrero — desecho de papá — y llevando al brazo la escoba, hurtada de la cocina. La barba fué antes la cola del caballo... de cartón. Y con el aditamento de una pipa — diez céntimos de suplemento — la obra maestra queda concluída, y el día de Navidad, bajo la suave y silenciosa nieve que cae, transcurre plácidamente.

En los países anglo-sajones, esta fiesta

es la mayor del año, y todos, ricos y pobres, la celebran con igual fervor y entusiasmo. Con tal motivo, la caridad — lo mismo que en España—

tiene cumplida ocasión de ejercitarse.

En aquella tierra de millonarios «reyes», uno de éstos acostumbra á patrocinar un asilo de la población en donde reside, y en este piadoso establecimiento se educa y atiende á los huérfanos, á los desvalidos.

Cuando llega Navidad, el rico regala á los niños del asilo un magnífico «árbol de Noel» rebosante de sorpresas, y concede á los padres cantidades en metálico, donativos de ropas, etc. Tan filantrópica costumbre tiene, por fortuna, numerosos imitadores en nuestra patria, donde ilustres particulares y corporaciones oficiales cui-





*—El despertar de los niños. Apenas si se atreven á acercarse al maravilloso árbol. Pero este deslumbramiento dura poco, y los juguetes no tardan en pasar á las manos infantiles, que darán "buena cuenta" de ellos.*

dan de consolar, en tan señalada época del año, á los desheredados de la fortuna.

### EL ÁRBOL MÁGICO

Los «árboles de Navidad», árboles maravillosos, contienen en sus ramas, como sabéis, toda clase de juguetes y también adornos artísticos y originales. Sólo así ofrecen á las inocentes y ávidas pupilas de los pequeñuelos el apetecido espectáculo. Para satisfacer tantas ilusiones, requiérese el concurso de mariposas, pájaros, animales de madera, etc. Los montañeses que viven en las cercanías de los grandes bosques — en Suiza abundan estos obreros — han llegado á especializarse en la fabricación de dichos juguetes de madera.

Confeccionánlos con infinidad de pedacitos recortados mecánicamente que luego

se pegan con cola ó se unen con clavos. Estos juguetes — caballos, barcos, conejitos, aves — son tan prácticos como vistosos, y de manos del obrero salen á millares, porque su destreza y agilidad, ejercitadas durante tantos años, han llegado á ser realmente asombrosas.

En cuanto á las mariposas, hilos ó cintas de lentejuelas, ramilletes escarchados, esferas de cristal, bolitas metálicas y mil encantadoras pequeñeces más que adornan el árbol de Navidad, dan ocupación, asimismo, á buen número de obreros. Las mujeres, sobre todo, se encargan de confeccionar el hilo de en-



*Fiesta de caridad. Los ricos se acuerdan de los pobres, y en el Asilo florece la sonrisa de la satisfacción.*

tejuelas que sale de sus manos por kilómetros, brillante y alegre como un chorró de plata ó de oro...



Es incalculable el número de estos árboles mágicos que se venden durante la Navidad en todos los países cristianos. En América el consumo de pinos — con cuyas ramas, según es sabido, se forman aquéllos — es verdaderamente fabuloso.

A principios de diciembre, frcnos enteros cargados de ramas de pino llegan á Nueva York, y los compradores aguardan al pie mismo de la vía, organizándose un mercado tan populoso como pintoresco, en el que se conciertan importantes adquisiciones. Desde allí, las ramas son transportadas en carros á las fábricas donde se convierten en esos árboles mágicos, encanto de la chiquillería, fiesta de una noche inolvidable, en que todos, humildes y poderosos, grandes y pequeños, conocen á su manera los inefables consuelos del hogar.



*Los pequeñuelos, camino del dormitorio, después de dejar los zapatos en el balcón, ó en la chimenea, para que los llene "Papá Noel".*



*¡Gracias, Reyes Magos! ¡Gracias, "Papá Noel!"*

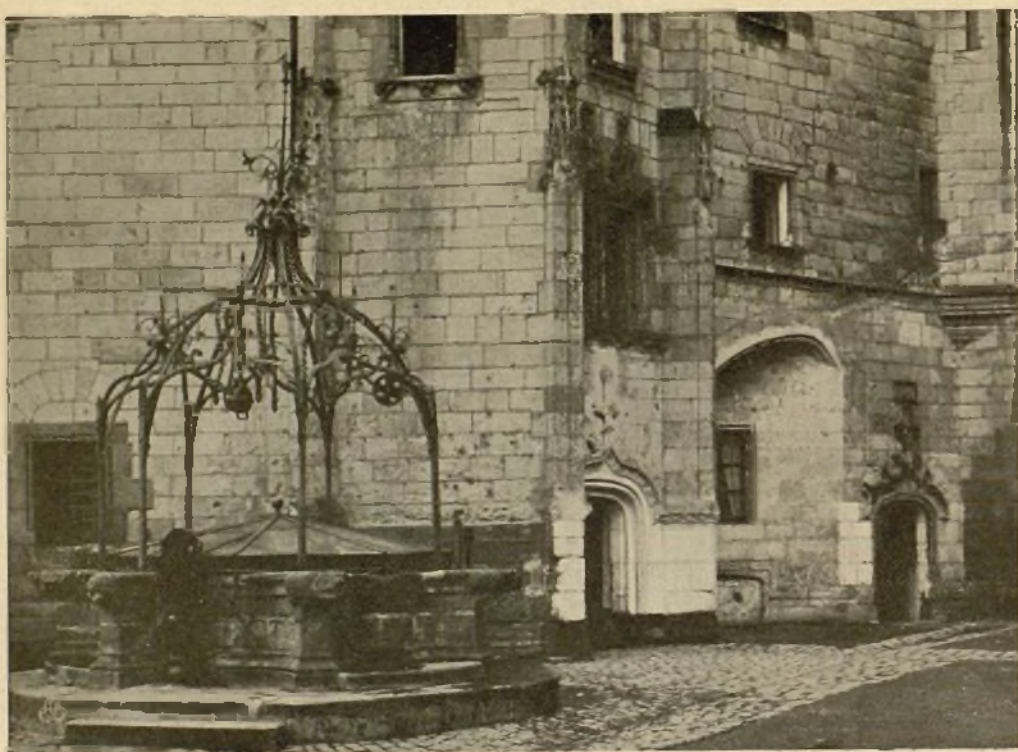
## EL DESPERTAR

Tiempo les falta á los pequeñuelos cuando, al amanecer el día siguiente, saltan del lecho para ver lo que les han dejado los Reyes, lo que les trajo «Papá Noel»...

Deliciosamente aturdidos, sin atreverse, al principio, á aproximarse á él, se encuentran con la maravilla del pino engalanado de tambores, muñecos, barcos, coches, trenes, cajas de soldaditos, pelotas, teatros...

Los padres, ocultos no muy lejos de allí, atisban la encantadora escena muda. Todos nuestros lectores han saboreado y saborean esta poesía familiar, nunca vieja. Los juguetes son la alegría de los niños, y los niños son la alegría del hogar. Navidad que la avivas, que la robusteces, que la perpetúas, Navidad que arrancas al corazón un himno de paz, ¡bendita seas!





*Pozo en el patio de honor del palacio de Nantes. La cúpula, de hierro forjado, es una verdadera obra de arte, reveladora del buen gusto que nuestros antepasados ponían aun en la sencilla humildad de un pozo, amigo tan viejo del hombre...*



## LA POESÍA DE LOS POZOS VIEJOS



**D**E las pocas bellezas materiales — humildes, señoriles ó románticas — que quedan en pie bajo la ráfaga creciente del prosaismo moderno, una de las más sugestivas son los pozos viejos.

A través de los años, el agua sigue, en su fondo, fresca y clara, — lámina que por la noche la luna agujerea graciosamente. ó en la que, de día, bajo las brasas medio extintas de la puesta de sol, se refleja la imagen del peregrino sediento, la del pastor que vuelve con su rebaño al aprisco, ó la de la zagalilla que, cántaro al brazo, aguarda el rústico pero perfumado madrigal de amor que su novio ha de ofrendarle rendidamente...

Alegria del camino, mentidero del lugarejo, rincón de poesía en el convento, entre la yedra y el silencio del claustro, valiosa joya del castillo, de la abadía, del palacio ó de la plazuela típica, el pozo tiene, además de su belleza intrínseca, aquella poesía en que la leyenda le envolvió, como amorosa liana, y aun el encanto que el tiempo fué añadiéndole, bordando en su pared el encaje del verdín, dando al brocal la suave pátina de oro, arrancando á sus entrañas ese suspirón fresco, de cisterna, que en las horas de bochorno es alivio dulce, y en las de recogimiento, susurro amable, con el alma acordado acertadamente...





*El Renacimiento dió á muchos pozos proporciones monumentales. Este, del convento de los Cartujos, de Villeneuve-les-Avignon (Gard) es majestuoso y elegante como pocos.*

¡Cuántos pozos viejos, pozos venerables, muchos de ellos cegados, y por tanto, tristes, tienen romántica historia de amor que de bocas desdentadas á oídos curiosos se transmite, enriqueciendo el folk-lore indígena!

Dice la Biblia que junto á una cisterna perdida en medio del campo, la buena mujer de Samaria dió de beber á Jesús. Y desde siglos antes, el agua gozaba de verdadera veneración. Muchos pozos, á los que se atribuía virtudes medicinales ó curativas, fueron motivo de peregrinaciones. En Efeso se descubrió hace cincuenta y tantos años el pozo en torno del cual los griegos danzaban en honor de Ceres y de su hija.

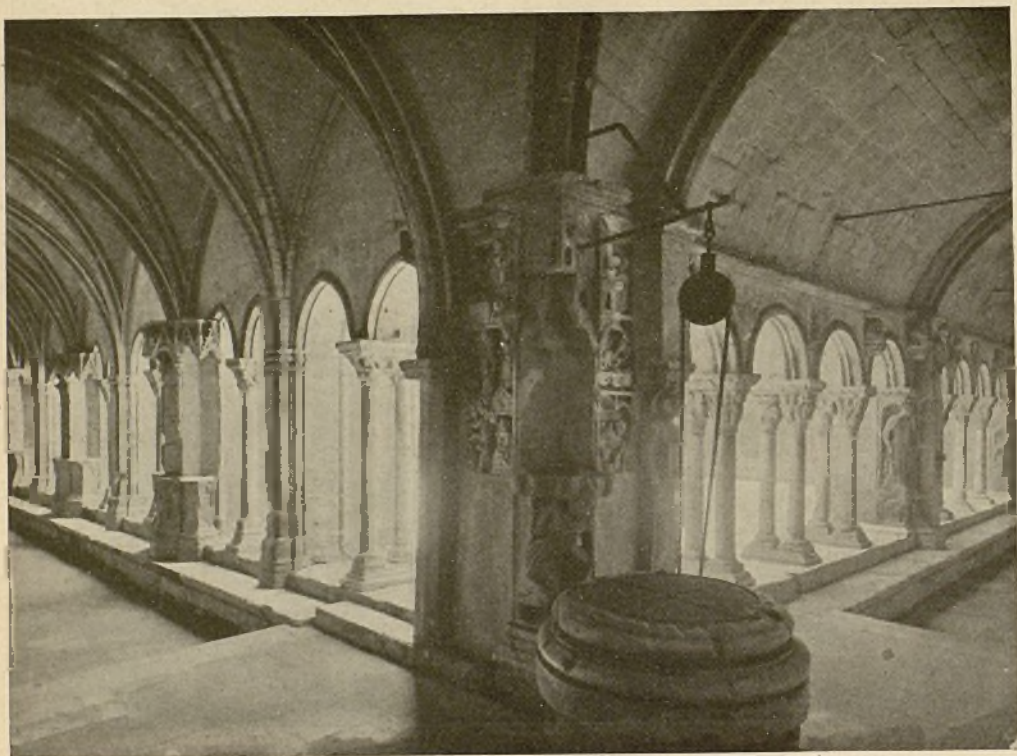
En Francia, en Alemania, en Italia, en España, en todas partes la tradición ó la leyenda han dado á los pozos el simpático papel de protagonistas. En Toledo existe la del *Pozo amargo*, tan popular, y en Granada y en Segovia y en cien puntos españoles, se repite la misma, con ligeras variantes.

Y, aparte de las sencillas y conmovedoras consejas pueblerinas, la literatura ha encontrado también, en el pozo, el agua



*Pozo existente en Nevers. Viejo, venerablemente viejo, trenza con el árbol descarnado y el gótico de la casa una estrofa de grave y romántica poesía.*





Pozo en el claustro de San Trofimo (Arlés).



fresca y saludable de la inspiración. Conocida es la página — de una castidad y de una belleza que no suele ser frecuente en la pluma de Zola — que éste, en *La fortuna de los Rougón*, si mal no recordamos, dedicó al pozo medianero de dos casas aldeanas. Dividido por la pared común á ambas, sirve para que dos enamorados, que no pueden verse frente á frente, inclinado cada uno desde la mitad respectiva del brocal, vean sus semblantes reflejados allá, en el fondo, en las aguas quietas y espejeantes, que cuidan de no rizar, de no romper, con respeto pueril y adorable...

El arte, como decimos, hizo de muchos pozos verdaderas obras maestras. En los grabados que ilustran el presente artículo pueden verse varios, magníficos, pertenecientes á diversas épocas — casi todas ellas muy lejanas — y de estilo vario.

Pozo gótico de una casa particular. (*La Chatre, Francia*); Oh, si, tan anciano, contara sus memorias! Las mismas hojas del árbol temblarían con son alegre y pícaro de sonaja, porque de amor, indudablemente, nos hablaría esta ruina encantadora.





*1 Pozo del siglo XVI,  
Contrás (Gironde)*



*Pozo público, Saint-Jean-d'Angély  
(Charente-Inférieure)*



*Pozo de Quintin Metzys. Otra  
maravilla "de hierro artístico"  
(Amberes).*



*Pozo aldeano, Troo (Loira y Cher)*



*Pozo llamado de "Moisés" (Dijón).*



Los dos que existen en el patio del Palacio de los Dux, de Venecia, constituyen otras tantas maravillas de aquella encantadora y encantada ciudad, tan rebotante de ellas. Originales de Alberghetti, en el brocal se admiran caprichosos bajorrelieves representando diversos episodios bíblicos.

La Edad Media y el Renacimiento continuaron espléndidamente la labor que cellas y romanos, en época más remota, realizaron con los pozos, donde se conserva el líquido tan indispensable como amado de todo ser vivo. El agua fecunda los campos, y alegra, en caprichosas fuentes, los jardines, y con ella el bautismo nos transmite la gracia, borrando con su linfa purísima el pecado original. «Hermana agua», decía San Francisco de Asís...

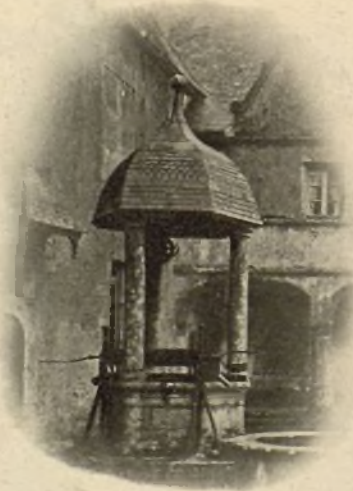
De obras de arte pueden calificarse pozos como el de Villeneuve-les-Avignon, existente en el Convento de los Cartujos y de proporciones monumentales; como el de Dijón, llamado primitivamente de los profetas y hoy de Moisés, acaso porque la estatua del legislador hebreo es la más notable de un grupo que forman éste, David, Daniel, Zacarías, Jeremías e Isaías; como el del palacio

Corner (Venecia) perteneciente al siglo XII, de majestuoso estilo romano; como el de Quintín Metzys, de Amberes, y otros que no citamos, para no extender innecesariamente estas páginas.

De la época del Renacimiento data la costumbre de resguardar, de adornar, mejor dicho, los pozos, con airoas y artísticas cúpulas de hierro, coronándolas con estatuas o animales fabulosos. Algunas de estas obras de hierro y piedra — como el pozo, ya citado, de Amberes, y el del Museo de Cluny, de París — son maravillosas por su esbeltez y su elegancia.

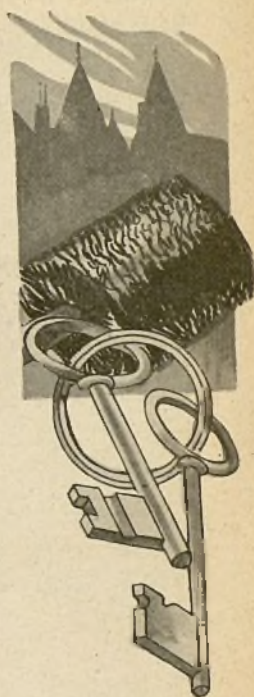
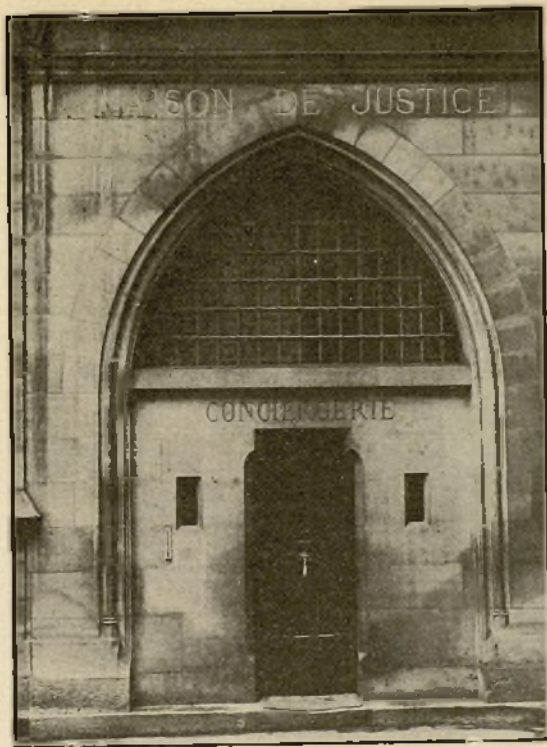
Todos, en fin, sencillos o fastuosos, campesinos o conventuales, de castillo o de carretera, tienen suave y emocionadora poesía. El siglo XVIII francés suplantó al pozo, con la fuente, y la fuente, más o menos monumental y artística, predomina hoy. El pozo envejece... pero, aunque sus aguas frescas se sequen, siempre continuarán siendo manantial de leyendas y consuelo de caminantes humildes, y el chirriar de sus poleas sonará dulcemente, como queja que el prosaico hombre actual no tiene la misericordia de traducir.

ANGEL TOLEDO.



Pozo de Talcy (Loira y Cher). De piedra, tosco y sencillo, pero con su romántica belleza.





*La Conserjería, lindante con el barrio latino, también refleja sus torreones en las mansas aguas del Sena como Nuestra Señora de París, y antes la torre de Nesle. Más triste sin embargo, hasta la diminuta puerta que da acceso á este viejo edificio aparece mezuquina en el inmenso murallón que la limita por el lado Norte.*

## La Conserjería

La silueta melancólica de sus prisiones, á pesar del estrépito y cascabeleo de París, no puede ser borrada de la gran capital. Se eruirá ante nosotros la inmensa mole de piedra, cuando menos se espera, y, sin que nadie nos lo diga, inmediatamente adivinaremos que tras los muros siniestros y ennegrecidos por el agua y el tiempo hay muchas lágrimas, muchas locuras, grandes desengaños, extravíos inexplicables.

Sin embargo, la piedad administrativa parece haber alejado de las grandes vías estos lugares de dolor, y sólo la casualidad, cuando conocidos los lugares más atractivos nos perdemos en alguna callejuela, nos hace descubrir un edificio imponente, de numerosos ventanales sin vida, que no miran y en donde nunca podremos sorprender una sombra curiosa que espie los alrededores.

Si en vez de dirigir nuestros pasos, cuando llegamos á París, hacia los grandes bulevares ó Montmartre, nos encamináramos á lo largo del Sena, pronto nos sería factible reconstituir la vida pasada de la vieja Lutecia, y cada piedra nos contaría una melancólica historia, y de cada obscuro caserón oiríamos una queja. Recorrer los muelles que bordean el Sena, es revivir los tumultos revolucionarios de París, es la Bastilla, son las hordas de los Feuillants ; es Marat, Robespierre, Herbet, Sargent, Panis, Manuel, Luis XVI, Maria Antonieta maniatada, camino de la guillotina, y Napoleón triunfante entrando en el Louvre.

La Conserjería, lindante con el barrio latino, también refleja sus torreones en las mansas aguas del Sena, como Nuestra Señora de París y antes la torre de Nesle. Más triste, sin embargo, hasta la diminuta



puerta que da acceso á este viejo edificio aparece mezquina en el inmenso mural-lón que lo limita, y de un momento á otro se espera ver abrirla para englutir á un miserable que la vida arrancó de las páginas de Victor Hugo ó de Goriot.

El interior, como el de casi todas las prisiones, es húmedo y silencioso, y cuando se recorren los pasillos sin fin y se advierte que detrás de cada puerta que da



Pasillo y puerta por donde eran llamados los revolucionarios para ser conducidos á la guillotina.

á él se halla un ser humano en lucha con sus propios remordimientos, no se tiene más que una sola idea: la de alejarse lo antes posible de tales lugares, la de respirar á plenos pulmones, cerciorándonos de que aún estamos libres y de que nadie vendrá á impedirnos la huida.

La celda de Maria Antonieta, en el fondo de un oscuro corredor y con un tragaluz sobre el patio llamado de las Damas, es lo que más nos entristece cuando se visita la Conserjería, porque esta pobre mujer-cita, como lo han demostrado los historiadores modernos, no tuvo más culpa que la de ser complaciente y reidora.

Cuando el 6 de octubre de 1792 las horas aulladoras se dirigen de París á Versailles gritando «Muerte á la reina!», ésta,

con los ojos secos, muda, parece despertarse de un sueño y repetir lastimera: Pero ¿por qué me odian? ¿Es que no pueden dejarme tranquila en mi lugarejo suizo, que hice construir en el parque de Versailles y donde tan feliz era con los míos?

El populacho irritado no tiene compasión, y al día siguiente, en una carroza desvencijada, la familia real es arrastrada por la canalla desde Versailles á Paris. Sobre el pescante, el cómico Beaulieu salta é injuria á la reina, y cuando el delfín dice: «Tengo hambre», y Maria Antonieta rompe á llorar, el histrión se retuerce de regocijo, entre las risotadas de la multitud astrosa.

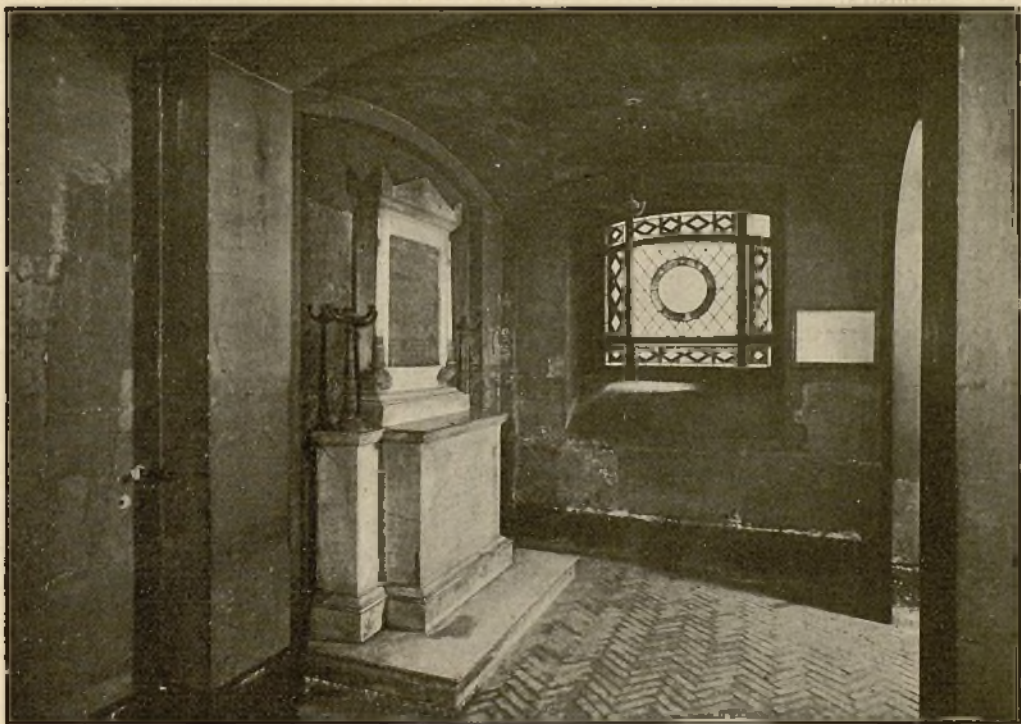
Primeramente, la familia real fué encerrada en las Tullerías; pero muy pronto estallaron nuevos movimientos revolucionarios y, por último, después de haber estado encarcelada en la prisión del Temple de Paris, el primero de agosto de 1793, el Comité de Salvación Pública propone á la Convención el siguiente decreto:

« Maria Antonieta será nuevamente enviada al Tribunal extraordinario, y después conducida á la Conserjería. »



Detrás de cada puerta gime un miserable, un pasional, que sólo piedad nos inspira.





La celda de María Antonieta, en el fondo de un oscuro corredor es lo que más nos con- trista. En el primer plano, á la izquierda, existe una diminuta puerta tapiada por la que obligaron á pasar á la reina, para que incli- nase la cabeza.

La misma noche, a la una de la maña- na, cuenta Funck- Brentano (1), la reina fué despertada, de- biendo cambiar de prisión en seguida. Y como al salir por la puerta de la torre del Temple no bajara la cabeza, se dió un fuerte golpe en la frente:

(1) Véase *La Muerte de la Reina*, publicada por esta Casa Editorial.



— ¿ Se ha hecho daño ? — le pregun- taron.

— ¡ Oh, no ! En la actualidad nada pue- de hacerme daño.

Y tenía razón, por- que hasta su hijo le arrancaron de los brazos.

Veinte gendarmes escoltaban á la pri- sionera. La noche era abrasadora y pe- sada. La reina llegó á la Conserjería á las dos de la mañana.

En la Conserjería, la reina, que cruel- mente separaron de su hijo y de su espo- so, carecía de todo. Nopuede mudarse de

Escalera de la sala de los guardias de San Luis.



ropa interior, y la portera, la señora Richard, á pesar de la piedad que le inspiraba, no se atrevió á suministrarle, porque era jugarse la vida.

Á partir de este momento, los gendarmes están instalados desde por la mañana basta por la noche en su habitación, charlando libremente, como soldados revolucionarios, y fumando groseros en sus pipas.

Por la noche, la reina tiene los ojos encendidos é hinchados por el humo, y el dolor de cabeza hace que se tambalee como si estuviese ebria.

En el Temple le habían quitado sus bordados, y aquí le arrancan hasta el hilo y la aguja. ¿Cómo hacer pasar los largos días? Presintiendo su próximo fin, piensa dejar hecho por sus propias manos un recuerdo á sus hijos.

Del papel tela que se despegaba de la pared, á consecuencia de la humedad, comenzó á sacar gruesos hilos y á hacer cordoncillos muy apretados. No tenía luz alguna durante la noche, «por lo que prolongaba tanto como me era posible mi estancia, mis visitas, dice Rosalia Lamorlière, que la ayudaba á hacer la limpieza de la habitación, con objeto de que se encontrase lo más tarde posible en la obscuridad». La humedad de la habitación era espantosa. Bault, el alcaide, hizo poner un viejo tapiz en la pared. Los miembros del Comité de Salvación Pública se indignaron de tal muestra de simpatía, pero Bault inventó una fábula y dijo que lo había puesto con objeto de que no oyera las conversaciones de la habitación inmediata, y así que el lecho de la reina quedó algo protegido contra la humedad del muro. El 19 de agosto, Michonis, administrador de policía, pidió á los oficiales municipales que guardaban el Temple que dieran cuatro camisas y un par de zapatos á la reina, de los cuales tenía absoluta necesidad. «Estas cuatro pobres camisas, escribían los Goncourt, muy pronto reducidas á tres, sólo fueron entregadas á la reina de diez en diez días. La reina sólo tiene dos vestidos: su pobre vestido de luto y el blanco, ambos podridos por la humedad de la alcoba... Es preciso pararse aquí, pues faltan palabras para describir tales horrores.»

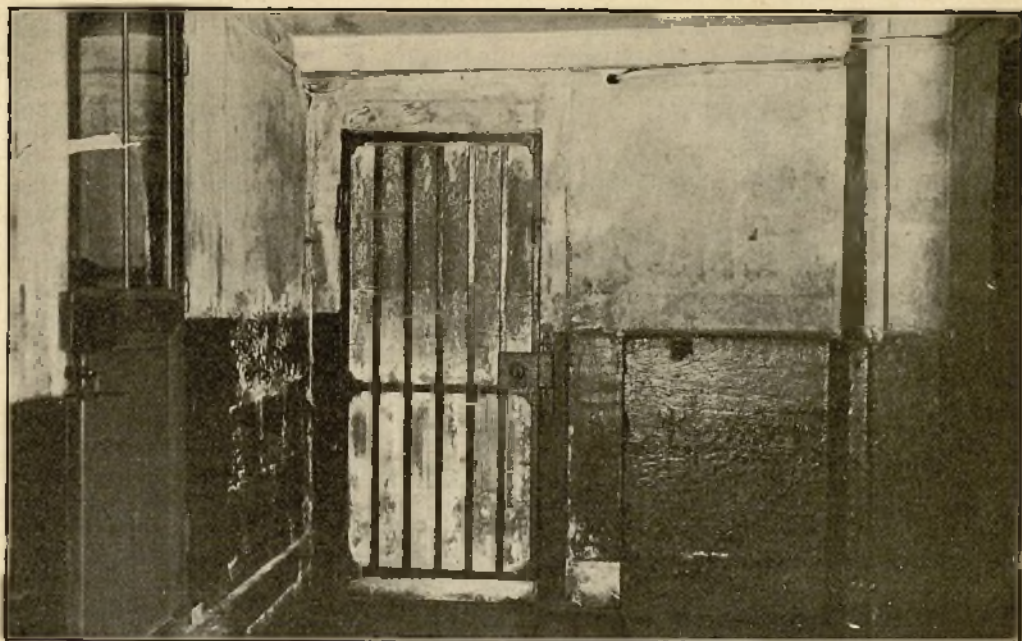
Maria Antonieta había adelgazado de una manera espantosa. Casi no se la podía conocer. La gente del pueblo que se aproximaba á la reina, quedaba asombra-

da y no podía por menos de mirarla con respeto y piedad. Los alcaides puestos á su lado, los sirvientes á su servicio se enternecieron hasta lo más profundo de su alma ante el cuadro de un dolor sobrehumano tan noblemente soportado. Varias verduleras de los Grandes Mercados vinieron para ofrecer «á su buena reina» un cesto de melocotones ó un melón; heroínas que iban á ser condenadas á muerte por un melón ó por unos cuantos melocotones.

Se hicieron varias tentativas para que la reina se escapara del Temple y después de la *Conserjería*. La primera, dirigida por Toulán, estuvo á punto de realizarse; pero en el último momento vieron que los hijos no podían seguir á la madre. «Lleamos tenido un hermoso ensueño, escribe la reina á Jarjayes, he aquí todo. El interés de mi hijo es el único que me guía, y aunque hubiera experimentado gran placer encontrándome fuera de aquí, no puedo consentir en separarme de él. No poned en duda que conozco el alcance de sus razones y que sé que esta ocasión no puede volverse á encontrar; pero no podré gozar de nada dejando á mis hijos, y esta idea no me produce el menor pesar.» En la *Conserjería* el plan era de fácil ejecución; pero los dos gendarmes que estaban de guardia tenían que ser asesinados. La reina estimó que si para su libertad era preciso matar á dos hombres, su excarcelamiento era demasiado caro.

La condenación de Maria Antonieta es una de las mayores vergüenzas de la humanidad. La reina oyó la sentencia inmóvil, bajando por su pie del banco y abriendo la balastrada ella misma. La reina volvió á la *Conserjería* á las cuatro y media de la mañana. Por primera vez, después de diez y seis días, la dieron una antorcha y recado de escribir. ¡En qué estado se debía encontrar su alma! Aprovechando esta etapa «antes de ir á la guillotina» escribió á su cuñada, madama Isabel, una carta reposada, rebosante de elevados pensamientos, que aun después de un siglo hace llorar de admiración y de respeto. Esta carta fué entregada al alcaide Bault. ¡Pobre mujer, que esperaba que esta carta llegase á manos de su hermana, también señalada para que fuera á la guillotina! Fouquier-Tinville cogió la carta, que se encontró en un cajón de doble fondo, bajo el colchón de Robes-





*Puerta por la que entraban los condenados revolucionarios. Cuando se cerraba, toda esperanza de salvación debía ser desechada por los desventurados. Nunca fué tan cruel el hombre.*

pierre, con los libros preciosos y los cuadros que este aficionado de buen gusto se procuraba en casa de las personas á quienes hacia perecer.

Á las ocho de la mañana, María Antonieta comenzó á vestirse para ir á la guillotina. La reina pasó al espacio dejado entre el catre que le servía de lecho y el muro, desplegó ella misma su camisa, se bajó, se quitó el vestido para cambiar de ropa por última vez, cuando, bruscamente, se paró. El gendarme de servicio se había acercado y, con los codos sobre la almohada, la cabeza entre las manos, la miraba con el mayor interés.

« Su Majestad, dice Rosalía Lamorlière, que la servía de ayudanta, volvió á ponerse la toquilla sobre los hombros y, con gran dulzura, dijo al joven :

» — En nombre de la decencia, caballero, permítame que me mude de ropa blanca sin testigos.

» — No puedo consentirlo, pues me han dado órdenes de que no me separe de usted. »

¡Qué cuadro! ¡Ese gendarme echado boca abajo, sobre el lecho, siguiendo con su repugnante mirada á la reina que se muda de ropa blanca por última vez y para ir á la muerte!

En vano pidió que no le ataran las ma-

nos cuando fué en el carro que la condujo á la guillotina: se las sujetaron con tal fuerza, que el sacerdote Girard, para aliviar sus dolores, tuvo que apoyar su mano sobre el brazo izquierdo de la infortunada reina; en vano pidió que la permitieran retirarse para hacer una apremiante necesidad, estando en la Conserjería; tuvo que ir á un rincón de la habitación, delante de todo el mundo.

El carro avanzaba lentamente; María Antonieta llevaba un vestido blanco y una falda bajera negra; una especie de camisola blanca, una cinta de color rodeando la muñeca, un gorro de linón blanco, como las mujeres del pueblo, con un trozo de cinta negra. En vano habia rogado que la dejaran ir al suplicio con la cabeza descubierta. Sus cabellos blancos estaban cortados alrededor del gorro. Estaba pálida, pero tenia las mejillas enrojecidas, los ojos inyectados, las pestañas inmóviles y rígidas. En la calle de San Honorato, el carro se habia parado un momento, y un niño que la madre elevaba en sus brazos, le envió un beso con sus manecitas, y en seguida comenzó á aplaudir alegremente. La reina le respondió con una sonrisa, y en seguida se puso á llorar. Estas fueron las únicas lágrimas que derramó durante el trayecto.



Al día siguiente dirán los periódicos que subió á la guillotina con aire de desafío, con calma y tranquilidad «insolente». Ella misma se vistió para ir al suplicio.

El ciudadano Lapierre, buen patriota, vió la ejecución y la describe en términos pintorescos:

« Maria Antonieta, la sinvergüenza, ha terminado tan bien como el cochino de Godille, el carnicero en cuya casa nos surtimos. Ha subido al cadalso con una energía increíble, atravesando todo París, mirando á todo el mundo con desprecio y desdén; pero por cuantos lados pasó los verdaderos patriotas no han dejado de gritar: ¡Viva la República, y abajo la tiranía! La sinvergüenza ha tenido la firmeza de ir hasta el cadalso sin estremecerse; pero cuando ha visto ante sus ojos la medicina que tenía que tomar, ha caído sin fuerzas (1). »

Y el mismo día, ejecutado el decreto

(1) Publicado por Federico Massón en la Nueva Revista Retrospectiva, XV.

dado por la Convención, por proposición de Barrere, los despojos mortales del hijo mayor de Maria Antonieta, del primer Delfín, fueron sacados de la tumba en Saint-Denis, y profanados.

Robespierre proclamó que la muerte de Maria Antonieta seria un homenaje á la libertad y á la igualdad; si así es, hay que convenir en que estos dos grandes principios recibieron en la jornada del 16 de octubre de 1793, un brillante homenaje.

♦♦

... La piedad administrativa, parece haber alejado de las grandes vías de París estos lugares de dolor, mas ¡ay! la silueta imponente de las prisiones, á pesar del estrépito y cascabeleo de la capital, no puede ser borrada, y tras los muros siniestros y ennegrecidos por las lluvias y el tiempo, hay muchas lágrimas, muchas locuras, grandes desengaños, inexplicables extravíos.

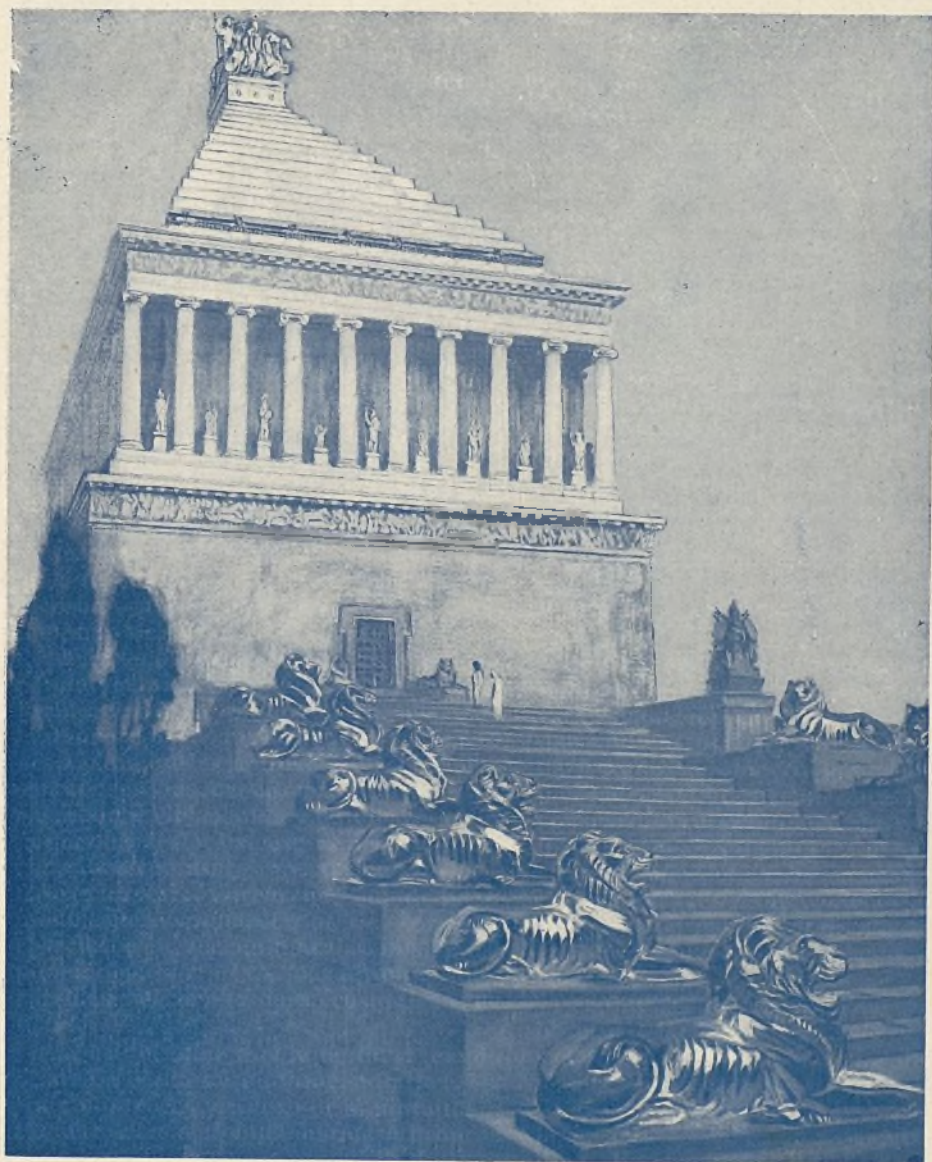
A. MUÑOZ PÉREZ.



Patio interior de la Conserjería.



# *Las siete Maravillas del mundo*



LA TUMBA DE MAUSOLO

*Esta sepultura, testimonio opulento de un amor imperecedero, fué una de las obras más puras del arte antiguo, y ha dado su nombre á los sepulcros.*





LAS PIRÁMIDES DE EGIPTO

*Las Pirámides de Egipto son célebres entre las antiguas maravillas del mundo. Son las únicas*

Al comenzar la publicación de un periódico, otro tablado por donde desfilarán todo y todos, y nada ni nadie reposarán, es oportuno evocar la obra lenta é incommovible de las civilizaciones antiguas. Bueno es que los apasionados de la viveza cinematográfica, vuelvan momentáneamente la mirada á la sólida quietud. Las hojas se renuevan cada primavera y permanece el tronco centenario. También el público erudito y escaso de la solemnidad histórica aprenderá á considerar algo más la crónica de lo efímero. Porque, al cabo de

los siglos, lo mismo desaparecieron las fastuosas magnificencias del arte oriental, que el diálogo pronunciado á la sombra de los muros colosales. Antes que el edificio en su plenitud, se deshizo el ladrillo. La diferencia de un día, un lustro ó una centuria, ¿qué importa en la eternidad?

¡Las siete maravillas del mundo! De todo apenas quedan las señales, podemos decir con el poeta. El coloso de Rodas, el Mausoleo, el faro de Alejandria, los jardines colgantes de Babilonia, el templo de





*que todavía se conservan en pie. La sencillez inmensa de sus formas las ha salvado de la destrucción.*

Diana en Éfeso, Júpiter Olímpico, las Pirámides de Egipto. Flota aún la leyenda de su grandeza. Y á falta de vestigios concretos, ni siquiera dudosos, la fantasía de las gentes fabrica siete mil maravillas, á costa de las siete que existieron un día. Vamos á fijar, bien que á la ligera, los contornos de tanto y tanto ensueño impreciso.

El coloso elevábase gigantescamente en el puerto de Rodas, y protegíalo con una mano extendida, ademán de llamada para los navegantes. Era de bronce y representaba al dios Apolo, Helios, el Sol. Se ter-

minó en la CXXIV olimpiada, por Ceres de Lindo. Contra la opinión, que ha persistido, no pasaban los barcos entre sus piernas abiertas en compás. Las naves venían á acariciar con su velamen purpúreo los monstruosos pies de la estatua enorme. ¿No imagináis el efecto que haría el bronce, bañado en la luz roja del crepúsculo, reflejándose en el mar azul? Había de ser como un canto de la luz, materializada en aquel Apolo, inmenso y, sin embargo, armónico, griego. Andando el tiempo cayó en trozos al mar.





LOS JARDINES COLGANTES DE BABILONIA

*Estos eran los fecundísimos jardines florecidos en las gradas de una montaña artificial y gigantesca. Esta masa clara y verde fué elevada por Nabou-houdour-dussour, para que la reina,*





su mujer, al ver el monte-jardín, se hiciese la ilusión de que todavía moraba en el país medo, donde nació...



La tumba de Mausolo destacaba su gran mole y su rítmico perfil en el fondo azulencio de una montañuela. Y en lo alto el cielo añil. Y en los flancos marmóreos, los cipreses y las adelfas. Quizás un vuelo de palomas animaba el sueño de la piedra. Al morir Mausolo, su viuda, la reina Artemisa, quiso perpetuar la memoria del amado, y conlío a Phileas y Satyros su ambición de una tumba peregrina, digna de los dioses. La tristeza ocasionada por el recuerdo de su idilio roto, melancolía cultivada hasta el extremo de echar la reina en sus bebidas parte de las cenizas de Mausolo, así como Cleopatra sorbió después sus perlas pulverizadas, mató al último á Artemisa. Entonces, luego de un breve paréntesis, Hydrius, hermano de la reina trágica y sensible, terminó la emprendida obra. Diez años se emplearon

en rematar la maravilla arquitectónica.

En una eminente explanada rectangular, á la que conducían los numerosos peldaños de una amplia escalera, alzábase la tumba célebre. Fué un templo jónico de treinta y seis columnas, y en lo alto las veinticuatro gradas de una pirámide truncada. El ornamento era un friso que esculpieron Scopas, Bryaxis, Timotheo y Leochases. Entre las columnas, héroes y leones. Constituía la cima una cuádriga con las estatuas grandes de Mausolo y Artemisa. Nadie ignora que la riqueza del sepulcro cobró tal fama que en lo sucesivo denominábase mausoleo cualquier tumba artística. Las pocas cenizas que no bebió Artemisa, ya volaron, y el mismo templo se destruyó...

Cuentan que las llamas que coronaban el faro de Alejandría despedían un fulgor







EL COLOSO DE RODAS

*Sobre su alto pedestal de granito que domina la ciudad, Helios, dios de la luz, ceñido por una corona de rayos, extiende su brazo hacia el mar azul, como en ademán de bienvenida á los navegantes.*



más vivo que el de las estrellas. Durante el día avisaba el penacho de humo, negro, lento, retorcido. Estaba fabricado con mármol blanco y en forma de torre prismática octogonal. Una rampa arrollada a lo largo del torreón servía para que múltiples asnillos blancos subiesen la leña que alimentaba la hoguera perpetua. Sostenía el faro una base cúbica, y en el zóculo abríanse las celdas donde se almacenaban los utensilios. Inauguró las obras Ptolomeo Soler y viene a terminárselas Ptolomeo Philadelfo. Planeó el faro de Alejandría un arquitecto llamado Sostrate de Cnido, discípulo de aquella escuela que armonizaba las enseñanzas caldeas y las helénicas. Así el faro tuvo el carácter de un símbolo de unión en el paraje donde se mezclaban las dos lenguas y las más diversas costumbres.

¿Qué fueron los jardines colgantes de Babilonia? Babilonia alcanzó tal grado de civilización, que conoció los ascensores hidráulicos. Así como en Sevilla hubo un príncipe moro que plantó de almendros la ribera del Guadalquivir, para que la favorita creyese ver una nevada, así Nabucodonosor, y no Semiramis, según se cree, edificó los jardines únicos para aliviar la nostalgia de una princesa meda, que languidecía en las planicies al evocar su montañoso país. Y en unas recias y altas pirámides de tierra dispuso unas gradas que llenó de árboles y flores. El extraño artificio espejábse en la dilatada mansedumbre del Eufrates, el río que ha copiado tantas rarezas magníficas: las embarcaciones redondas, los muros de cerámica con relieves, las caravanas exóticas que llegaban de lejos y temían que atravesar los palmerales y los trigos, las primeras murallas, las ruinas, los huertos con sus cercas terrosas, los barrios casi inhabitados, una puerta con guardia, el río, otra muralla, otra puerta, un inacabable arrabal popularísimo, y al fin... las pirámides floridas, la maravilla más custodiada de todas.

Ojalá lo hubiese estado tanto el templo de Diana en Efeso. Pudo incendiarlo Erostrato una noche, ansioso de inmortalidad. Formaban el templo el mármol, bronce y oro; pinturas, estatuas. Todo deslumbraba la mirada. Un dédalo de angostas callejuelas conducía a la apoteosis, digámoslo así, de la majestuosa construcción. Se comenzó en la XL olimpiada por Cherriphron, Ræcus y Teodoro de Samor, ar-

tista, el último, que labró el prodigioso anillo de Policrates. Y una noche de ambiciosa embriaguez Erostrato aniquiló el templo. Temía más el silencio de la posteridad que la inflamable cólera de los dioses. Se prohibió que las gentes le nombrasen nunca más. ¿Se hubiese podido amordazar hoy a la prensa que glorifica a los apaches?

Acaso no hubiese intentado igual profanación con la imagen de Zeus en Atenas, tan grande y terrible en su serenidad. Podría afirmarse que bajo su frente velaba el genio de Fidias, el escultor de la maravilla. Sus ojos eran piedras preciosas. Las carnes de marfil, el manto de oro. En la mano derecha tenía una victoria alada, y el cetro en la otra mano. Los paganos caían de rodillas instintivamente al contemplar la prodigiosa estatua.

Y he aquí la única construcción que no ha desaparecido, entre las siete. Las pirámides de Egipto, aquellas *rigourats* caldeas, sólo que engrandecidas y sustituido el ladrillo con el granito en bloques. Parece que los hombres antiguos, llenos de una idea de inmortalidad, buscaban la estabilidad suprema en la pirámide. Con la piedra que se empleó en la construcción de la mayor hubiese podido alzarse una muralla de dos varas a todo lo largo de España. Cufú (el Cheops de Herodoto) arruinó el Egipto para levantar la suya. Y Cufú, como los otros constructores, no pudo disfrutar su tumba. Al lado de las Pirámides, pone la Esfinge su desvelo al que interroga la Humanidad; y la calzada que se construyó para acarrear las piedras del desierto, merecía que se la considerase como la octava maravilla. A través de los siglos, las Pirámides han sido respetadas, en la guerra como en la paz. Hoy, las ha violado la Agencia Cook, cambiándolas en *restaurant* y alumbrándolas con bombillas eléctricas. Sin comentarios.

Y antes de acabar, una pregunta. ¿No observáis la coincidencia que significa, siete maravillas, siete días de la semana, los siete planetas y los siete sabios de Grecia? Es que los antiguos consideraban la cifra siete como la clave misteriosa y divina de los números, de la armonía superior del universo, la cadencia del ritmo. Y para los hebreos, el siete era la cifra revelada a los hombres por el cielo, porque Dios hizo la creación en seis días, y el séptimo descansó.





LA DAMA DEL UNICORNIO

*Fragmento de uno de las más hermosos tapices que se conocen, fabricado en Flandes... ó en Auvernia, en los comienzos del siglo xvi. Jorge Sand lo celebró mucho en 1847.*

## LOS TESOROS DE FRANCIA

Junto á los cuadros célebres que constituyen el incomparable patrimonio de Francia, existen otros tesoros, menos fastuosos por las dimensiones, pero tan notables por su riqueza y lo concluido de su arte. Los museos franceses se enorgullecen de poseerlos y sin duda todos los lectores se interesarán por ellos, porque se trata de una verdadera colección de obras maestras, avaloradas por las más prestigiosas historias.

Un museo poco conocido aún de los parisienses es el Gabinete de Medallas de la Biblioteca Nacional, que posee, si no el más hermoso, el más importante camafeo de la antigüedad.

Según el sabio conservador del gabinete de Medallas, M. Ernesto Babelón, la céle-

bre gema está consagrada á la *Glorificación de Germánico*.

Esta obra maestra tiene toda una historia, y ya era mencionada en el siglo xiv, en el inventario del Tesoro de la Santa Capilla. Se ignora en qué época y por quién fué depositada en este Tesoro, aunque es probable que, conservado por los emperadores bizantinos, lo trajesen á Francia después de las Cruzadas. Felipe de Valois lo cedió á uno de los papas de Aviñón, Clemente VI. «Hacia el año de 1342, dice M. Babelón, la situación financiera de Felipe de Valois era sumamente crítica, y sin duda para salvarla empenó el camafeo.»

La «gran ágata» fué, durante la edad media, un objeto de veneración, repre-





LA HISTORIA DE FILIPO DE MACEDONIA

*El artista ha hecho homenaje del libro que acaba de escribir al duque de Borgoña. Ilustración de un manuscrito del siglo XIV, uno de los más notables de nuestros archivos.*

sentando para la devoción popular, José, hijo de Jacob, recibido en la corte de Faraón.

Hasta el siglo XVII, nadie se preocupó de estudiar el verdadero carácter de esta joya, y el primero que osó identificar el «Camaféo de la Santa Capilla» fué Fabri de Peiresc, que propuso interpretar la escena representada en el ágata como una *Apoteosis de Augusto*. Peiresc tuvo el mérito de fechar la obra, con un error insignificante, y de comprender su gran importancia desde el punto de vista artístico.

Cuando en 1791, la Asamblea Nacional decretó la venta de los objetos conservados en la Capilla, el ágata fué depositada

en el Gabinete de Medallas de la Biblioteca Nacional de París. Pero no habían concluido sus aventuras, y, en 1804, unos ladrones la robaron, y estaban á punto de venderla en Amsterdam, á un conocido orfebre, por la suma de cien mil francos, cuando Gohier, el cónsul francés de esta población, hizo que detuvieran á los ladrones, restituyéndola á su gobierno. Y desde esa época, el magnífico camaféo no ha abandonado el Gabinete de medallas de la Biblioteca.

Esta gema tiene 31 centímetros de altura y 23 centímetros de anchura siendo por lo tanto la mayor que se conoce.

Pero otras maravillas solicitan nuestra





LA ESPOSA DE FRANCISCO I DE FRANCIA, POR LIMOSÍN

*Esta obra es, juntamente con el retrato de Ana de Montmorency, que se encuentra en el Louvre, uno de los más hermosos esmaltes del gran artista.*

atención, y casi no podremos citar las más populares entre ellas, como las alhajas de Benvenuto Cellini, obras maestras de delicadeza suntuosa; los soberbios jarrones de ágatas, de ónice ó de cristal de roca, el colrecillo de oro de Ana de Aus-

tria, ante el cual se extasia el gentío de visitantes domingueros de la galería de Apolo.

Entre los objetos de orfebrería que el Museo del Louvre ha recogido de la abadía de San Denis, no hay ningún otro tan

Ayuntamiento de Madrid



célebre como el llamado *Vaso de Suger*. Este vaso servía en las ceremonias litúrgicas de la abadía de San Denis.

Esta obra de arte de la platería religiosa francesa del siglo XII, presenta considerables dimensiones: 43 centímetros de altura y 27 centímetros de anchura. El águila de pórfido queda presente en la memoria como una visión terrorífica y sagrada.

Sobre el anillo de plata dorada que une las dos alas y forma collar del águila, se lee una inscripción latina que significa: «Esta piedra merece ser montada entre diamantes y oro. Mármol era, pero trabajada

como está, más preciada que el mármol es.»

La historia de las nueve coronas que posee el museo de Cluny también es por extremo curiosa.

Hacia fines del año 1858, un oficial francés, establecido en España, hizo practicar varias excavaciones en un terreno de su propiedad, en la campiña de Toledo, en un lugar conocido con el nombre de *La Fuente de Guarrazar*, descubriendo ocho coronas de oro macizo, de peso considerable, y cubiertas de piedras preciosas. Traídas inmediatamente a París, fueron ofrecidas



PATENA CARLOVINGIA

Esta joya es, como las coronas de los reyes godos conservadas en el museo de Cluny, una de las más interesantes muestras del arte de los "Bárbaros".





TODO UN TESORO EN UN SOLO OBJETO

*Copa de cuerpo de ágata con adornos de oro incrustados de piedras preciosas y partes esmaltadas. Trabajo italiano de fines del siglo xv, conservado en el Louvre.*

al museo de Cluny, que se apresuró á comprarlas. Dos años después, nuevas excavaciones emprendidas por el mismo oficial, terminaron con el descubrimiento de una nueva corona, tan admirable como las anteriores.

En 1878, en la Exposición de Arte retrospectivo del Trocadero vieronse tres tapices riquísimos prestados por el ayuntamiento de Boussac. Y M. Alfredo Darcel daba así la noticia: «Se pretende en Boussac que estos tapices proceden de la





EL GRAN DELFÍN, NIETO DE LUIS XIV

*Esta miniatura, pagada por el Rey Sol en 32.000 francos, le fue entregada á su partida para Flandes, y la conservó durante toda la campaña.*

tienda de campaña del hermano de Bayaceto, Zigim, que en rehenes de los caballeros de Rodas, fué encerrado en el castillo de Bourganeuf, por Pedro de Aubusson, su jefe.» El eminente erudito, sin

embargo, rechaza esta tradición novelesca. «Estos tapices — afirma, — son europeos, y probablemente franceses, aunque no podemos afirmar nada, porque el ayuntamiento se negó á dejárnoslos para





EL GRAN CAMAFO DE FRANCIA

*El mayor de los camefeos antiguos, que pasó sucesivamente entre las manos de los emperadores, de los reyes y de los papas. Representa la Glorificación del general romano Germánico. Broche de oro alemán.*

que los pudiéramos examinar con la debida detención. »

Algunos años después de haberse celebrado la Exposición de 1878, M. Sommerard, conservador del museo de Cluny, adquiría seis tapices, tres de los cuales son conservados en la alcaldía de Boussac.

Entonces, las personas competentes pudieron estudiar cómodamente estas maravillas de la industria textil, pronunciándose unánimes contra el origen turco de ellos, datándole de los comienzos del siglo XVI.

Entre los camefeos, figura uno de Leo-



nardo Limosín, muy notable. El retrato que Limosín pintara de su protector Montmorency, es admirable. La rica colección de esmaltes del Louvre no posee una obra de arte tan universalmente estimada, ni tampoco otra como el retrato de la reina Claudia de Francia. « La ejecución de un retrato por los procedimientos usuales en la pintura de esmaltes, en los que el modelo se obtiene por capas sucesivas mezcladas con blanco, presenta casi una imposibilidad absoluta, dicen los biógrafos de Leonardo Limosín, MM. Bourdery y Lachenaud. Las combinaciones químicas de una nueva paleta no constituyen un obstáculo capaz de detener al que siempre ha triunfado en sus empresas. Confeccionó colores vitrificables apropiados á sus trabajos, y, lleno de fe en su arte y en su valía, comienza á trabajar como maestro la miniatura en esmalte. »

Bernardo Palissy, también fué un artista notable, que fué muy protegido por Ana de Montmorency. El taller de Palissy, en Saintes, fué construido por el gran duque, esposo de Ana de Montmorency, que

aunque persiguiera á los hugonotes, siempre se mostró magnánima con el artista, que durante muchos años padeció hambre y ni aun tenía en dónde dormir. He aquí como cuenta los episodios de su vida:

« El viento, la helada, el calor, las goteras de mi casa destruyeron la mayoría de mis obras, antes de que hubiesen concluído de cocerse... Y como muchas veces me encontraba completamente empapado por la lluvia, me iba á dormir, á hora muy avanzada de la noche ó al amanecer, á cualquier cuartucho, semejante á un hombre que hubiesen arrastrado por todos los barrizales de la población, tambaleándome como un hombre ébrio y triste. Después de haber trabajado tanto, veía destruída mi labor. »

Palissy puso en las porcelanas que salieron de sus manos toda la poesía y ciencia encerrada en su alma de artista, que tanto celebró los aspectos de la naturaleza florida, y que tan cruel fué para su ferviente amigo.

ENRIQUE ROUJÓN

Secretario perpetuo  
de la Academia de Bellas Artes.







*Ahora es el orientalismo de bazar, impuesto por las nuevas colonias, por las últimas guerras, por una obra de teatro, "Rismel".*

## ....Y BATIR DE ALAS

«Si la Venus de Milo, por un conjuro mágico saliese de pronto á la calle, convertida la piedra en carne, y vestida á la moda, no obtendría más que un mediano éxito.»

Un gran cotidiano parisiense publicó no ha mucho esta opinión. Y la firmaba uno de los poetas más exquisitos de Francia, que es decir del mundo.

Dichas palabras fueron provocadas por una consulta (nada de encuestas) que el referido periódico abrió á propósito de la posible quiebra sufrida por la belleza femenina.

Á doble columna, como en las denuncias de plagio, publicaba el famoso papel los retratos de tres bellezas al estilo clásico, y tres fealdades que consiguen ma-

yor éxito en París. El hecho es que van desapareciendo los tipos de hermosura que pudiéramos llamar arquitectural ó pictórica, y ocupan su puesto nuevos tipos de un carácter á veces literario, musical á veces.

María Antonieta y la princesa de Lamballe, pasaban por ser las mujeres más hermosas de Versalles. ¿Cómo se explica que la Pollaire se lleve nuestra predilección, en caso de rivalidad entre la fea artista de hoy y las egregias damas versallescas?

Y aquellas palabras del poeta relinadísimo: «Si la Venus de Milo...»

¿Quiere esto decir que los hombres han perdido el gusto por la belleza? Es curioso observar cómo en los poemas y las



novelas antiguas, aun las de relativa antigüedad, toda la trama se desenvuelve alrededor de una mujer perfecta, clásicamente perfecta en Homero, románticamente perfecta en Víctor Hugo.

Al contrario, en la literatura del día. La mujer encantada, cristalizada en los rasgos puros y armoniosos, es substituída por la mujer diabólicamente encantadora, la *charmeuse*.



FIESTAS NOCTURNAS

*La gran escalinata tiene un aspecto feérico.*

Ayer, la cualidad predominante era la serenidad noble de la belleza femenina. Y como en un viejo vaso veneciano puede el bebedor verter los diversos licores que le proporcionarán diferentes embriagueces, así en aquel molde abandonaban nuestros ancestrales la masa de sus sentimientos. Y Helena inspiró contrarias acciones a su raptor y a sus recuperadores.

En cambio, ahora, es la mujer quien acentúa y marca la expresión. Acaso, sin sospecharlo, sea éste un triunfo del feminismo.

Pero ¿es universal la victoria del modernísimo tipo de belleza? Casi, casi po-

demos decir que aún no ha traspasado las fortificaciones de París.

Existen en la tierra unos pocos modelos que definen las distintas clases de belleza en la mujer. La yanqui de mármol con la cabellera de oro, y euritmia de Diana, la *girl* Gibson. La inglesa angelical como una Ofelia prerrafaelista. La andaluza breve y cálida, cuyos párpados aleitan como pájaros asustadizos, de cabellos negros y talle quebradizo. La circasiana pálida y con el perfil descarnado, enjuta, alta, sombría. Las venecianas de las serenatas y de los cuadros del Ticiano. La mujer oriental, lenta como una serpiente, hermosa, muy hermosa, y la piel de oro cargada de esmeraldas, perlas, y mil polícromos vidrios...

Son demasiado seductores todos estos tipos de mujer, para que nadie se atreva a desterrarles de su imaginación. Y si los más remotos y primitivos cultos conservan todavía adeptos, ¿qué cosa extraña hay en que todas y cada una de las bellezas antedichas, cuente con numerosos adoradores, adoradores incontables como las olas del mar y las arenas del desierto?

Al lado de los modelos clásicos, el agotamiento, el *snobismo* y otras mil causas, han puesto en circulación nuevos encantos femeniles, tal vez de índole morbosa. Las grandes naciones que poseen colonias en Asia, han importado en Europa las mil menudas y peregrinas mujercitas de todos los colores; el Japón, al matarla de un golpe, ha renovado para nosotros la leyenda de sus *musmés* que tañen la guzla al pie de un cerezo en flor; y en el mismo rango, aunque despiertan sensaciones de rudeza y bravura, y no desfallecimientos alambicados, se hallan las Amazonas rudas de América, esas leonas que cabalgan como centauros y llevan un revólver en el sitio destinado a las rosas por nuestras mujeres. Quisiéramos ser *cow-boys*.

Por el avance progresivo de las cien mil rivales, se va estrechando el escenario de la mujer fea que derrotó a las bellezas clásicas.

¿Feas? ¿Os parece fea esa silueta alargada y lánguida, los pies estrechos y





*Sueño alado y desvanecido de tres ninfas con neurosis y que no conocieron más faunos que los de la canción célebre del metropolitano; narcisismo ingenuo y fomentado mutuamente por las tres amigas.*



luengos, el cuello sutil, un peinado inverosímil, cuando no equivoco en las rizadas melenas, y la cara irregular y atractiva, feísima, bellísima?

La desaparecida mujer de rasgos correctos podría reconstruirse siempre según leyes de la estética de las escuelas. Los ojos grandes, la boca pequeña, la frente estrecha, etc. Por eso la denominamos arquitectural ó pictórica. Por eso. y por los sentimientos que inspiran. Son como pinturas...

Sólo, por el contrario, en una sonata de Beethoven hallaríamos el sentido extraño del atractivo de Eleonora Duse, una de las feas más irresistibles. Y en algunas páginas de D'Annunzio. Mujeres musicales ó literarias, que no hablan á nuestra mirada, que penetran en nuestro espíritu, y aun allí mismo no podríamos concretar su hechizo, porque es algo así como la evocación que flota entre las líneas de unos versos de Heine...

Creados los arquetipos, en seguida surgió una multitud de mujeres ingravidas, que no consiguen hacerse vulgares. aunque se amontonan un domingo en torno á un kiosco donde toca la banda militar.

Y este es el genuino y exclusivo producto de París. Y nadie pretenda desautorizarlo con el achaque de su modernidad. todavía no sometida al fallo del tiempo, pues éste fué también el aristocrático, casi heráldico fruto de la Florencia del Dante y Boticelli.

Acaso en los exquisitos y supremos frescos del pintor de la Primavera, ha nacido el tipo que actualmente admiramos tantos y tanto.

Porque es la decoración que hoy se usa en los grandes edificios la que impuso esas siluetas aéreas y lánguidas. Fantasmas incorpóreos, con palidez de luna, vagan entre árboles rectos, en un ambiente tenue y adormecido. Tintas planas. quietud, ensueño, inmaterialidad.

¿Qué lejos estará de pensar la Pollaire que debe parte de su éxito á Puvis de Chavannes! Y, sin embargo, es así. Claro que Puvis de Chavannes no pintó nunca á la Pollaire, ni la hace presentir en sus pinturas murales. Pero sus éxtasis celestes á la

luz de la luna, la Pollaire los ha traducido en una *charme* infernal. Y, desde luego, el pintor de la corte, Mengs, hubiese desdeñado un modelo así. Era la época clásica y empolvada. En tiempos de Puvis de Chavannes, ya comenzaba á admirarse á las brujas.

Porque esto son estas mujeres, diabólicas, brujas. Y en ellas lo que amamos es la expresión. Son la flor peregrina de una ciudad única que vive de noche, que ha matado á Pierrot y sigue siendo Pierrot; ciudad envenenada por todos los paraísos artificiales; á la que concurre la curiosidad universal; en que la gloria y el dinero deslien sus nubes entre los árboles de la calle; ciudad enferma de mil ansias indefinidas, deseosa de un más allá que la fatiga antes de poseerlo. Ciudad artificial que ha creado ese juguete espiritualísimo de sus mujeres, como se fabrica un juguete mecánico.

¿Flor de estufa? No. Estas mujeres delicadas, frágiles, caminan en invierno con los descoles más exagerados, y breves las faldas y desnudos los brazos. Las pieles de *renard*, ó *martre d'or*, que es la moda, no desempeñan sino un papel decorativo, son las guirnalda de laurel en las columnas. Una mujer del pueblo se per trecha en las manteletas y las capas. Las figulinas frágiles é inrompibles, como son perennes y frágiles los vasos de Sèvres, pueden elegir entre dos enamorados que les aguardan á lo largo del porvenir: la Vejez, que les promete un kiosco con crisantemos y violetas en la cercanía de un teatro, ó la Tuberculosis, que les ofrece el brazo caballerescamente. A pesar de su fama de interesadas, ellas prefieren el caballero pálido al buen viejo paternal.

Entre tanto, la barra de carmín tiñe sus labios con el color de la pasión y la salud. Hay más de una muchacha que tiene la boca en forma de corazón de baraja francesa. A quien le pregunta dice que lleva el corazón en los labios. Yo creo, por el contrario, que cierra su boca con una fresa por candado.

Cuando la vemos pintarse en su butaca del teatro, á los postres de una comida en el *restaurant*, en la terraza del *café*, á las





En este cuadrillo que se creería un Watteau, dos parisienses se disfrazaron de marquesitas versallescas. El otoño las rodea y cambió cada árbol en una antorcha flameante al viento...





EL ALMA DE UN VALS

*Esta fronda que cae lángidamente, y este vago fantasma femenino, ¿no son el alma de un vals?*

palabras de suavisima ironia responde que quiere tener la sangre roja, como Carmen, y recuerda aquella heroína literaria que sólo conocia el frio por los sorbetes saboreados entre las plantas amodorradas y carnosas de su jardin-tropical.

También la actual mujer parisiense desea y conoce todos los exotismos por este fácil y expedito procedimiento del sorbete.

Los pinceles dulces y halagadores de un artista aristocrático, pequeñas brochas que cosquillean en las epidermis nacaradas, haz ó trofeo que una parisiense debería lucir en su *barrete* como afirmación de parisianismo; en una palabra, el arte de Francisco Povo, este *montmartrois* de España, ha podido sorprender alguna de las coqueterías de exotismo y anacronismo que constituyen el *alma encantadora de París*.

Es el ensueño alado y desvanecido de tres ninfas con neurosis y que no conocieron más faunos que los de la canción cé-

lebre del metropolitano del Odeón; narcisismo ingenuo y fomentado mutuamente por las tres amigas. Diríase que esta estampa representa el paso de la crisálida del *quartier* al *papillon* de los *restaurants* lujosos del Bosque. Es el alba.

En otro cuadrilo, que se creería un olvido de Wateau, las dos parisienses se disfrazaron de marquesitas versallescas. El otoño las rodea, y cambió cada árbol en una antorcha flameante al viento. El templo del amor es muy breve, minúsculo y está á lo lejos... Las dos mujeres deluvieron en su coloquio y escuchan, espían el aire. Acaso se oyeron las bocinas de los automóviles que traen á los invitados, tal vez, los agudos violines de los *trigones*. Y ellas, que no sienten el amor del tiempo florido versallesco, sino del pintor aquel, le imitan hasta en la palidez de su piel; así, Wateau soñaba sus armoniosas pompas, huecas y tristes, en tanto la tisis marchitaba su cuerpo.

Ahora es el orientalismo de bazar, impuesto por las nuevas colonias, por las últimas guerras, por una obra de teatro, *Kismet*. El sol colabora en la evocación é irrumpe en la amplia cuadra de paredes desnudas. Con los impertinentes examinan el tapiz extendido. La testa del árabe las avalora, como en las pieles de león en que se conserva el cráneo. Una figurilla, más parisiense que oriental, avanza con otro tapiz. Hay por el suelo unos vasos con reflejos, timbales que llenará la jardinería con una primavera febril en los *boudoirs* invernales. Pierre Loti es el sultán de ese Oriente de fantasía...

La apoteosis. La apoteosis soñada por una mujercita rubia, elástica, con una rosa muy grande en el pecho y los pensamientos más infantiles en la cabecita roja. Un Andrés de Fouquières, sin mostacho, la envuelve en albo *manteau*, concha de seda y pieles que sirve de cuna á la moderna Venus. Sus ilusiones de triunfo son esa nube de oro, informe, que se tambalea, que ignora dónde va. En lo alto, el vaho





LA APOTEOSIS

*La apoteosis soñada por una mujercita rubia, elástica, con una rosa muy grande en el pecho y los pensamientos más infantiles en la cabecita roja. M. Andrés de Fouquières, sin mostacho, la envuelve en albo "manicau", concha de seda y pieles que sirve de cuna a la moderna Venus.*



rojizo que las iluminadas calles de París lanzan al cielo negro. En ese cielo brillan *les étoiles sociales*, esas estrellas que carecen de cuanto encantaba a los griegos de la antigüedad, cuanto constituía ese tipo soberbio que tanto abunda en la serie de divinidades olímpicas, de las Artemisas, Venus, Minervas y Junos, y aun en las Aspasia y Filotes. Entre los griegos, la imagen de la mujer cristallizaba los ensueños de los poetas, y el conjunto armonioso de sus líneas no puede encubrir la melancolía de los artistas que las inmortalizaron. Pero entre los parisinos, estas mujeres ideales parecen formadas por el resplandor de un arte decadente, y el ensueño de los antiguos se transforma en pesadilla, y la sonrisa en

crispamiento nervioso. Diríase que sólo pueden empuñar su cetro cuando los teatros rutilan, y que para que se muevan libremente les es preciso el parpadeo de la luz eléctrica; y hasta las flores que se prenden al corpiño, parecen perder de pronto el color, y languidecer.

Y como sería cosa inacabable enumerar las obras de los otros que contribuyeron a formar las deliciosas y arbitrarias mujeres de París, aquí termina la obra del pintor: literatos, músicos, árbitros de la elegancia, modistos, perfumistas, *snoobs*, enamorados. Y, sobre todo, el *chic*, ese algo inefable que se desprende de los lindos muñecos de carne y hueso, como la melancolía de los versos sonrientes de Heine...

LOVELACE.

Ilustraciones de Povo



Melancolía.





## EL GIGANTE



A isla de Papalapupa es tan poco conocida que no figura en ningún mapa. Estaba la isla dividida en dos reinos llamados, respectivamente, Matalauva y Matalaburra. Los súbditos de ambos reinos se aborrecían con todas sus fuerzas y en cuanto un matalauvo se encontraba con un matalaburro, aunque fuera de noche y sin estrellas, guiñábale el ojo izquierdo lo cual en su lenguaje quería decir « ¡ qué feo eres ! », á lo cual contestaba el otro guiñando el ojo derecho como si respondiera « ¡ lo mismo digo ! ».

Á esto se limitó durante mucho tiempo aquella vieja, muda y tuerta enemistad, hasta que un día nació en Matalauva un príncipe tan recio de cuerpo y tan crecido de estómago, que hubo necesidad de ponerle como biberón una cuba de cien arrobas llena de leche de vaca. Aquel fenómeno fué creciendo de tal modo, que á los tres meses se comía el angelito una cabra entera, con cuernos y todo, y á los dos años se zampaba un toro como si fuera un confite. Á los diez años usaba una encina para escarbarse los dientes, y no habiendo bastante ganado en el país para mantenerlo, comenzó á robar vacas en el vecino reino. En fin; á los treinta años era tan alto que los nogales más desarro-

llados apenas le llegaban al ombligo, y aun se le hubiera podido perdonar la exagerada estatura de no ser más malo que un dolor. Porque en cuanto vió que menguaban en su reino los comestibles amenazó á sus súbditos con merendárselos, y para que vieran que no se trataba de una fanfarronada, cogió al escribano de Palacio y delante de todos se lo tragó con lintero, pluma y todo. Por cierto que no lo pudo digerir. ¡ Tan indigesta es la carne de golilla! Al fin pensó en casarse, y como le dijeran que la hija del rey de Matalaburra era hermosísima, de dos zancadas se puso junto al palacio y metiendo la mano por un balcón sacó de allí á la inocente joven y se la llevó á su casa, metida en un bolsillo de su chaleco.

Inútil es decir la indignación que aquel rapto produjo entre los honrados matalaburreños. Todos, sin excepción, se pasaron dos días guiñando el ojo derecho, para injuriar al audaz y entrometido príncipe. ¡ Lástima que éste no los viera! pero hacía ya tiempo que había vuelto la espalda; y ya en su palacio, instaló á la princesa en una habitación diciéndola que de allí no saldría sino para darle la mano de esposo.

No hay para qué decir que la joven se negó en absoluto á acceder á aquella desmedida pretensión, sin permiso de su papá ¡y estaba bueno el hombre para dar permisos!



El pobre padre se daba de patadas en el vientre para mostrar su desesperación, y cuando se cansó hizo publicar un bando por el cual ofrecía casar á su hija con aquel mozo capaz de entenderse las con el gigante y rebanarle el pescuezo.

Era tentadora la promesa, pero aquel tio tenia unas manazas que infundian miedo y llevaba además un garrote como un olmo, con un letrero que decía:

« Al que le hago una caricia le curo de la totericia. »

Como ningún matalaburro padecía de dicha enfermedad, no hubo medio de decidir á nadie á buscar ca morra al giganteón.

El infeliz padre no sabia qué hacerse, pues el dolor profundo que sentía, unido á la molestia que le causaban unas botas estrechas, le hacian ver el porvenir del color más negro.

Pero hete aquí que una mañana, resuena á las puertas de Palacio el eco de una corneta. Asómase el rey á la ventana y ve á un gallardo joven armado de punta en blanco, y que solicita audiencia.

— Decidle que voy á recibirle al instante — exclamó el rey poniéndose á toda prisa unas zapatillas para estar cómodo.

El joven dijo que venía de lejanas tierras atraído por el renombre de belleza y discreción de que gozaba la princesa, y que al desembarcar en la isla, habíase enterado con mucha pena de que el rey Papirotas, de Matalauva, tenía en su poder á la princesa.

— Aquí estoy yo — dijo al terminar — para sacarla de las garras de su carcelero, si Vuestra Majestad me lo permite.

— ¡Pues ya lo creo! — exclamó el rey todo alborozado. — Lo único que me parece es que tiene usted pocas chichas para entrar en combate con ese coloso.

— No son las magras, sino el valor el que da el triunfo — dijo modestamente el joven.

— Pues ánimo, señor caballero, y á luchar. Ya sabe usted cuál es la recompensa prometida.

Montó á caballo el joven y se puso en marcha. Apenas habia recorrido unas cuantas leguas, cuando la verda que

seguia le llevó á una enorme laguna cercada de terrenos pantanosos en los cuales se hundían los cascos de su caballo. Quedó pensativo el mozo un buen momento sin saber cómo proseguir su marcha, cuando oyó de pronto que le llamaban.

— ¡ Valeroso !  
¡ Valeroso ! — gritaba una vocecilla.

Volvióse el joven á todos lados y á nadie vió.

— ¡ Valeroso !  
¡ Valeroso ! — siguió gritando la vocecilla ; — ¡ estoy aquí, en la laguna !

En efecto, al bajar la vista reparó el joven

en una carpa que habia sacado fuera del agua la cabeza y le decía :

— ¡ Valeroso ! Si vas en busca de Papirotas, cuenta conmigo.

— ¡ Hola ! — exclamó el joven — pues no cabe duda de que con tan poderoso auxiliar daré fin del gigante.

— No te burles de mí, que no hay enemigo pequeño. Papirotas es un glotón de siete suelas y se está comiendo á toda mi casta.

— ¿ Y qué puedes hacer por mí ? — preguntó Valeroso.

— Te daré un arco de espina de pescado, que no falla nunca el golpe. Con él siempre darás en el blanco. Cuando veas á Papirotas le apuntas á la barriga y lo dejarás paralizado sin poderse mover ; entonces le acometes por donde no pueda defenderse y lo matas.

— Venga ese arco y muchas gracias — dijo. Apenas hubo acabado de hablar, cuando





de entre unas plantas acuáticas que había casi junto al caballo, brotó un arco con su correspondiente carcaj lleno de flechas.

Despidióse Valeroso con mucho afecto de la carpa y siguió su camino.

Poco más de una legua habría andado cuando oyó unos gritos lastimeros que venían de lo alto. Levantó la vista y vió á un gavilán enorme que perseguía á una linda paloma torcaz. De pronto exclamó la paloma :

— ¡Valeroso! ¡Socórreme!

El joven no se lo hizo repetir y preparando el arco que acababa de regalarle la carpa, apuntó al gavilán y éste cayó atravesado de parte á parte.

— Mil gracias Valeroso — dijo la paloma posándose en el hombro de su salvador. — Te debo la vida y voy á pagarte el favor.

« Sé que vas á luchar con Papirotes, que es una fiera capaz de matarte de un soplo, pero aquí donde me ves, he de ayudarte en el combate, y con mi ayuda vencerás. Por de pronto voy á decirte dónde se encuentra.

Y al decir esto, levantó el vuelo la paloma y se lanzó como una flecha en la dirección del palacio de Papirotes. A los pocos momentos volvió exclamando :

— Ya es nuestro. Se halla en el bosque. A estas horas se ha zampado quinientas fanegas de bellotas para tener apetito á la hora de la comida. Lánzate contra él en cuanto le dispares la primera flecha, y no tengas cuidado, que no podrá responder á tus golpes.

Fué Valeroso detrás de la paloma, que le mostraba el camino, y al fin llegó á un encinar en el cual se oía un rumor tenebroso, algo así como el de las piedras de un molino.

— ¿ Qué es eso? — preguntó Valeroso á la paloma.

— El ruido que hace el gigante al mas-car cada fanega de bellotas.

Acercóse resueltamente Valeroso, y, á través de los árboles, vió al gigante sen-

tado y comiendo á dos carrillos las bellotas que iba cogiendo de los árboles sin necesidad de incorporarse.

Descendió la paloma hasta el oído del monstruo y le dijo:

— Ahí está un joven que te pide la libertad de la princesa. Déjala en paz, porque de otro modo te va á costar caro.

— ¡Cómo es eso! — gritó Papirotes afir-mándose la corona é incorporándose para



ver al cabal-  
lero. — ¿Y es  
ese mequetre-  
fe el que me  
viene á desa-  
fiar? Que se  
acerque y  
me lo tragare  
con caballo  
y todo.

Valeroso, al ver-  
lo, gritó con toda  
la fuerza de sus  
pulmones:

— ¡O dejas libre  
á la princesa, ó te  
rebano el pescuezo!

El gigante soltó una estridente carca-  
jada que hizo temblar al bosque, y em-  
puñando su cachiporra llena de pinchos  
y más grande que el tronco de un roble,  
dijo al caballero:

— Acércate un poco para que pueda  
aplastarte sin molestarme.

Entonces Valeroso, sin contestar, pre-  
paró su arco y disparó una flecha que,  
volando á través de los árboles, vino á  
clavarse en el estómago de Papirotes, y  
no debió hacerle provecho aquel flecha-



zo, porque al recibir el golpe puso el hombre una cara de pocos amigos que daba miedo verle. Rechinó los dientes, echaban llamas sus ojos y para no caer tuvo que asirse á la copa de un árbol.

— ¡Ah, bandido! — rugió — te voy á hacer butifarra.

Pero Valeroso no se asustó por aquello; metió espuelas á su caballo y desnudando la espada se lanzó contra Papirotes. Hizo éste con su cachiporra un terrible molinete, pero en el momento de ir á aplastar al joven, la paloma le dejó tuerco de un picotazo, y dando la vuelta al otro lado, le metió un ala en el otro, ojo con lo cual el gigante quedó ciego dando golpes en vago.

Dos estocadas acabaron con el monstruo, que se desplomó en tierra con formidable estrépito. Valeroso le cortó la cabeza y atándola á la grupa del caballo se dirigió al palacio en donde la princesa gemía cautiva.

Al llegar junto á las puertas advirtió el joven que alguien le tocaba en el hombro, y al volverse vió que iba montado detrás de él un hombre seco, acartonado, con una pluma en la oreja y un lintero colgado de una correa.

— ¿Quién es usted? — preguntó Valeroso.

— El escribano de Matalauva, para servir á vuestra merced.

— ¿Pues no le comió á usted Papirotes? — preguntó el joven.

— Verdad es, por su desgracia, pues por más que ha hecho no ha podido digerirme y me he pasado dos años en su estómago martirizándole.

— ¿Y qué hacía usted allá dentro?

— Escribir en sus tripas.

— ¡Así las tenía el hombre tan negras! — murmuró Valeroso.

— En cuanto le mató usted he salido á escape, y agarrado á la cabeza de Papirotes he llegado hasta aquí. Dígame er qué puedo servirle.

— En nada — repuso el joven, — sino es en decirme dónde se halla la princesa.

— Sígame y lo verá.

Precedido del escribano entró en palacio Valeroso y apeándose del caballo en el patio principal cogió la cabeza de su enemigo para enseñarla á la princesa como trofeo de su victoria.

Después de recorrer multitud de habitaciones inmensas, llegó Valeroso adonde la princesa se encontraba. Inútil es decir cuál sería su asombro al ver separada del cuerpo la fea cabeza de su raptor. No se atrevía á dar crédito á sus ojos. Convencida al fin de que su esclavitud había terminado, dió las gracias más expresivas á su salvador.

A todo esto los matalauvos, que eran treinta y siete, sin contar el escribano, en cuanto supieron que Papirotes había fallecido, comenzaron á dar botes de carnero para mostrar su regocijo y hasta se topaban unos á otros, locos de alegría. Calmados los primeros transportes de júbilo acordaron proclamar rey de Matalauva á Valeroso I.

El monarca de Matalaburra acudió en seguida que supo la muerte de su enemigo y dió la mano de su hija al valiente joven, el cual invitó á la paloma á que presenciara la ceremonia y le regaló además un hermoso palomar dorado para que viviera en él á su antojo. También fué á la laguna á dar gracias á la carpa.

En cuanto á los matalauvos y matalaburros, se hicieron desde entonces tan amigos que no volvieron á guiñar los ojos.

La moraleja de esta historia es que no hay enemigo despreciable, y ya lo habéis visto por la carpa y la paloma de nuestro cuento.

CAPERUCITA







## MUJERES DE AHORA

En ninguna ciudad del mundo tiene la belleza femenina la fuerza ascensional que en Londres. Si os aventuráis por las calles, si utilizáis los ómnibus ó el metropolitano para ir de una parte á otra, jamás veréis entre las clases populares que constituyen el núcleo principal de los viajeros una mujer bonita. Os invade una tristeza profunda al considerar los rostros vulgares de los millares y millo-

nes de misses y de mistres, ataviadas con una instintiva proclividad hacia lo grotesco, que os rodean en los *restaurants* económicos, en las salas de té, en los vagones del Tubo, en los cinematógrafos de las barriadas excéntricas. ¿De dónde salen esas caras pálidas ó rojizas, que parecen alternativamente presas de la anemia ó del alcohol, esas cabelleras de un pajizo de estopa, esos ojos cen-



cientos que ignoran las perspectivas de ensueño, esas pobres bocas que cuando, con torpe inocencia, sonríen, es para mostrar la dentadura desgraciada? Muchachas de Nápoles, que pasáis cerca de las barcas del puerto con el cesto de fruta en la cabeza, como canéforas, y los morenos pies descalzos; modistilla de París que sabes de Murger y de Musset y tienes innato el sentido de la línea graciosa y del color; chiquilla de los barrios bajos de Madrid que andas con ritmo musical y muestras el pie y la silueta goyesca ¡cuán lejos estáis de esta pobre adolescente de la capital del mundo que, sentada en un rincón del vagón subterráneo, lee una novela sentimental, bajo un sombrero en el que la arquitectura y la botánica han colaborado despiadadamente!

Aquel personaje de Lorrain que veía rasgos bestiales en todos los humanos, habría sentido exacerbarse en las calles de Londres su manía hasta la locura. Aquí están los perfiles corvinos de las judías de Whitechapel; aquí están los ojos inexpressivos y estupefactos que parecen pasar por la vida absortos en el recuerdo de una confusa existencia anterior; aquí están las siluetas zoológicas indumentadas al modo urbano; y luego la multitud inagotable de las criaturas sin carácter y sin personalidad, figuras borrosas, como vaciadas en moldes viejos por un artífice apresurado; semblantes trágicos, antifaces de espíritus anodinos; rostros dotados de una inconsciente expresión cómica, que provocan en los espectadores involuntaria hilaridad; ensayos fracasados y desechados de humanidad, que parecen haber tomado vida en un descuido del Creador.

Y las mujeres de las clases modestas de Inglaterra, se visten de una manera heroica sin duda, ¡pero tan poco femenina! En ningún país del mundo, salvo en las comarcas africanas donde aún perduran las razas aborígenes, es posible encontrar asociaciones de colores como las que se ven en cualquier ómnibus de cualquier barrio de Londres. Estos chapeos sobre los que parece ha-

berse derramado la fauna y la flora de un reino de pesadilla; estos corpiños y jubones verdes, amarillos y rojos, en combinaciones audaces é ineficaces para reducir los matices y los tintes más opuestos á la concordia; estos torsos escualidos envueltos en pieles inverosímiles, todo este cromatismo carnavalesco para el que ya Taine tuvo una ojeada irónica, no se encuentra sino en Londres. Y lo que no es esa policromía monstruosa, es una lúgubre sucesión de atavios negros ó grises, envoltura uniforme de millones de mujeres prematuramente envejecidas, resignadas á la monotonía de la vida, á quienes el Destino ha negado el dulce tormento de amar y á cuyo corazón nunca llamará con voz emocionada la primavera. Unas se hacen sufragistas; otras depositan en un can atrabiliario todo el caudal de su ternura; algunas buscan en el aguardiente un paraíso artificial, á precio módico; las hay que se prendan del vicario viudo; y las más jóvenes leen insaciablemente centenares de novelas amatorias, cuyos





personajes, en general, pertenecen á la aristocracia: ellas se saben de memoria, sin haberlo visto jamás, todos los rincones de Venecia ó de la Costa Azul donde es posible cambiar el primer beso con el héroe enamorado, en la apoteosis del

en observarlas; y son tantas y tienen en semejante ocasión tal expresión beatífica, que constituyen un espectáculo á la vez ridículo y conmovedor.

Están en las oficinas de la City, en las tiendas, en los talleres de los suburbios,



crepúsculo; ellas conocen qué príncipe reinante desposará á cada princesa, y sufren con las tristezas de la familia real, y se enternecen cuando echa el primer diente el hijo de cualquier monarca; siempre que hay una boda principal acuden en multitud á las inmediaciones de Palacio; á veces me he entretenido

ó viven retiradas en las casitas silenciosas de estos barrios inmensos, apartados, que tienen algo de cementerio y de laberinto. Y cuando van en la «carroza de todos», como Edmundo de Amicis decía, siempre llevan una novela; manojos de hojas secas que ir arrojando á la hoguera de su ilusión inextinta. Todos los hom-





de los trabajadores apenas se encontrará un rostro que no despierte la piedad ó la ironía. Ved, por ejemplo, estas mujeres: todas son actrices de Londres, y, á despecho de fantásticas genealogías, han nacido en las clases más humildes. Entraron en el teatro como figurantas ó coristas. Y todas, sin excepción, se han casado con hombres fabulosamente ricos. Cuando una muchacha es linda, el teatro le ofrece la certidumbre de ascender, por el matrimonio, á la fortuna. Algunas, para lograr el esposo millonario, no suelen tener más que la dificultad de la elección. Y todo ello, sin claudicaciones humillantes, sin episodios de galantería pecaminosa; á lo menos sin episodios distintos de los que suelen ilustrar el noviazgo de las hijas de los duques y de los lores. En lugar de hacerlas sus amantes, los ingleses hacen sus esposas á las mujeres de teatro. Los hijos de toda muchacha bonita pertenecen ya á una aristocracia del dinero en la que va depurándose la

bres se levantan para cederles el asiento, por sórdidas y por feas que sean: ellas lo ocupan dignamente, como un homenaje debido á su feminidad hipotética, se sumergen en la lectura, aparentan desentenderse de todos los viajeros masculinos; acaso alzan la vista, para rumiar mentalmente un pasaje deleitoso: y si entonces las miráis con malicia se ponen súbitamente coloradas, con el temor de que les hayáis adivinado el pensamiento.

Pero, me preguntaréis llenos de suspicacia, ¿no hay en Londres muchachas bonitas? Las hay tan maravillosas que parecen haber acaparado todas las gracias con que habrían sido adorables millares de sus compatriotas. Pero en lugar de viajar en tranvía, generalmente prefieren hacerlo en automóvil. Y esto es lo trágico, lo que, si yo fuera inglés, me atormentaría y me angustiaría infinitamente: que en el seno de la nación británica se está operando una selección de belleza condicionada por causas económicas, en cuya virtud, dentro de dos ó tres generaciones, todos los ricos serán hermosos mientras que entre la multitud





belleza física hasta formar una raza selecta, egoísta y dominadora, una raza que con la multitud anónima no tiene más relación que la de la superioridad y la del dominio.

Y, por otra parte, en Londres sólo las muchachas feas suelen ser sentimentales. Estas criaturas tan bellas que parecen irreales, capaces de desatar y de exaltar en los corazones masculinos las más heroicas y las más obscuras pasiones, tienen del amor una concepción meramente jurídica y económica. Así, desde que en el pobre hogar paterno pasan triunfantes el umbral de la pubertad, todos sus ensueños se cristalizan en una cifra más ó menos grande. El enamorado pobre es el enemigo á quien

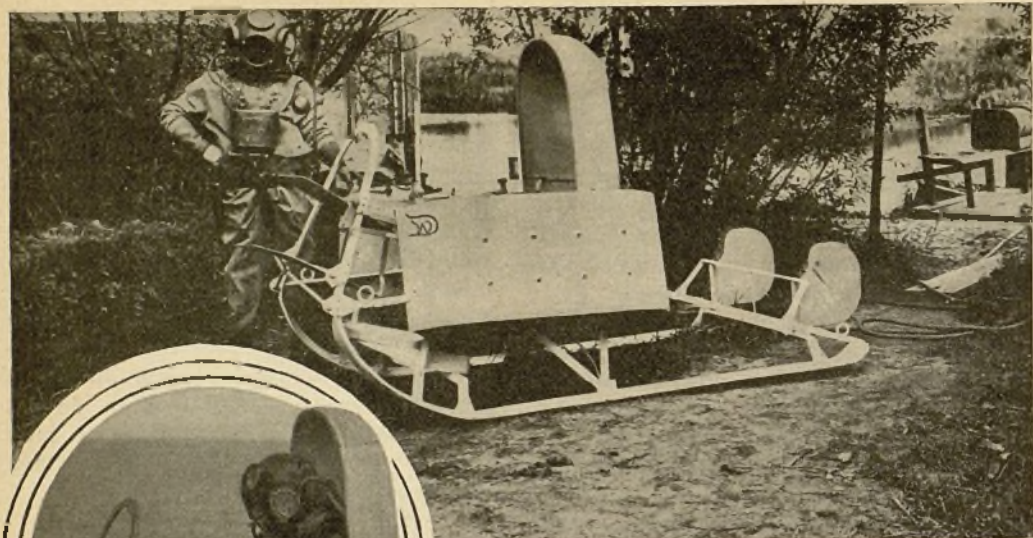
ahuyentan con un frío desdén. Su conducta es rectilínea, exenta de esas deliciosas abdicaciones en que incurren las muchachas de los países latinos por un impulso cordial. Más que «El cantar de los cantares» las perturba la tabla de multiplicar, y más que la posibilidad de amar, la posibilidad de contraer matrimonio. Acaban ricas, con raras excepciones. Por eso no encontraréis ninguna mujer con rasgos de belleza en los talleres, en las oficinas, caminando á pie por las aceras, en los hogares de las gentes pobres. Y esto, quizá esté muy bien. Pero, en verdad, ¿no es también un poco triste?...

JUAN PUJOL.

Londres, noviembre, 1913.







*Este fantástico aparato, que diríase imaginado por Wells para los habitantes de un planeta desconocido, es un trineo submarino. A su lado, el buzo lo contempla á través de los vidrios de su escafandra.*

## Automóvil ♦ ♦ ♦ ♦ ♦ ♦ ♦ submarino

*Pilotado por un buzo, el automóvil se desliza sobre la superficie del mar como un hidroplano... sin alas.*

**H**e aquí un nuevo invento cuyas ventajas nadie puede poner en duda. Los buzos están de enhorabuena... y la industria también.

Este invento sensacional destierra por completo el antiguo sistema de investigación submarina dándole un aspecto más práctico y más seguro.

El trineo submarino acaba de adoptarse en Alemania, luego de una serie de ensayos que el éxito coronó, y marcha bajo las aguas como un automóvil sobre la superficie seca del Globo. Este tan nuevo como original sistema de locomoción está destinado á prestar grandes servicios. Con el nuevo invento los buzos

consiguen la libertad de sus movimientos y su campo de acción se ensancha enormemente, porque, provisto de un aparato generador de oxígeno, puede trabajar durante varias horas en el fondo del océano. Además, unido por medio de un teléfono con los compañeros que están en el barco en la superficie del agua, el buzo puede dar todas las indicaciones pertinentes al trabajo que hay que hacer y disposiciones que convenga tomar. El automóvil submarino será tam-

bién un precioso auxiliar en los trabajos ordinarios: busca de restos de naufragios, postura de minas, etc., sin contar con que los trabajos se harán hoy más rápidamente que ayer. X'''



*El automóvil submarino se apercibe á hundirse. Después volverá á flotar cargado de perlas ó de despojos de seres humanos.*





*El teatro-circo de Istria, en donde vivió el espíritu del arte griego, maestro de todos los teatros...*

## LOS TEATROS == ANTIGUOS ==

Confieso que la *Aida* de Verdi con su traza moderna, bebida en las fuentes d'Enery ó de Scribe, melodramática en cuerpo y alma, de una íntima falsedad, por tanto, que pide á voces el auxilio de bastidores y bambalinas para ocultar las desnudeces de ese pecado capital, no me pareció nunca obra propia para representada en un teatro antiguo; sin otro telar sobre las cabezas de sus héroes que el cielo luminosamente tachonado, ni otra platea para sus espectadores que la grada dura, sin palcos joyeles, donde anidar las cabecitas bellas, pero sin sexo y los corazones débiles, casi exangües, donde no puede entrar, porque los rompería, la oleada seria y golpeadora de las grandes pasiones sincera y hondamente sentidas...

Quizá mi juicio fué engendrado á medias por el recuerdo de aquella *Aida* que al *snobismo* recalcitrante y perturbador de algunos españoles ofreció la habilidad industrial, si no artística de un empresario, en una plaza de toros; pero en el fondo,

pensándolo bien, encontraba yo en razones de contextura, en discordancias de armazón la causa verdadera de la incompatibilidad definitiva que á mi espíritu se le antojaba descubrir. Veía yo los personajes verdianos pasar por la escena de un teatro antiguo, y la imagen me daba la sensación de una infinita pequeñez: los veía perdidos como hubiese podido ver á miseros, menguados contemporáneos nuestros, acostumbrados á pasear por recortados *parterres* y á quienes diéramos, de pronto, por jardín el bosque virgen que holló el *megaterio* y en que el *erectus* miró por primera vez de frente al más allá...

El *Aida* al aire libre quizá pudo ser *Aida* al pie de las pirámides; tal vez allí de las tumbas de los faraones, hubiesen salido también gritos de protesta contra los que, caprichosamente, mienten ideas, sentimientos y actos de los pueblos y de las razas; pero, á lo menos, aquel es el ambiente de la concepción musical: los cantos de los sacerdotes forzosamente



habrán de disonar menos ante los triángulos inacabables de la inmensa mole que ante las gradas de una plaza de toros.

Fué bella la idea de Zanatello, el gran tenor, de dar á Verdi en la época de su centenario, el homenaje de una representación inusitada con toda la inmensidad de la naturaleza misma, en cuantos medios humanos lo consintieran; mas para esa idea ¡cuánto más hermosa realización que *Aida* en las Arenas de Verona, *Otelo* en los canales y en los palacios de Venecia!

*Otelo*, aun hecho ópera, lleva en sí la marca imborrable, el sello indestructible con que le firmó la garra del genio. Shakespeare es el hombre de la inmensidad; sus concepciones pueden soportar como casi divinas el calor solar y la nitidez recortante de la luna y *Otelo*, llegando en su góndola á las puertas mismas de la misma casa de Desdemona, defendiéndose en el mismo salón del Gran Consejo, bajo los frescos en que el Veronés, Tintoretto y Palma el joven pintaron las batallas de los venecianos, *Otelo* cruzando, alta la negra tez, lleno de orgullo, el muelle de los esclavos... hubiese sido espectáculo inolvidable... la realización defini-

tiva de una obra demasiado grande para que la encierren y contengan los falsos muros que son valladares propios de ficciones menguadas.

Los teatros antiguos son armazón recia, vibrante aún de algo más grande, más intensamente emotivo, que las «máquinas» melodramáticas modernas. Sus líneas severas, amplias, majestuosas, con la majestad semidivina de los héroes, cuando no con la majestad divina del todo de los dioses, piden algo más que un baile de negrillos inquietos, reclaman la intensa nobleza del peplo y de la túnica, la enorme intensidad de las pasiones homéricas, el hálito de Sófocles hablando un día entre las gradas llenas por un pueblo engendrador de arte, para que dos mil años más tarde aún resuene su voz ante otros pueblos, cuando ellos quieren y pueden hallar la sensación definitiva, el estremecimiento medular que arranca á la débil osamenta una vibración perdurable...

Shakespeare y Sófocles: ellos son las dos columnas que pueden sostener las grandezas del teatro al aire libre ante los muros sagrados de los teatros de otra edad: otros que sintieron más íntima-



Coliseo romano, en Verona, en el que se celebran actualmente grandes festividades artísticas. Bajo la amplia luminosidad del cielo que pintó el maravilloso Pablo Caliari, las largas trompetas de "*Aida*" han resonado belicosamente...





PIESOLE. TEATRO ROMANO

*Las graderías aquí reproducidas son destinadas á contener el público, con sus canotiers y sus trajes estivales ¿Sabe este público responder como acostumbraba el de la historia, el de la leyenda, casi?*



TEATRO ROMANO DE PIESOLE

*La voz de la tragedia halla un eco grandioso en las montañas del fondo, y el sol poniente tiñe de púrpura las vestiduras de los personajes inmortales.*





FIESOLE. TEATRO ROMANO

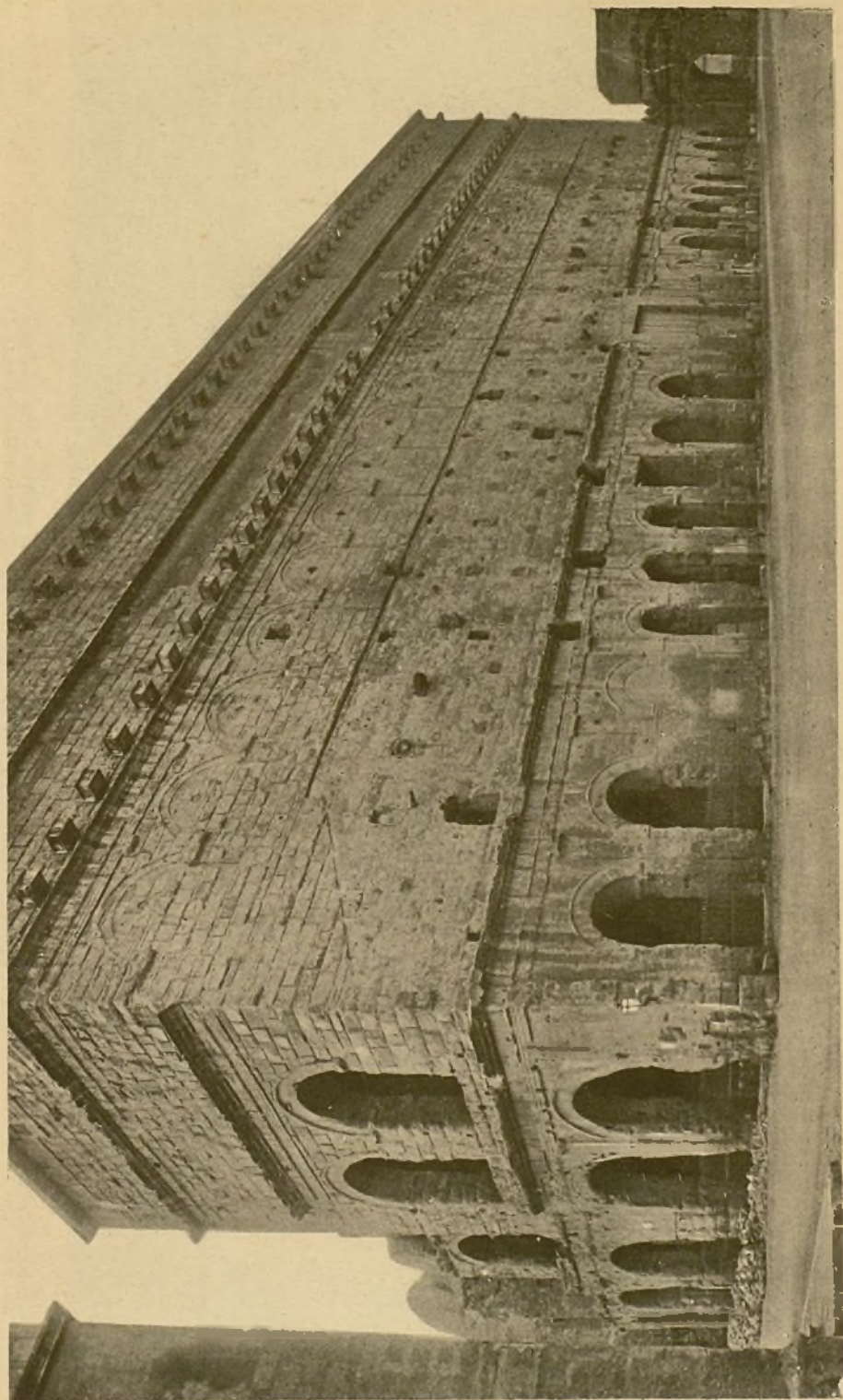
*Aquí pueden verse la obra y los espectadores, enfrente y luchando por atraerse. Las pequeñísimas tragedias de esta multitud mundana, acaso no formarían una sola de las viejas y teatrales.*



FIESOLE. TEATRO ROMANO

*Aun una escena del Edipo? No tienen el valor de personajes los árboles, las piedras y el cielo? El que fué simplemente decorado ayer, al cabo de los siglos ha adquirido un espíritu robustamente sentimental.*

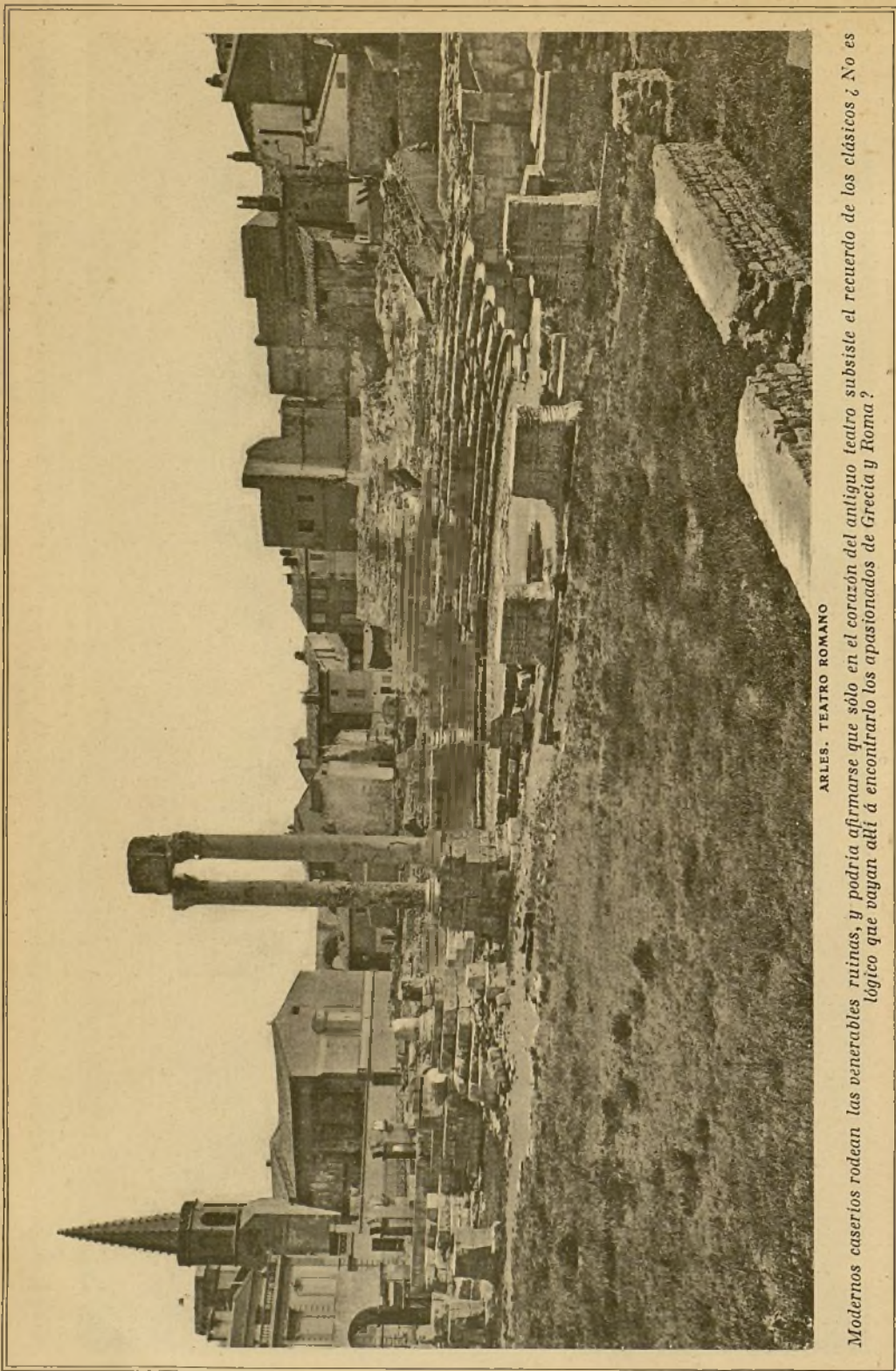




ORANGE-TEATRO ROMANO

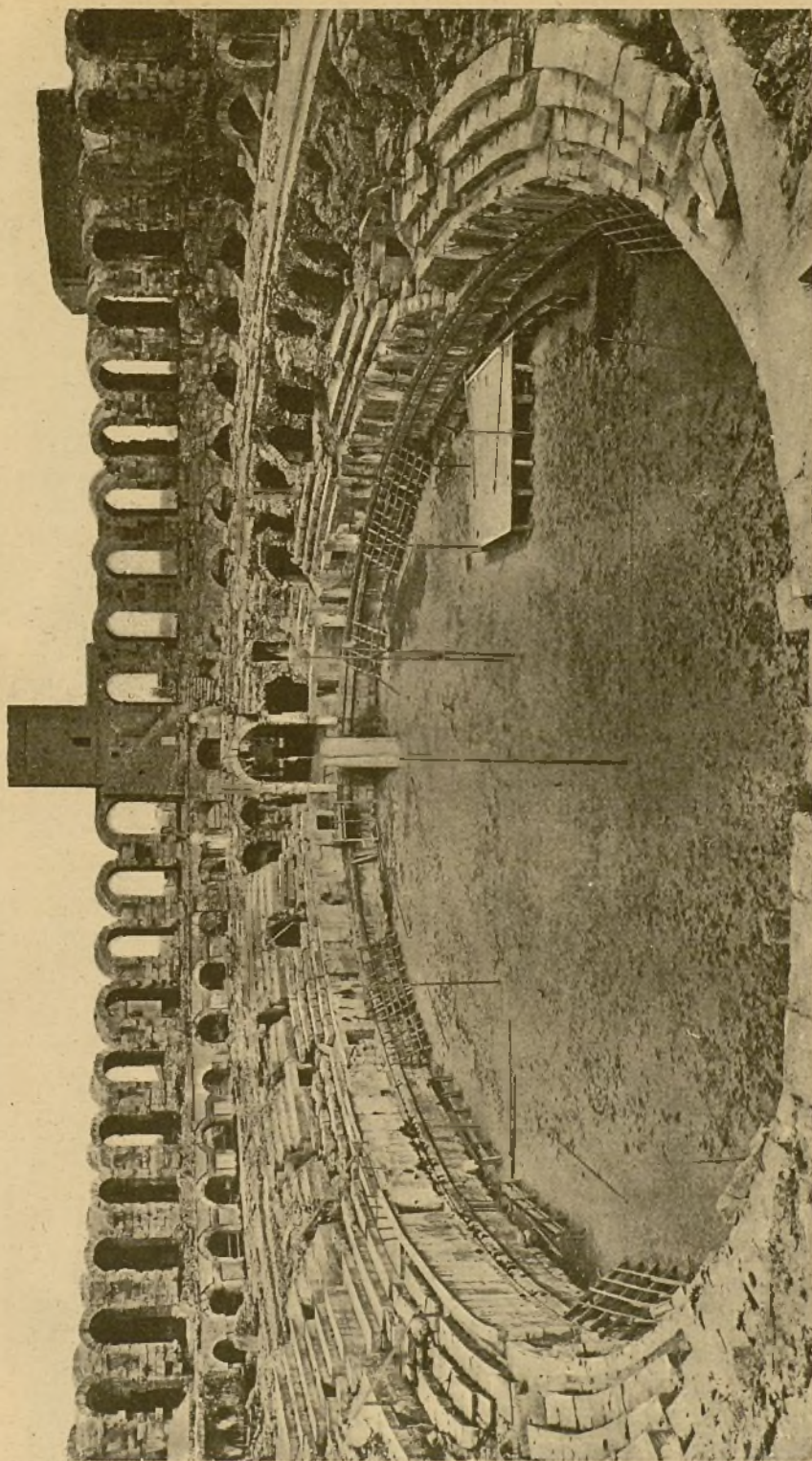
*Imponente fachada del célebre edificio romano. Detrás de sus muros la tragedia hallará su ambiente propicio, y el encanto de este maridaje envuelve y sugestión al público.*





Modernos caseríos rodean las venerables ruinas, y podría afirmarse que sólo en el corazón del antiguo teatro subsiste el recuerdo de los clásicos ¿ No es lógico que vayan allí á encontrarlo los apasionados de Grecia y Roma ?

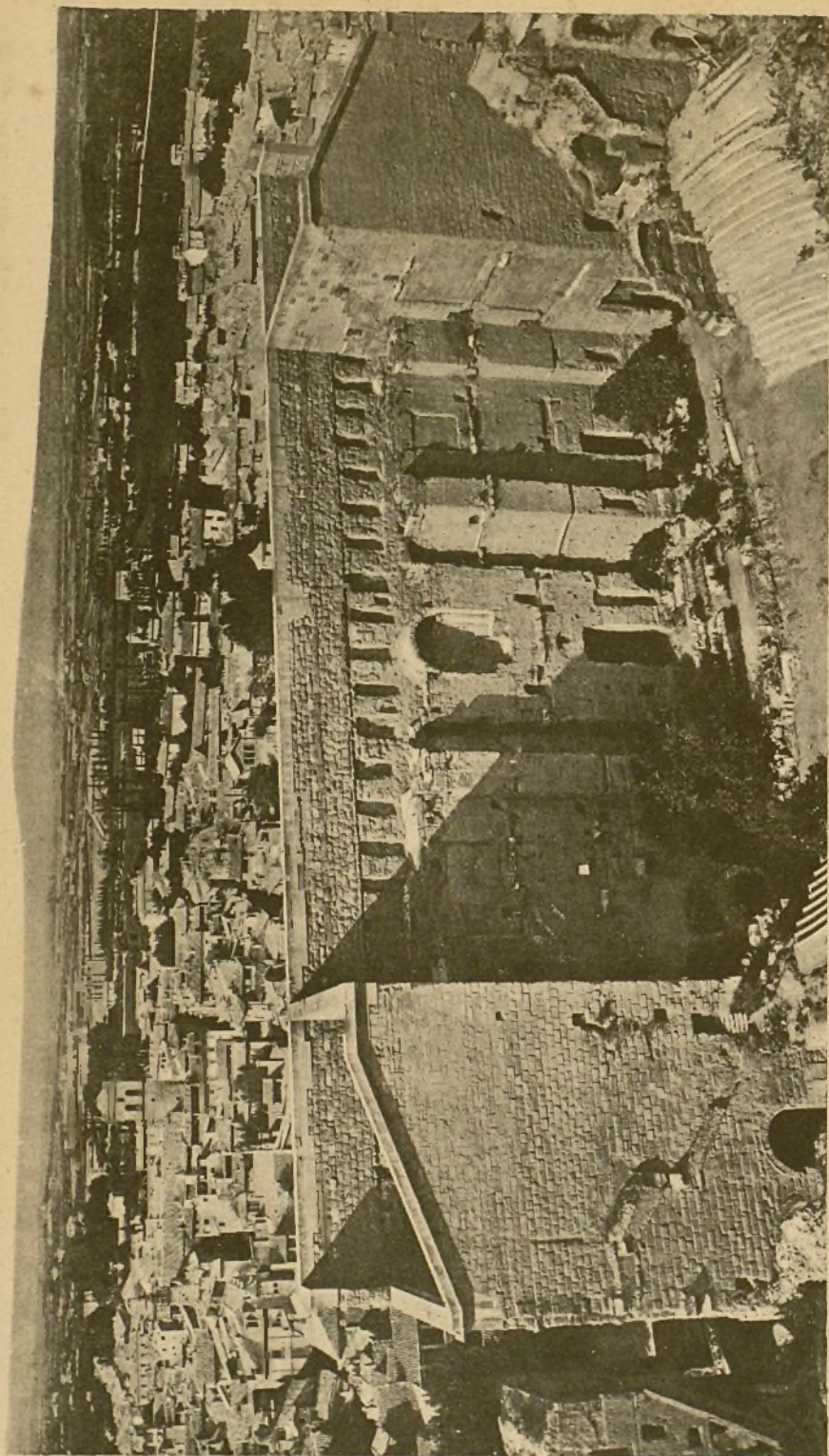




CIRCO DE ARLÉS

*En el mediodía de Francia existe este viejo monumento, al que los grandes actores franceses del día dan un nuevo esplendor en medio del entusiasmo de las muchedumbres.*





ORANGE-TEATRO ROMANO

*Vista de pájaro del famoso teatro romano, donde Mounet-Sully, el ilustre comediante francés, representa el Edipo de Sofocles.*





TEATRO DE BACO EN ATENAS

*Este lugar elegíaco fué un tiempo escena de las más grandes producciones teatrales, y en vano pretenderán resucitar hoy aquellos soberbios espectáculos. Falta el pueblo.*



FIESOLE. TEATRO ROMANO

*Una escena de Edipo Rey, de Sofocles. Todo es luz y armonía en el acento. Bajo el cielo de Italia otra vez renace un tiempo y un genio que fueron de oro...*





TEATRO ROMANO DE FIESOLE

*Representa la fotografía un momento de las Bacantes. El espíritu clásico perdura á pesar de las transformaciones sufridas en el paisaje. No riman el templo y la modernísima villa que se destaca en el cielo.*



TEATRO ROMANO DE FIESOLE

*Conforme empequeñece la figura del actor, va adquiriendo grandeza el diálogo eterno y trágico.*





*Entra vista del magnífico circo veronés. Entre las piedras, rectas y duras, asoman á temporadas florecillas silvestres : es la vida que vuelve, el arte que quiere renacer.*

mente la poesía de la naturaleza, mas *terre á terre*, podrán ser airoas columnillas abrazadas por los pámpanos ante el muro campesino cubierto de enredaderas de los teatros de verdura; pero el sol cálido y la luna límpida serán siempre enemigos de las falsedades melodramáticas de la carpintería teatral.

Ante las ruinas del templo de Baco de Atenas, aun viéndole sólo en reproducción fotográfica, se ve y se siente el paso de Yocasta, lamentable víctima de la implacable fatalidad, contra la que nada podían los hombres; ni aun estando tan cerca de los dioses no vienen á la memoria los celos infinitamente más humanos de Amneris.

Para el cortejo del triunfador, basta en una *Aida* espléndida, con el fondo «á todo foso», prolongado hasta la plaza vecina, del teatro Real de Madrid; para el entierro de César cuando Antoine nos le hizo ver en París haciendo que Shakespeare iluminase el escenario del Odeón con el esplendor del héroe romano, era mezquino, inmensamente mezquino aquel escenario; se soñaba ante la escena en él, una escena igual, con el discurso pronunciado por lo menos ante el muro, aun menos grande que la inmensidad de

aquella pieza oratoria, del teatro antiguo de Orange.

Cuando «monté» el *Edipo* en el Español de Madrid, me abrumaban los muros gloriosos de aquel escenario, donde, sin embargo, pudieron vivir el médico de su honra y Pedro Crespo, si no cabe en toda su grandeza Segismundo. Ni aun la colaboración tan íntimamente conocedora del espíritu de un teatro, de una época y de unos héroes de un escenógrafo genial, Marín y Magallón que suprimiendo las bambalinas dió á las sublimidades trágicas espacio en que volar y acertó con una sola columna, tan seria y sencilla, á dar la más exacta idea de la grandiosa serenidad de lo clásico, pudo ser aquel ámbito espacio suficiente para las inmensas figuras: ¡Edipo! Mounet Sully representándole ante las piedras milenarias del teatro de Orange, y Salvini viviéndole en el teatro romano de Fiesole con aquel fondo sublime, incomparable, teniendo en frente las montañas con todas las luminosidades de la inmensa, infinita policromía de una sola gama, debieron sentir el escalofrío de lo sublime, sin máscara ni colurno; tuvieron, por fuerza, por la sola virtud del ambiente, el gesto enorme, la grandeza heroica que los cómicos



griegos buscaban con tales adminículos para sus figuras serias, porque aún las juzgaban ¡y cómo no! pequeñas para encarnar las grandes concepciones de sus trágicos.

Los teatros antiguos: Arlés, Orange, Fiesole, Istria, Mérida perduran, porque en ellos vivió el espíritu del arte griego que había de perdurar y ser maestro de todos los teatros. Sus piedras rectas y duras, están á veces dibujadas por hierba sutil entre la que asoman florecillas silvestres; es la vida que vuelve, el arte que quiere renacer con toda la sobriedad de un Eurípides...

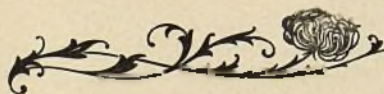
Flores sencillas, silvestres, nada podrá igualarlas en inocente belleza; tienen lo único que puede dar al arte grandeza y perdurabilidad. Mauricio Barrés lo dijo ante la tumba de Moreas abierta aún ante el cadáver del gran poeta, heleno por el espíritu y por la carne, aunque francés por voluntad: «Llegar á ser clásico, es, decididamente, detestar todo recargo, alcanzar una delicadeza espiritual que rechaza con repugnancia toda falsedad, por amable que sea, y sólo puede gustar de la verdad, de lo sincero; es, en una palabra, hacerse más honrado.»

Ante los muros floridos de los teatros antiguos se siente más la necesidad de esa honradez única que da al artista la vida perdurable en su arte... la honradez que falta en la literatura melodramática, arte inferior, química de perfumería.

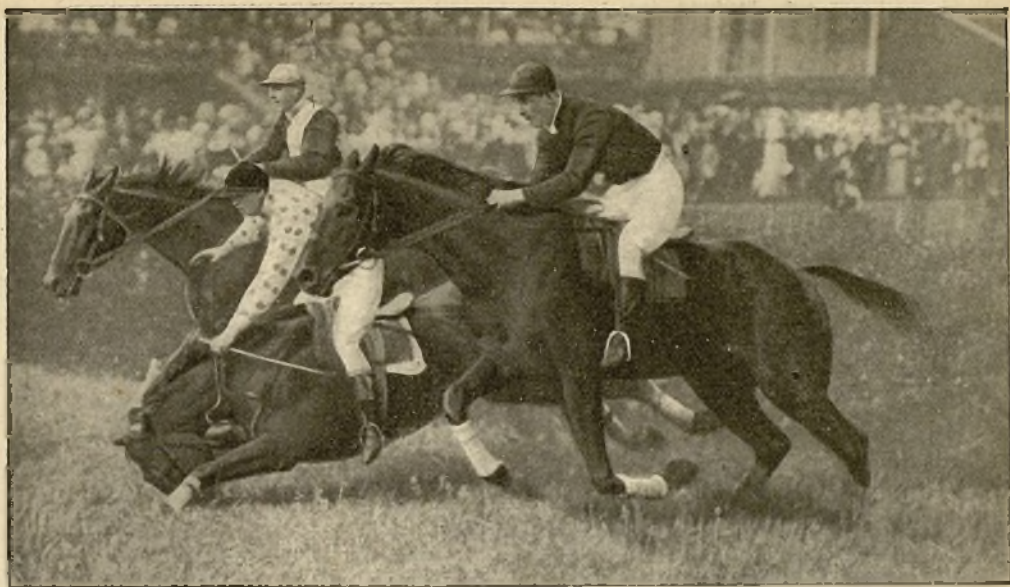
Y, sin embargo, lo confieso también, *Aida* no ha disonado en las Arenas de Verona: verdad es que aquellas arenas no son propiamente un teatro antiguo como su vecino el de Fiesole ó como el de Orange, y verdad también que por algo dijo un crítico francés que al teatro, fuese cual fuese, le sentaba bien de vez en cuando el aire libre. *Aida* en Verona no ha sido un soñado *Otelo* en Venecia; pero ¿acaso no he visto yo sentir más el contrato entre Fausto y Mefistófeles al público en un corralete de Saxo, al lado de Florencia, pomposamente llamado «Arene dei Salandri» que al público perezoso que llega tarde al Real y no tiene para el misterio ni siquiera la atención delicada de un silencio discreto?

ALEJANDRO MIQUIS

Florencia, 8 - CMXIII.







#### CONTRASTE

*Mientras los "jockeys" de los dos caballos que han saltado felizmente el obstáculo, sonríen satisfechos y ufanos, el semblante del tercero revela una profunda angustia. ¿Volverá a levantarse el caballo? ¿Caerá definitivamente? Entre las patas del animal diríase que se ve relucir un montón de dorados luises.*

## Saltos de obstáculos

Algunos espectadores de las carreras de caballos, poco enterados de las cosas de este deporte, afirman, con encantadora ingenuidad, que muchos *jockeys* se caen *ex profeso* cuando se ven perdidos y antes que confesar una derrota prefieren salir por las orejas del caballo y hacer una pirueta en el aire, echando después la culpa de su fracaso al pobre animal ó á su dueño.

Están equivocados. Si supiesen los peligros que corre el *jockey* que hiciera tal cosa, no harían afirmación tan gratuita.

Sin contar las piernas, brazos y clavículas rotas, las contusiones, heridas y conmociones cerebrales, la lista de accidentes mortales es demasiado extensa y desmiente con triste elocuencia á los que creen que la mayor parte de las caídas de los *jockeys* son trucos del oficio.

Las fotografías que publicamos son documentos fehacientes de la humana verdad de que no hay medalla sin reverso. Bajo el traje pintoresco de un *jockey* palpita un corazón de hombre que, además,

siente con extraordinaria pujanza el amor propio profesional. No todo son apuestas, ni *toilettes* elegantes, porque en las carreras de caballos, como en las corridas de toros, como en todas las fiestas de color, hay un punto de sombra, quién sabe si necesaria para que resalte la luz.

#### LOS GAJES DEL OFICIO

Hay *jockeys* que son verdaderos maestros en el arte de «medir el suelo con las espaldas», cosa demasiado frecuente en los saltos de obstáculos y aun en las carreras sin obstáculos donde á causa de la mayor velocidad, el caballo está expuesto á resbalar y el caballero á saltar de la silla y salir por las orejas del solipedo ó quedarse con un pie enganchado en el estribo y ser arrastrado, ó morir bajo las patas del caballo que corre detrás de él.

Rowel, Flint, Smith, Boon, Wright y otros muchos han pagado con su vida una caída desgraciada; pero tal es el entusiasmo de los *jockeys* por su oficio que, como



los toreros, están deseando curarse de una herida para volver á presentarse en público. Los aplausos suenan siempre muy agradablemente.

Muchos, cuando la edad les impide montar, se dedican á adiestradores para no salir del medio en que vivieron su juventud y todos profesan un grande amor á los caballos que

montaron, y algunos conservan sus fotografías como reliquias.

Cierto emperador romano amaba tanto al caballo de circo, *Volucer*, que llevaba consigo constantemente una efígie de oro del animal y cuando murió le erigió una tumba en el monte Vaticano. Los *jockeys* de hoy, no pueden pagarse tales caprichos, pero llevan en el corazón el mismo afecto por sus caballos.

El *jockey* Boon, á quien hemos citado más arriba, murió rodeado de una serie de circunstancias que merecen referirse.



ANGUSTIA

El caballo ha despedido á su caballero al dar un salto peligrosísimo ¿Caerá el animal sobre el "jockey"? ¡La vida de un hombre depende de tan poco!





DESPUÉS DEL SALTO

*En las carreras de obstáculos abundan las caídas peligrosas. La fotografía que publicamos muestra a un "jockey" que, desmontado de su caballo, ha salido por las orejas del animal y se encuentra en una situación difícil...*

Luego de haber conocido grandes éxitos pensaba retirarse. Ya era viejo y estaba cansado. Varios propietarios de los caballos montados por Boon, le estimaban mucho y habíanle confiado la educación de sus animales.

El *jockey* quiso despedirse en Autcuil, y la fatalidad quiso que Boon muriese en el mismo teatro de sus éxitos.

El día de la última reunión, en la última carrera en que iba a tomar parte y al salvar el último obstáculo, el caballo saltó con tan mala fortuna que, dando una voltereta, cayó encima del *jockey*.

La muerte de Rowel no fué menos trágica. En uno de los saltos se desmontó de la silla quedándosele un pie enganchado en el estribo. Arrastrado por el caballo fué recibiendo golpes mortales al salvar cada obstáculo y cuando, al fin, el pie salió de su prisión, el cadáver de Rowel cayó sobre el verde césped mientras el caballo corría, corría...

Wright cayó en el hipódromo de Saint-Ouen bajo las patas del caballo que iba detrás del suyo, muriendo casi instantáneamente.]

## UNA CARRERA SENSACIONAL

Relatemos, para terminar, la proeza del caballo *Verdi* montado por Alberto Johnson en el hipódromo de Auteuil el 8 de junio de 1902.

Al principiar la carrera, *Verdi* tomó a sus rivales una delantera de cincuenta metros. Cuando había hecho las cuatro quintas partes del recorrido total, un grito de espanto hendió los aires. *Verdi* acababa de saltar un pequeño obstáculo felizmente, pero al recobrar la posición normal, luego del salto, cayó sobre sus patas desmontando a su caballero.

Este, volvió a montarse, lanzándose en persecución de sus rivales.

Poco a poco fué recuperando el terreno perdido y llegó en segundo lugar a la meta, no ganando el primer premio por cuerpo y medio de ventaja que le llevó *Gratin*, es decir, por unos cinco metros.

Algunos aficionados sostenían que *Verdi* hubiera ganado el primer premio (120.000 francos) si el *jockey* Johnson no hubiese perdido la fusta.



# ADUANA YANKEE



Bello país debe ser  
el de América, papá...  
(Flar de un día)

Recuerdo que, en mi infancia, tuve un preceptor que siempre nos repetía: «Antes entrará un camello por el ojo de una aguja, que un pecador en la gloria.»

Ahora, modernizando la frase, puede substituirse la primera parte de ella, diciendo: «Antes entrará una viajera con todo su equipaje en Nueva-York», á juzgar por lo que viene ocurriendo en la aduana de dicha metrópoli.

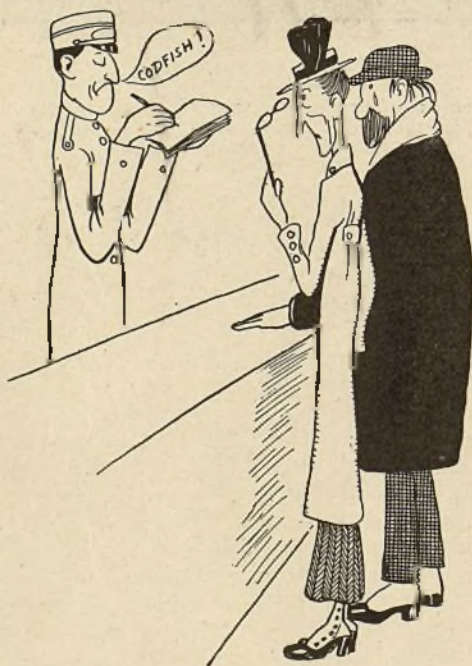
La tal aduana seguramente es la más rica del mundo, pues ha dado con una martingala infalible para cobrar derechos por todo cuanto pase por ella, aparte de decomisos, expropiaciones, secuestros y otros excesos.

Según parece, en los Estados Unidos de América está prohibida la caza de aquellos pájaros cuyo espléndido plumaje pueda servir para adornar los sombreros de las señoras, y por consiguiente, á ningún ciudadano le es dado arrancar las plumas á un pájaro.

Pero no solamente se quiere evitar que los pájaros mueran á manos de los buscadores de plumas, sino que además, quieren apartar de la vista de las aves, el horror de reconocer en el sombrero de una señora el ala de un tío ó el rabo de un hermano. ¡Cuánta delicadeza alberga el corazón de un yankee!

De ahí que las oficinas de aduanas, á la llegada de un trasatlántico, presenten el aspecto de una cocina en vispera de gran festín.

A lo largo de un banco, veinte rollizos aduaneros, medio enterrados entre plumas de todas clases y colores, se entregan con ardor al desplume de sombreros, mientras que otros van depositando al lado de los encargados de tal faena, montones de vistosos sombreros y boas cuya confección sea plumifera. En una sala contigua, centenares



de viajeras aguardan el desenlace azoradas y desencajadas (pues acaban de hacerles descoser todos cuantos encajes llevan), y muchas de ellas tienen que ser asistidas con éter y tila, víctimas de ataques nerviosos ocasionados por el despojo, mientras los maridos echan la cuenta



con los dedos de lo que pagaron por paraísos y penachos, allá en la vieja Europa. Apenas si se salvan unas cuantas plumas... de escribir.

Una vez los viajeros convertidos en gallos de Morón, sufren otros registros á cual más minuciosos, de los que no escapa nada al ojo perspicaz del aduanero yankee.

Y van pasando revista.

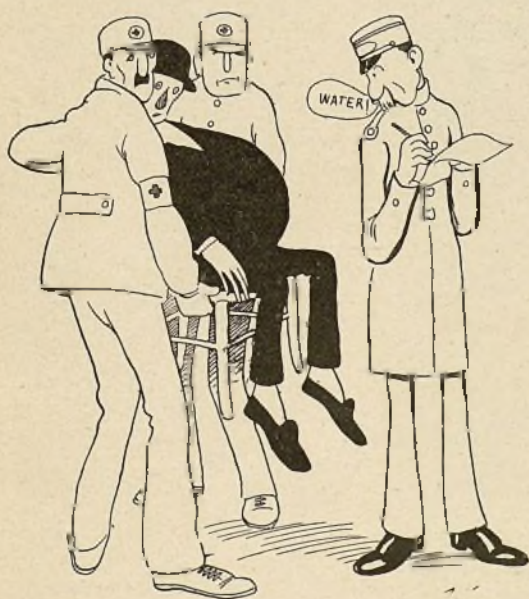
— Caballero — dice implacable y perfectamente grosero uno de los registradores. — Esta señora que va con usted paga derechos.

La aludida, que parece una momia por lo apergaminada y escueta, clava sus impertinentes en el aduanero.

— ¿Cómo? — observa el caballero. — ¡Esta señora es mi tía!

— Me es igual; debe aplicársele la tarifa del bacalao seco.

Y sin más apelación, extiende rápidamente unas notas en un impreso y con



voz exténtorea grita al contróle: «¡Productos alimenticios! ¡Pesca salada!»

Los dos viajeros inclinan la cabeza, una furtiva lágrima surca sus mejillas y pasan á la caja.

Poco después, dos enfermeros conducen en una silla á un caballero, que con el vientre hinchado y dando lamentos declara estar enfermo de hidropesía.

Acercan un aparato á su vientre y un

inspector hunde su cabeza en una caja y observa por medio de los rayos X...

— ¡Agua! — dice sencillamente.

Inmediatamente otro aduanero provisto de un talonario, extiende una nota y grita al contróle con voz de trueno: «¡Aguas medicinales!» Y dirigiéndose á los enfermeros les dice: «Puerta H, segunda taquilla. ¡Hay que cubicar al señor!»

Y así siguen las operaciones, que duran de tres á cuatro horas. Todo el mundo protesta y es despojado de casi todo lo que lleva. Los registros tocan á su fin y se disponen á dar suelta á los viajeros.





Pero de pronto un hombre vestido con pantalón y americana, sin chaleco ni corbata, llega conducido por dos aduaneros, que lo presentan al registro.

— Este viajero — dice uno de ellos — no lleva absolutamente nada, ni equipaje siquiera.

— ¿Cómo es eso? — pregunta el del registro.

— No llevo absolutamente más que lo puesto — contesta el detenido. — El año pasado, llevaba equipaje y me costó un ojo de la cara. Entonces me dije para mi capote: «¡No me volverá á ocurrir!» ¡Y

me he venido con las manos en los bolsillos!

El aduanero le miró ferozmente.

Y luego volviéndose al inspector:

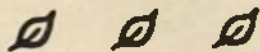
— ¡Este hombre no trae nada á los libres Estados Unidos de América!

Entonces el inspector, poniéndole una mano sobre el hombro y señalándole con la otra el puerto, mirándole de hito en hito, le gritó:

— ¡A Europa!

Le habian declarado *indesirable*.

J. XAUDARÓ.





# "Le Chic"

□ □ □

Cartas de una parisiense



Para muchas parisienses el mes de noviembre fué época de regreso á la capital; mas para otros, el de diciembre será la de la partida. En efecto: volvieron á su casa, podria decirse que de paso, concediéndose el tiempo indispensable para «ponerla en orden», introduciendo en ella las modificaciones que les sugirió el capricho, la moda, ó simplemente el cansancio; para encargar sus *toilettes* de invierno y comprar unas «cosillas»... Después, aceleradamente, mucho antes de que llegue Navidad, estas parisienses vuelven á sus posesiones de provincias, que ya no abandonarán, según la costumbre, más que á últimos de enero ó en los primeros días de febrero, para trasladarse al Cairo, á Niza ó á Monte-Carlo.

MODELOS VISTOS EN LAS CARRERAS.

Phot. P. Geniaux.

El sol, el dulce sol les atrae; la moda y el frio les comunica emigratorio y vehemente afán de golondrinas. En cuanto la nieve extiende su albo tapiz, las parisienses, frioleras, exteriorizan, una vez más, huyendo de la gran ciudad, el pánico y el aborrecimiento que les inspira la lenta lluvia de los copos, con su séquito de ventiscas, humedades, descensos del barómetro y mil inclemencias más. Nada quieren con el invierno, venerable pero poco galante, viejecito muy dócil para

componer toda suerte de alegorias pintorescas, mas harto brusco con la salud, y triston y funerario como ninguna época del año...

La bandada de «golondrinas» parisienses huye, pues, en busca de latitudes más hospitalarias, aunque después de

Ayuntamiento de Madrid



haber asistido á los grandes teatros, más para ponerse al tanto de las elegancias de la estación y de las últimas novedades sensacionales, que para saborear la discutible belleza de un drama «de tesis», ó traducir las jeroglíficas exquisi-  
tes de una comedia simbólica. De todos modos, y aunque la obra teatral sea una maravilla, lo cierto es que nuestros ojos, habituados á contemplar la belleza, exigen á la «mise en scene» un lujo cada vez más excesivo.

Accerca de la *toilette* de

copa ha abdicado en favor del *claque*. Como es natural, este traje requiere guante blanco ó de piel charolada.

Generalmente suele decirse que las mujeres son volubles y caprichosas, pero en lo que con ellas se refiere, la moda lo es más. En nada de tiempo ha sufrido tales modificaciones que la han transformado casi por completo. Si yo fuese pintor simbolista, personificaría á esta tiranuela bajo la apariencia de una mujer bonita, de cintura esbelta y fugitiva, flotando en un tejido



MODELOS DE NUESTRA CRÓNICA.



teatro de los caballeros ¡diré dos palabras nada más, porque no están complicada como la de las damas.

Ocioso, desde luego, parece repetir que el traje de *soirée* sigue siendo de rigor, cualquiera que sea la localidad que ocupen: butacas de orquesta, de sala ó palcos, sobre todo si acompañan á señoras elegantes.

Es indispensable ir de *frac*, con corbata blanca ó negra, según más les agrade.

Desde hace algún tiempo la soberanía del sombrero de

de ensueño de reflejos cambiantes sin colores definidos, porque mi modelo no tendría edad, ya que tan fantásticamente aparecía representada.

Quiero suponer que los grandes modistos se hallan en idéntica disposición de espíritu, cuando del secreto de sus obradores se escapan sin cesar esas mil novedades que se diseminan por todos los rincones del mundo, propagando triunfal y deslumbradoramente la fama de París. De ahí que la capital de las capitales no escatime nada pa-



ra acrecer cada vez un poco más su legítimo prestigio.

Esto nos lleva á ocuparnos en las telas «Camafeo», que son de un efecto magnífico. Conociendo la versatilidad de la moda, aprovechémosla para hablar de ella.

Las gasas y mu-

Otra deliciosa *toilette* es la túnica de *liberty* blanca en que se envuelve una joven, sea rubia, morena ó castaña. Sobre el forro de raso resbalan girándolas de perlas de cristal irisado adheridas á un tul todo blanco. El corpiño, también de tul perlado, se transparenta sobre la piel, fruncido muy flojo y ceñido únicamente en los hombros por unas hileras de perlas. Los brazos están por completo desnudos, calzados con guantes de color leonado, lo que forma un lindo contraste con la blancura del vestido.

Para la ópera ú otra gran gala, se ve mucho un precioso traje de seda de color cereza sencillamente fruncido en la cintura y algo subido hacia adelante porque los pliegues son menos aparentes, y se adivina, en los modelos más nuevos.

Una túnica de encajes de Venecia la cubre hasta la rodilla rematando en punta con el corpiño, á pesar del velo de tul blanco que se prolonga en túnica con volante sobre la falda. La

selinas de seda ligeras están salpicadas de flecos metálicos de tonos de «camafeo», y no hay nada tan bonito como estos tejidos, muy en boga actualmente, alternando con las pieles.

Hemos visto un maravilloso vestido de *soirée*, algo persa por la hechura, con la túnica bordeada de muselina fuego, el escote con una delgada tira de piel de garduña. La falda, drapada, con volante en espiral, deja entrever aquí y allá el interior del forro, de fina tela «Camafeo». Un cuellecito del mismo tejido une los hombros y desempeña el papel de las mangas porque los brazos van desnudos. Completando tan exquisita *toilette*, se prende en la cintura una gran rosa de terciopelo azul viejo.

En las reuniones elegantes la presente estación impone el reinado de la perla, realzando con sus mil encantadores reflejos la hermosura de las damas. Verdaderamente su boga no puede ser más merecida, porque bajo la claridad de las luminarias del escenario, produce un efecto mágico.

cintura, muy ancha, se frunce en *liberty* cereza formando detrás un voluminoso nudo cuadrado.

También se llevan blusas muy holgadas, género camisas «*bonne femme*» (esto es, de mujeres del pueblo), porque muy abiertas en los hombros, se escurren ó salen al menor movi-





miento. Esta clase de «Kimonos» fruncidos en el cuello suelen hacerse con telas transparentes sobre fondo rosa color carne. La mayoría son de tela de un mismo color bordeada de piel, formando falde-llines armados con alambres de latón. Otras terminan en holgadas cinturas fruncidas, hechas con tejidos ligeros para no engrosar el talle. Si se prefiere la cintura estrecha, deberá hacerse de tela metálica «Camafeo», sujeta con una al-haja oriental ó un broche de marquesita. Esta clase de blusas se adapta sobre forro de *liberty* negros y blancos, y para las coquetas, que son menos sen-cillas, de color alguna vez más osado.

El conjunto, en la sala de un teatro ó en comidas de recepción, ofrecerá un encantador cuadro.

La manga, muy corta, exigirá guantes muy largos y amplios formando mil pliegues, que son «dernier cri» con los zapatitos del mismo color que el de los guantes.

El nuevo peinado realza los cabellos lo suficientemente para que pueda pres-cindir del peinado de noche; sin em-bargo, parece que no tardarán en adap-tarse de nuevo las joyas antiguas y que volverán á verse aprisionando las rebel-des ondas gruesas peinetas de diamantes y estrechas diademas de verdaderas per-las, ó adornos de piedras fulgurantes como estrellas.

Confío, mis queridas lectoras, en que la serie de caprichosas novedades de que acabo de hablaros os habrá «inspirado» y que si no queréis adoptarlas en con-junto, encontraréis en ellas algún detalle precioso capaz de realzar la personalidad de alguna de vuestras amigas que guste de seguir la moda fielmente buscando la línea elegante en un traje sin exageracio-nes. En cuanto á mí, pienso modesta-mente que el secreto de la verdadera elegancia estriba en escoger la origi-nalidad discreta de los modelos más sencillos.

SIMONE.



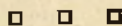




LA MODA EN « REVISTA GRÁFICA »



: : MODELO DUKES : :  
9, Bd. de la Madeleine : : Paris



Señora X....  
*Vestido de peluche Breitschwanz*  
:: :: :: adornado de Skungs :: :: ::





# Ensalada

« por »

LUIS BONAFOUX



¿Qué escritores considerables conoce usted en España? — preguntóme Iglesias Hermita, para incluir mi contestación en su nuevo libro *Las Tragedias de mi Raza*; y le cité unos cuantos. Claro que pude citar más, muchos más. Considerable no quiere decir genio, ni egregio, ni mayestático, ni ninguna de esas cosas que nos aplicamos, los unos a los otros, con tanta facilidad. Considerable quiere decir merecedor de consideración. ¿No la merece Pío Baroja? Creo que sí. ¿Por qué, pues, no lo incluí en la lista de los considerables? No me acordé, sin duda.

Pío Baroja viene frecuentemente a París, y me dispensa el honor de venir a estrechar mi mano, y me da el gusto de contarme cosas de allá. Esta vez no lo he visto.

Pero he visto, en cambio, una esquila de convite a «una cena consagrada a expresar simpatía y admiración.» Otros habrán merecido tanto como él, pero no más, un acto manducable. Me place, pues, el homenaje, tanto más cuanto que el aceptarlo implica por parte de Baroja un verdadero esfuerzo. ¡Cuántas veces le oí ponderar su huraña, que le apartaba de todo acto público, y mofarse de los banquetitos de simpatía y admiración!

Pero los escritores, como los políticos, cambian de parecer. Yo mismo, que antaño zaherí la monomanía de banquetear, voy comprendiendo su belleza y su utilidad. Un banquete no hace daño a nadie — si no figura en la lista una de esas *crimes royales* que no dejan comensal con vida, — y «hace marchar el comercio,» como dicen los parisienses. Lejos, pues, de seguir oponiéndome a tales manifestaciones culinarias, creo que sedeba un banquete de simpatía y admiración a cada uno de los españoles residentes en París. ¿Que por qué? ¡Pues por haber venido a París!

Baroja tiene ya su Nochebuena, un tanto anticipada, pero efectiva.

¡Nochebuena! ¿Qué escritor no ha dedicado un pensamiento a esta fiesta poética, si jamás las hubo? La Nochebuena del rico, la Nochebuena del pobre, la del hombre, la de la mujer, la del niño..., como ese *Fernandito* que está al volver

la hoja. Hay Nochebuenas sentimentales, y Nochebuenas bulliciosas, y también las hay trágicas: la Nochebuena — ¡oh ironía! de nuestro *Figaro*...

Pero no hay Nochebuena más atroz que la de las aves, de quienes nadie se acuerda sino en el plato. ¡Pobrecitas! Aún faltan bastantes días para Nochebuena, y ya las veo peladas y torturadas en los escaparates de las tiendas de ultramarinos: pavos, pollos, capones, patos, gansos, hortelanos, todos amarillentos y a trechos con manchas negras, que son de trufas. ¡Y qué combinaciones hacen con esos animalitos! Cogen un ganso y le meten dentro un pollo, al cual le han metido dentro unos hortelanos; y luego el hombre se mete entre pecho y espalda el ganso con injertos de pollo y de hortelanos, injertos como los que practica el doctor Carrel. Herejías que hacen con las *Habes*, como escribía uno de nuestros considerables. Periódicos humanitarios ponen el grito en el cielo con motivo de que cada dos noches perecen dos mil chochas bajo la acción del faro de Belle-Isle. Bien están las protestas, porque dos mil chochas son muchas chochas; pero ¿no ha lugar siquiera a una protestilla por los suplicios chinos a que se somete a otras aves?

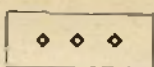
Pero me pongo *sensiblero*. Tal vez influye en este estado de mi espíritu lo que veo y oigo en este momento: un día gris, siniestramente gris, a través de cuya atmósfera lacrimosa se ven, desdibujadas, casas pobres y ramajes escueltos y ennegrecidos, como bayonetas; y en uno de ellos, cual si quisiera alegrar la Naturaleza muerta, un pajarito canta que se las pela.

¿De dónde viene? ¿A dónde va? ¿Por qué canta ese pajarito, único, cuando todo llora alrededor suyo?

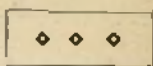
¡Yo qué sé! Pero su canto, rasgando la niebla y su silencio de muerte, penetra en el corazón, le da los buenos días, lo llena de gorjeos, como anunciando el renuevo de la vida — ¡Navidad! — la vuelta cercana del Sol, el retoño de las plantas, la verde vestidura de los campos...

LUIS BONAFOUX.





# EN FILIPINAS



*El nuevo gobernador de Filipinas, Mr. Francis Burton Harrison, al atravesar el paseo del Malecón, de Manila.*



*La multitud en el paseo del Malecón, presenciando el desfile de la comitiva.*



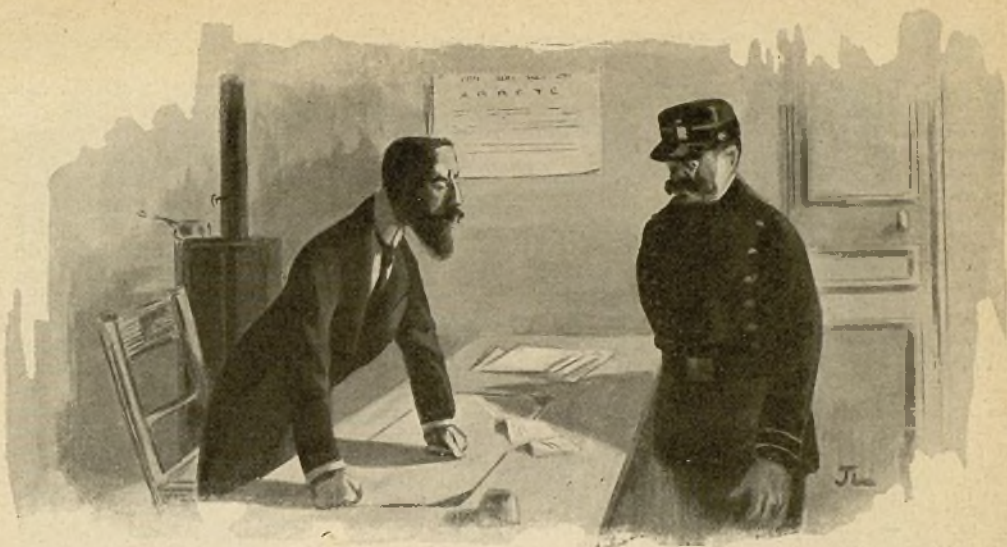


*El vapor "Manchuria" fondeado en el Pier n.º 5, el 6 de octubre, luego de desembarcar el nuevo gobernador de Filipinas.*



*Otra vista del paseo del Malecón*





# El Secreto de la Momia



Por Jorge MEIRS

— Esta noche — dijo — no hay nada que hacer. No tenemos ningún dato cierto, y el primer paso en falso puede causar nuestra derrota. Con un adversario de la talla de Marmont, ninguna precaución está demás. Pero ¿qué es esto?

Habíamos llegado á la avenida Friedland, ante el inmueble donde vivía mi amigo, y éste, levantando la vista, acababa de advertir que en la ventana de su sala de espera había luz.

— ¿Quién está ahí? — preguntó, al entrar, á Jim.

— Un señor.

— ¿Qué señor?

— No sé; un cliente. Me ha dicho que venia acerca del asunto del joven y que el señor le aguardaba.

— ¿El asunto del joven?

— Repito lo que me ha dicho.

El célebre « detective » quedó un momento indeciso.

Leí claramente en sus ojos el pensamiento de mandar buscar á la policía para detener á aquel hombre, pero tal desenlace era indigno de él y lo rechazó.

Una vez instalado en su gabinete y cerrada la puerta, se volvió hacia mí:

— Lynham, ruegue usted al señor Marmont que pase.

— ¿Qué? ¿Marmont?

— ¡Vaya! ¿Quién quiere usted que sea nuestro visitante, sino EL?

Era, en efecto, Ludovico Marmont, y desde el umbral hizo desaparecer sus postizos.

Me acurruqué aparte en un sillón, saboreando, de antemano, la escena que iba á desarrollarse, el duelo correcto, cortés, en frases hábiles, de aquellos dos formidables adversarios. El recuerdo de las entrevistas á las cuales había asistido, me dejaba adivinar ventajosamente la que principiaba.

Ante todo, inquirió William Tharps:

— ¿Dónde está el niño?

— En su casa. Duerme el sueño de la inocencia; yo mismo le he acostado, como abuelo atento.

— ¿No le ha ocurrido nada?

— Creía que me conocía usted mejor.

— Es cierto. Esta pregunta es estúpida.

¿Ha venido usted solo para tranquilizarme?

— Hubiera bastado con una palabra.

— En este caso le escucho.

— Una pregunta, á mi vez, para tranquilizarme yo también: ¿La mujer de Alberto?

— ¿Qué?



— ¿La ha acompañado usted mismo?  
 — La he vuelto ha dejar en un coche.  
 — Lo que temia; ¿qué coché? ¿el del criado ó uno... que... usted ha escogido?  
 — No; el del criado — dijo Tharps sonriéndose.

— ¡ Tanto mejor !

La audacia del bandido era desconcertante. De modo que no sólo, á pesar de que estuviese entonces encarcelado, había llevado adelante el asunto de Raizet, sino que además sabía que mi amigo y yo habíamos ido al viaducto de Auteuil, y visto á la mujer del ayuda de cámara, que le habíamos hablado, que habíamos ido á un restaurant de noche, y había preparado un coche para raptar á nuestra compañera.

Y no sabía yo á quien admirar más: si á Ludovico Marmont cuya red hábilmente urdida nos encerraba, ó á William Tharps que se deslizaba de entre las mallas apretadas como burlándose, descubriendo las trampas más astutamente disimuladas sin parecer advertirlas siquiera.

— Mal comprendo su emoción — dijo el « detective » encendiendo un cigarrillo. — Yo había entendido que el coche que trajo el criado del restaurant era una delicada atención de usted.

— Ese es precisamente el error. Por esto he venido — dijo con tono resuelto; — sólo le pido algunos instantes de atención.

William Tharps adoptó una postura cómoda para escuchar, y yo me arrellané en mi butaca.

Ludovico Marmont tomó un *muratti* de la caja que el « detective » había puesto á su alcance, y nos contó la siguiente aventura extraordinaria.

Habiendo conocido, en circunstancias que no creyó útil precisar, á Juan Camet, Ludovico Marmont comprendió en seguida todo el partido que podía sacar de la situación especial de dicho joven. El beneficio del asunto le pareció apreciable y, á pesar de que aquel nuevo socio no le agradara por completo, se comprometió á sacar adelante la operación por la cual pretendía adjudicarse solo la lucha escondida seguramente por el señor de Raizet.

El individuo no era simpático y así lo aseguró Marmont desde el principio; su educación, apenas esbozada, refrenaba mal sus instintos de bruto; se le conocía apto para desempeñar cualquier trabajo, decidido á seguir su objeto hasta lo último, fueran los que fueran los medios que había que emplear; pero, era preciso estar en combinación con él.

Y Marmont expuso la lucha cotidiana que tenía que sostener contra aquel hombre, cuyas calaveradas contrariaban

sus planes y cuya taimada desconfianza entorpecía sus proyectos; nos dijo de qué modo había tenido aquella misma noche que proteger contra él á Jacobo de Raizet á quien pretendía si no hacer desaparecer, por lo menos secuestrar hasta hacerse dueño de la fortuna del padre difunto. La cita era una maniobra de Juan Camet lo mismo que el cochero propuesto por el criado del restaurant era uno de sus comparsas.

Ludovico Marmont terminó diciendo:

— En una palabra, trabajo he de tener para vencer á pesar de usted y contra él.

Soltamos la carcajada, al ver la sinceridad de aquella frase.

Nos miró.

— Sin embargo ¿no habían ustedes supuesto que yo iba á partir con él?

Y agregó sin transición:

— Ese hombre es capaz de todo. Nadie puede con él; por lo que ruego á usted una vez más, que renuncie á sus proyectos. Jacobo de Raizet no es desgraciado, la fortuna actual de que dispone le basta. ¿Por qué turbar su existencia con el aliciente de los millones de su padre?

« Ya sé que para usted no es cuestión de interés personal.

— No — confesó Tharps; — pero es más aún: es ahora cuestión de amor propio.

— ¿Á pesar de lo que acabo de notificarle?

— Sobre todo después de ello. He recibido hace poco la visita de Bills.

— ¡ Qué imbéciles !

— Era una torpeza. Había reconocido su voz en el aparato cuando trataba de mandarme á Courbevoie, y... naturalmente, estaba aquí para recibirle.

Ludovico Marmont sonrió.

— No son muy hábiles, cuando están solos. Cuando pienso que media docena de aquellos imbéciles hacen causa común con Camet, y que quieren « trabajar » á espaldas mías, es para reventar de risa.

El célebre aventurero parecía divertirse al pensar que sus subordinados formaban banda aparte, pretendiendo suplantarle en una operación fructuosa.

Al mirarle, pensaba yo en que la cabeza de aquel hombre estaba pregonada, que toda la policía europea tenía sus señas y su ficha antropométrica, y que cualquier otro en su lugar no hubiera podido sostener veinticuatro horas el papel peligroso que representaba hacia años. Pensaba que aún por la mañana aquel hombre estaba en la cárcel, que órdenes severas, una consigna inflexible se había dado á sus guardianes; que una vigilancia especial, rigurosa, se había establecido á su alrededor y que, á pesar de todo, estaba por la noche en casa del mismo hombre que lo había hecho arrestar y que, con el ciga-







rrillo en la boca y las manos en los bolsillos, reía de bonísima gana, sin preocupación, sin reservas, como un pilluelo que sólo piensa en la hora presente.

Cuando de nuevo me interesé en la conversación, Marmont aconsejaba a William Tharps que no siguiera más adelante, á no correr deliberadamente una aventura que solo había de proporcionarle disgustos. Insistía, repitiendo la división que reinaba entre sus comparsas, diciendo cuán comprometida estaba su autoridad cerca de algunos de ellos, la influencia funesta de Juan Camet y que hasta no estaba muy seguro de que el miserable, confiado en sus propios medios, no tratase de deshacerse de él. Pero el «detective» seguía inquebrantable; entonces Ludovico Marmont dijo que había hecho lo que consideraba un deber, y terminó deplorando la lamentable disposición de ánimo de su socio casual. Al principio de la empresa, cuando se puso indirectamente en relaciones con Camet, le pidió explicaciones acerca de la jugada que había que realizar, cuya precisión hizo comprender á este la importancia de dos ó tres puntos, que Ludovico Marmont consideraba capitales. En su primera entrevista le confirmó su impresión sobre el particular, y desde aquel momento creyó comprender que Camet, confiando en sí mismo, esperaba poder marchar solo: prueba de ello era el paso que hizo dar á Bills para apoderarse de la lista del inventario.

Mas había algo peor; Marmont, apenas evadido de la cárcel, había sabido que se fraguó una denuncia contra él, y la misma noche falló poco para que cayese en poder de unos esbirros dispuestos para cogerle. Estaba completamente seguro que todo había sido tramado por el hijo natural de Raizet. Tenia, pues, la doble preocupación de perseguir una obra difícil y de ponerse á cubierto de los taimados golpes de quien hubiera debido ser su auxiliar.

— ¿Qué quiere usted? — acabó diciendo. — Son los gajes del oficio. Si le dijera á usted que al venir á su casa, hace una hora, he notado que me seguían...

Y como esbozara yo un gesto de sorpresa:

— Casi aseguraría que aquello era trabajo oficial.

— ¿Trabajo oficial?

— Sí, unos señores de la Prefectura, si prefiere usted.

— En todo caso, nada tengo que ver en ello — dijo el eminente «detective».

— No lo dudo: más bien optaría por una nueva traición de Camet. El proceder carece de...

Un breve campanillazo cortó la frase.

— ¿Quién puede venir á esta hora? — dije.

Pero William Tharps y Ludovico Marmont habían comprendido: sólo podían ser agentes, los que habían seguido á Marmont.

Instintivamente ambos se pusieron en pie.

Frente á frente, se miraban de hito en hito, presos de igual pensamiento. ¿Iba el «detective» á entregar al aventurero? ¿Lo salvaría? ¿No iba á aprovechar la ocasión única para deshacerse de tan temible adversario?

El interés de su cliente, del hombre que había confiado en él, entregando entre sus manos la suerte de su fortuna, y, quizás también, de su vida, aquel interés, ¿no exigía imperiosamente que entregara á los agentes que en aquel mismo instante guardaban la puerta de su habitación, al único hombre que pudiera tenerlo en jaque?

William Tharps y Ludovico Marmont mirábanse fijamente uno á otro.

Por breve que fuese, aquella actitud pareció interminable. Por fin vi sonreír á Marmont: William Tharps había podido vacilar un segundo, quizás dos; pero aquel gesto sin nobleza repugnaba á su naturaleza hidalga, y las leyes de la hospitalidad garantizaban á Marmont.

Rápidamente, Marmont se quitó el abrigo que le daba el aspecto de un rentista rechoncho, y apareció, esbelta y fornido, como era en realidad. De los bolsillos interiores del abrigo sacó un delantal blanco de ayuda de cámara y una petuca rubia con la raya en medio, y patillas; debajo de su americana se vió un chaleco á rayas negras y amarillas.

— Afortunadamente — dijo, ajustando el delantal, — había tomado mis precauciones.

Y se fué á la antesala.

Todo aquello se hizo tan rápidamente que no se habían impacientado los agentes cuando les abrió bostezando.

Eran cuatro y un cabo.

— ¿Quieren ustedes ver al dueño? — preguntó Marmont con el acento de criado parisiense. — Tiene visita.

El cabo entró solo.

Venían para apoderarse de un hombre algo canoso que llevaba gafas, con el aspecto de un notario de provincia, que se creía que estaba en casa del ilustre «detective».

El pseudo-criado hizo entrar sin ruido la pequeña tropa en el salón que indicaba como comunicando con el escritorio donde se hallaban actualmente su amo y el visitante. Luego bajó rápidamente: divisando en la acera dos agentes que guardaban la puerta, requirió á uno de ellos en nombre del cabo, y le confió de parte suya un sobre lacrado que había de llevar á toda prisa á la



Comisaría, mientras él mismo iba á buscar un coche.

Y desapareció corriendo en la dirección del puesto de coches más próximo, no sin haber recomendado al otro guardia que no dejara salir á nadie de la casa.

Diez minutos más tarde, el agente que llevaba el falso mensaje entraba sin aliento en el puesto y entregaba al cabo de guardia el pliego lacrado. Este lo llevó en seguida al comisario: mas no bien lo abriera dió un salto. Furioso, salió de su despacho, blandiendo la tarjeta que contenía el sobre.

— ¿Quién le ha entregado á usted esto? — dijo dando alaridos, metiéndola por las narices del desgraciado mensajero.

— El ayuda de cámara de...

— ¿Qué ayuda de cámara?

— El de la casa donde está el cabo Fanoux, por cierto que es de parte del cabo...

— Pero, imbécil, lea usted... ¿sabe usted quién le ha entregado esto?... ¡Marmont, Ludovico Marmont, el hombre á quien tenían ustedes que capturar!

Sobre la tarjeta, estaba grabado el nombre de Marmont, y debajo, escritas con lápiz, estas palabras, rápidamente trazadas: «Da las gracias al amable comisario, señor Michu, por el piquete de honor que le ha enviado, y siente tener que prescindir de sus servicios.»

En el momento en que se desarrollaba aquella escena en las oficinas de la comisaría, á otra, no menos burlesca, servía de teatro el despacho de William Tharps.

Después de breve momento de espera, el cabo y su escolta penetraron, y á una señal del jefe, dos hombres me rodearon, con ademán feroz.

El cabo se adelantó entonces hacia William Tharps para darle una explicación: mas antes que abriera la boca, mi amigo y yo habíamos soltado una formidable carcajada. Desconcertado, se había vuelto entonces hacia mí y, mirándome mejor, se dió cuenta de su error.

— Caballero — díjole á Tharps, — nos han indicado que el célebre aventurero Ludovico Marmont, estaba en su casa de usted, vestido con abrigo obscuro, un sombrero de copa, llevando patillas largas y canosas, una peluca del mismo tono y unas gafas...

— Es exacto — dijo el «detective» — mas, el señor no es Marmont, sino mi mejor amigo y colaborador, don Pastor Lynham, abogado de la Audiencia.

Los cinco agentes me miraban de hito en hito con los ojos desmesuradamente abiertos.

— Pero — articuló penosamente el cabo, — ¿ha venido en efecto Marmont aquí?

— Se lo he dicho á usted.

— Y... ¿dónde está ahora?

— Lo ignoro.

— ¿Sin embargo?

William Tharps alargó el brazo hacia un rincón oscuro.

— Eso es lo que queda de él — dijo.

Los cinco hombres se volvieron á un tiempo y uno de ellos se precipitó. Sobre una butaca baja cogió un abrigo gris, un sombrero usado, un juego de postizos y unas gafas.

— ¿Qué significa esto?

— Esto significa — replicó Tharps flemático — que habiendo ido el mismo Ludovico Marmont á abrir á ustedes, ha debido escaparse después de haberlos dejado pasar.

Un grito de rabia ahogóse en la garganta del cabo.

— Esto es una infamia... debía usted avisarnos, caballero... no hay derecho á burlarse de esta manera de la policía... su amigo de usted se ha hecho cómplice de ese hombre... Esto no puede quedar así... acudiré á quien corresponda...

Muy frío, un tanto desdeñoso, William Tharps aguardaba á que se callase; pero siguió recriminando, pretendiendo que quedaba comprometido su ascenso, que estábamos de acuerdo con Marmont y que sabría hacer constar nuestra responsabilidad.

Por fin, falto ya de aliento, calló.

— Marmont — dijo secamente el eminente «detective» — era mi huésped, había venido libremente, así es que no me correspondía entregárselo á ustedes. Ustedes debían ser hábiles y no yo cobarde.

Dicho esto, dió vuelta á su sillón y, abriendo un libro, se enfrascó en su lectura, sin preocuparse de sus visitantes.

Estos se retiraron corridos.

### III

#### Las palabras misteriosas

— Le aseguro á usted, señor Lynham, que aquí alguien ha entrado durante mi ausencia.

Al decir esto, Jacobo de Raizel temblaba de inquietud.

Me sonrei para calmarlo.

— No, no, no se ría usted. Hace tres días que vengo observándolo. Hace tres días, con regularidad, alguien entra aquí á la misma hora: se instala, va, viene, registra; cuando vuelvo todo está en su sitio, no parece que hayan tocado nada, y sin embargo «siento» que ha venido alguien.

— ¿Quién es el hombre que viene aquí? ¿qué quiere de mí? ¿qué misterio me rodea? ¿por qué ha sido tan bruscamente



trastornada mi vida hasta ahora tan tranquila? ¿por qué estoy reducido á esconderme de hotel en hotel, siempre acosado, siempre despistado, tan pronto desalojado como acampado, siendo así que en mi casa creen que estoy de viaje?

Traté lo mejor que pude de razonarle, diciéndole que había que tener confianza en William Tharps y obedecerle sin discusión. El célebre «detective» había ofrecido su visita para aquella misma tarde, le contaría todo aquello, le expondría sus observaciones, le diría sus temores.

Hacia unos días que la existencia del joven nada tenía de envidiable; arrebatado á la quietud de su hogar, lanzado en una aventura cuyo desenlace no se atrevía á pronosticar el mismo Tharps, andaba errante por París, yendo de Batignolles á Montrouge, sin cansar á los enemigos empeñados en perseguirlo. Nuevo Cromwell cambiaba de cama cada noche, y cada mañana llegaba á las nuevas señas un mensaje del adversario.

Si este adversario hubiese sido solo Marmont, hubieran sido menores sus zozobras. El audaz bandido sólo quería el dinero; pero su miserable acólito, atentaba también contra la vida de nuestro joven amigo.

No sin inquietud había visto á mi amigo empeñarse en aquel peligroso asunto, así fué que los consuelos y las palabras de confortación que prodigaba á nuestro joven cliente, eran solo un alarde.

Con una aplicación meritoria esforcárame en presentarle como próximo y seguro un éxito que me atrevía apenas á esperar, dadas las dificultades de la

hora presente. Lo estaba haciendo lo mejor que podía cuando un golpe discreto movió la puerta.

Fui á abrir.

Era William Tharps.

Las facciones de mi joven compañero se iluminaron.

El «detective» se sentó cerca de nosotros con aparente indiferencia; pero en cuanto entró había yo notado las miradas rápidas é investigadoras que lanzaba sobre todo.

—Veo — dijo — que *alguien* ha venido aquí también.

—¿«También»? — dijimos á una.

—Sí — dijo; — *alguien* ha ido á casa del señor de Raizet, y la misma persona ha venido aquí.

—¿Han ido á mi casa?

El «detective» tuvo un gesto afirmativo.

—No han cogido nada — dijo.

—Igual que aquí; ciertas cosas han sido movidas de su sitio y luego vueltas á colocar, y he notado la presencia de un extraño porque habiéndolas dispuesto de un modo especial, no las he vuelto á encontrar exactamente en la misma posición en que las había dejado.

William Tharps movía la cabeza con ademán sonador.

—Tengo curiosidad de saber — le dije — cómo ha podido usted comprobar tan rápidamente que aquí ha entrado una persona extraña.

(Se continuará)

JORGE MEIRS

Traducido por el Sr. GUERNEO.





# el gran mundo



Para festejar al Dr. Marco Avellaneda, los señores de Enrique Rodríguez Llorca dieron un magnífico banquete en el lujoso hotel de la calle de la Faisanderie.

Además del festejado, Dr. Marco Avellaneda, concurrieron los marqueses de la Mina, condes de Jiménez Molina, marqueses de Salamanca, Sres. de Saul Quiroga, coronel y señora de Alfredo Urquiza, Sr. Carlos Concha, Sres. de Matías Errazuriz, Sres. de José Santamarina, de Enrique Santamarina, de Alberto y Carlos González Moreno, Adolfo Alcorta, señorita de Acevedo, conde de Pradère, Sres. de Alfredo Pacheco, Angel Estrada, Eugenio Garzón, Carlos A. Zavala, Mariano Unzué, Adolfo Moreno, Jorge Newberry, Chinchilla, etc., etc.

Los señores de Larreta hicieron los honores de su casa con la amable exquisitez que les caracteriza.

\*\*\*\*\*

Los condes de Guaquí han dado un gran almuerzo en su precioso hotel de Saint Cloud.

Entre los convidados, hallábase la marquesa de Squilache, duquesas de Gamio y Goyoneche, Sres. de Sotomayor, de Ossa (D. Luis), de Cáceres, de Goyoneche (D. Carlos), de Botella, conde de Casa Saavedra, señorita de Goyoneche, Sr. Rada, etc.

\*\*\*\*\*

Comida muy elegante en el Hotel Ritz, ofrecida por los Sres. de Matías Errazuriz, en honor del Ministro de la Argentina en España, Dr. Marco Avellaneda.

Entre los convidados, recordamos a los marqueses de la Mina, condes de Clavijo, vizconde de Monos Cabrier, Sres. de González Moreno (D. Alberto), señora de José Tomás Errazuriz, señorita Carmen Christophersen Alvear, señora de Miguel A. Martínez de Hoz, etc.

\*\*\*\*\*

Días pasados dió una reunión a sus relaciones de París, la señora marquesa de Squilache, que se encuentra en esta capital.

En breve regresará a España, dirigiéndose a Zaragoza, donde va todos los años a visitar la Pitarica.

\*\*\*\*\*

Se ha fijado para el mes de enero la boda de la marquesa de Campillos con el marqués de Marbay.

\*\*\*\*\*

M. Jorge A. Mitchell, director general del «Banco Español del Río de la Plata», acaba de llegar a París.

\*\*\*\*\*

El conde de Artal, que es tan amante de la patria española como entusiasta de su resurgimiento, ha donado al Ejército español tres aeroplanos.

Los dos primeros aparatos han llegado a Madrid y han sido entregados al par que de aeros-

tación de «Carabanchel».

Los oficiales han dirigido al conde de Artal a Buenos Aires un telegrama de agradecimiento por su patriótica ofrenda.

Uno de los aparatos sufrió durante el viaje un ligero desperfecto que será fácilmente arregiado, según nuestras noticias.

\*\*\*\*\*

Capítulo de bodas en Buenos Aires:

Ha sido bendecido en la capilla de Nuestra Señora de las Victorias el enlace de la señorita María Elena Underwood con D. Carlos María de la Torre Campos, siendo padrinos doña Margarita Vidal de Underwood y D. Adolfo de la Torre.

Formaron el cortejo las siguientes parejas: Margarita Vidal de Underwood con Adolfo de la Torre, Amelia Underwood de Mackinley con Walter Mackinley, Ernestina de la Torre Campos con Miguel Mastrogiana, Susana de la Torre con Adolfo de la Torre Campos, Elvira Reyes con Luis María de la Torre Campos, Cora de la Torre Campos con Roberto Campos, Rosa de la Torre Campos con Héctor Campos, Judit Campos Lahitte con Ignacio Méndez, María Carmen Fernández con Cosme Marino y Lola Elicagaray con Owen Thomas.

El acto civil se efectuó el mismo día, actuando como testigos los Sres. Walter Mackinley, Ernesto Vidal y Owen Williams, por la novia, y los señores Carlos de la Torre, Carlos María Campos y Adolfo de la Torre Campos, por el novio.

— En casa de la familia de la novia y en la mayor intimidad fué consagrado el enlace de la señorita Angélica Muguerza con D. Bruno Reynal O'Connor, siendo padrinos doña Josefina Rodet de Reynal O'Connor y D. Agustín Muguerza.

— Se ha concertado el enlace de la señorita Carmen Oyuela con D. Felipe Lavalle.

— Se ha concertado el enlace de la señorita Delia D'Amico con D. Manuel S. Bahía.

— Ha sido consagrado en la iglesia de San Miguel el enlace de la señorita María Delia Durand con don Raúl Quiroga.

Actuaron como padrinos doña Lorenza B. de Quiroga y D. Julián Durand.

— Ha sido fijado para el 10 del mes entrante el enlace de la señorita Carmen Sánchez Elia con don Carlos Quintana Unzué.

— Se ha concertado el enlace de la señorita Elvira Jauregui con D. Horacio Levene.

— Se ha concertado el enlace de la señorita Cora Bidart Malbrán con D. Eduardo Bell.

— En este mes de diciembre se celebrará el enlace de la señorita Magdalena L. Lupo con D. José Luis Coronado.

— Se ha concertado el enlace de la señorita Clementina Meeks con el ingeniero Enrique Manzanares.



## LOS HISPANO-AMERICANOS EN PARÍS

### HOTEL REGINA

#### Han llegado:

Sr. C. M. Vedoya, de Buenos Aires; Sr. Balmaseda, de Santiago; Sr. y señora G. R. Sarmientos, de Buenos Aires; Sr. y señora J. Díaz Romero y familia, de Buenos Aires; Sr. y señora Ricardo Shaw y familia, de Buenos Aires; Sr. P. F. Mosotequi y familia, de Buenos Aires; Señora y señorita G. Basabillaso y familia, de Buenos Aires; Señora Alex Shaw y familia, de Buenos Aires; Señora de Soarez-Queiroz, de Sao Paulo (Brasil); Sr. y señora Clavis Camargo Soares, de Sao Paulo (Brasil); Sr. y señora A. Assumpção y familia, de Sao Paulo (Brasil); Señora D. Barthe y familia, de Buenos Aires; Doctor Sojo y familia, de Buenos Aires; Señorita Udaondo, de Buenos Aires; Sr. y señora Prado-Amor, de Santiago; Doctor Robertson y familia, de Buenos Aires; Señora E. D. Cabral y familia, de Buenos Aires; Señorita L. Lanusse; Señorita B. Moores, Señorita F. Lanas; Señorita M. Pico; Sr. y señora Bernaldes y familia, de Santiago; Sr. R. Guirola, de Buenos Aires.

#### Saldrán para el Mediodía:

Sr. y señora Cassado Corall, de Buenos Aires; Sr. y señora Cassado Sastre, de Buenos Aires; Sr. y señora Adolf Shaw y familia, de Buenos Aires; Señora Flora Shaw, de Buenos Aires.

### HOTEL ASTORIA

#### Avenue des Champs-Élysées

#### Han llegado:

Sr. H. de Fonseca, de Rio de Janeiro; marqués de Casa Montalvo, de la Habana; Sr. Daniel Aria Argaz, de Colombia.

#### Han salido:

Sr. y señora C. Torres Elicechea, de Bogotá; Señora M. O. de Escalante y familia, de México; Sr. y señora Simón Guzmán Blanco, de Venezuela; Sr. M. H. Moreno, de México; General Porfirio Díaz y señora, de México; Sr. Pawlowsky, de Buenos Aires.

### ELYSÉE PALACE HOTEL

#### (Champs Élysées)

#### Han llegado de Buenos Aires:

Sr. Martín M. Lavallol, Sr. Justo Saavedra, Sr. Eduardo de Bellocq, Sr. y señora Rodríguez Orey, Sr. Bustos Morón y familia, Sr. y señora Blaye, Señora Lydia de Lloveras y familia, Sr. y señora H. Calderón y familia, Señora Montemayor y familia, Sr. J. Newbery, Sr. y señora Gavier, Señora Aurelia de Machain, Señora Campos de Urquiza y familia, Señora A. B. de Caseaux y familia, Sr. Calderón.

### HOTEL PLAZA

#### Han llegado de Buenos Aires:

Sr. y señora Lavallo Cobo. Señora Cobo, señoritas Alcobendas, Señorita Villato Cano, Señora M. C. de Campos, Señorita de la Torre, Señora y señorita Benito de Surra.

#### Han llegado de Madrid:

Señores Condos de Clavijo, Sr. y señora J. L. de Oreol, Señora marquesa de Viana, Señora marquesa de Tenorio, Sr. A. Alvarez, Sr. M. J. Jardón y E. Jardón.

### HOTEL WAGRAM

#### Han llegado:

Sr. y señora Peralta Ramos, de Buenos Aires; Sr. y señora Herrán y familia, de Buenos Aires; Sr. y señora de Sola y familia, de Buenos Aires; Sr. y señora de Nogueira y familia, de Sao Paulo; Señora Catal Cullen y familia, de Buenos Aires; Señora Ithuraspe, de Buenos Aires; Sr. ministro Fianbo y familia, de Rio de Janeiro; Sr. Pando y familia, director del Banco del Rio de la Plata.

### HOTEL EDUARDO VII

#### Se encuentran en este Hotel:

Señora Escalante de Newberg, Señora Sarah Escalante de Newberg, señorita García, Señora y señorita M. G. de Ungo, Sr. y señora J. E. Martínez, Sr. Eduardo Borcea, Sr. y señora Ladistas de Amézola, Sr. Alberto de Ipanema Moreira, Sr. Saldías Ross, Sr. y señora J. Abarzua, Sr. y señora Francisco Piria, Sr. y señora Joseph Piria, Sr. y señora Alberto F. Casas, Sr. F. Bastos, Sr. Manuel Rodríguez, Sr. L. Bertrán, Sr. y señora Salvador Alvarez y familia, Sr. y señora M. L. Comulada.

### HOTEL CAMPBELL

#### Han llegado:

Señor Luiz Edwards y familia, de Santiago; Sr. Marcial Edwards y familia, de Santiago; Sr. Abregan, de Rio de Janeiro.

#### Continúan:

Señora Alcoforada, de Rio de Janeiro; Señora E. Cavalcanti, de Rio de Janeiro; Sr. y señorita E. Valdés, de Buenos Aires; Sr. R. Arjona Sarda y familia, de Rio de Janeiro.

### CARLTON HOTEL

#### (Champs Élysées)

#### Han llegado:

Sr. Souza O. Aranha, Sr. M. Camarescho.

### HOTEL DE LONDRES

Sr. Ortuzar, 155, y Sr. Vial J., 215.

### NECROLOGÍA

Con gran pena hemos recibido la noticia del fallecimiento de la ilustre señora Condesa de Limbourg-Stirum.

Su muerte ha sido ejemplar. En cuanto se dió cuenta de la gravedad de su estado, pidió los auxilios espirituales, recibiéndolos con fervor.

El Santo Padre le envió su bendición apostólica por intermediación del cardenal Merry del Val.

Descanse en paz tan caritativa dama, y reciba su distinguida familia la expresión de nuestro dolor.





## ACTUALIDADES



Muerte del tigre  
que puso en conmo-  
ción el municipio de  
Epernon (Francia).

El gran patriota  
francés Deroulède,  
en el aniversario de  
los soldados muertos  
en Champigny.



El médico mayor Mr. Vin-  
cent que acaba de ser conde-  
corado con la medalla de  
honor, como recompensa á los  
trabajos hechos para descu-  
brir el suero contra la fiebre  
tifoidea.

Su alteza la Infanta Eula-  
lia, escribiendo su último libro,  
que por los asuntos que trata  
se espera con gran impaciencia.





S. M. la Reina María Cristina, acompañada de S. A. la Infanta Isabel, ha visitado estos últimos días el Museo de Historia Natural de Madrid, en donde se delumbra largo rato ante el fenomenal Diplodoco regalado por Mr. Carnegie y que tras un penoso trabajo de andamiaje lograron poner sobre el soporte. Cuando se contempla la dimensión extraordinaria de estos animales antediluvianos, no se debe criticar los relatos fantásticos de ciertos novelistas que trataron más o menos directamente la cuestión de la formación de los mundos, y con gusto se piensa que nos encontramos en el siglo xx, y que animales como el león pasaron a ser un espectáculo de circo y aun de barracón de feria.



El Diplodoco ya instalado, y dos conservadores debajo, para mostrar las incomprensibles dimensiones de este animal de numerosas vertebras. ¿Qué parecería a su lado el elefante de hoy, que tan asombrado nos deja?



#### SAN FERNANDO DE JARAMA (ESPAÑA)

Hace días, celebró el casamiento del popular matador de toros "Cocherito de Bilbao". En la fotografía aparecen retratados en el jardín de su casa, y poco después de haberse celebrado el acto religioso.

#### MADRID

"Globe-trotters" portugueses Joao Carlos y Adolfo Fontas, que intentan dar la vuelta a Europa, a pie. En el grupo, sentado, el Vizconde Domingueso, rico monárquico portugués que les ha dado hospitalidad en Madrid.







Acto de la celebración religiosa del casamiento de "Cocherito de Bilbao". La asistencia no podía ser más numerosa, y en esta ocasión, como en otras muchas, se ha visto las grandes simpatías que tiene el popular torero, que también es venturoso en amor.



Excmo. Sr. Conde de la Viñaza, nuevo Embajador de España en el Vaticano.

A la salida de la iglesia, los novios fueron vitoreados por el público, dichoso de ver á su ídolo. Esta es la apoteosis acariciada por el pueblo, mas que desgraciadamente tiene muchos reveses. Deseamos que el amable diestro se retire pronto y con mucho dinero, como han hecho varios de sus colegas.



MADRID

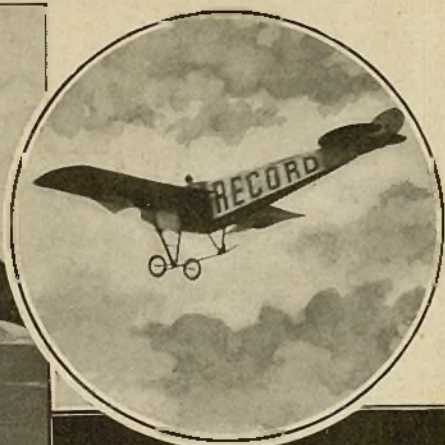
La policía cargando á los grupos de estudiantes que, como se sabe, han protestado públicamente, con motivo de los sucesos de Barcelona.



MADRID

Para droteslar contra los últimos sucesos, los estudiantes han asaltado varios tranvías, interrumpiendo la circulación. Como se dice en francés, es preciso que la juventud pase, aunque sea el rato.





El aviador francés Helen ha ganado la "Copa Michelin", recorriendo la distancia de 16.096 kilómetros. La fotografía lo representa en una de sus etapas, "dando de beber al motor".



Helen, ante su aparato, en el "hangar" de Etampes, momentos antes de partir para emprender el último vuelo que le haría triunfar de todos los competidores.

Durante todo el recorrido, Helen fué animado por toda su familia, y especialmente por su esposa é hijo, que le miraron perderse en el azul infinito y numerosas veces con las lágrimas en los ojos. ¡La carrera al triunfo, á la riqueza, y si un accidente hubiese ocurrido, á la muerte!